



Facultad del Ejército



Sede Educativa
Escuela Superior de Guerra
“Tte. Gral. L. M. Campos”

**TRABAJO FINAL INTEGRADOR DE
LA ESPECIALIZACIÓN EN HISTORIA MILITAR CONTEMPORÁNEA**

Título: “El rol de Arabia Saudita en la Guerra del Golfo”

**Que para acceder al título de Especialista en Historia Militar Contemporánea
presenta el alumno Federico Martín Palavecino**

CABA, 30 de noviembre de 2021

El rol de Arabia Saudita en la Guerra del Golfo

Índice

Introducción	1
Marco fáctico.....	1
Consideraciones académicas	1
Capítulo 1: La situación previa	4
Ámbito político global	5
Ámbito económico global	10
Ámbito regional: el mundo árabe.....	18
Ámbito regional: el mundo musulmán.....	27
Los principales actores	30
Conclusiones del capítulo.....	35
Capítulo 2: La Invasión	38
La decisión de invadir	38
La invasión	42
La decisión sobre la reacción	44
Conclusiones del capítulo.....	47
Capítulo 3: Preparando la respuesta	49
Construyendo respaldo	49
Desplegando fuerzas	58
Conclusiones del capítulo.....	64
Capítulo 4: Implementando la respuesta	67
La campaña aérea	68
La campaña terrestre	71
Conclusiones del capítulo.....	74
Capítulo 5: Las consecuencias	76
Consecuencias globales.....	76
Consecuencias regionales.....	77
Conclusiones del capítulo.....	79
Capítulo 6: Perspectivas	81
Visión desde la Geopolítica.....	81
Visión desde la Política Internacional Contemporánea.....	85
Visión desde el Pensamiento Militar Contemporáneo	88
Conclusiones del capítulo.....	90
Conclusiones	92
Roles de Arabia Saudita antes de la Guerra del Golfo	92
Roles de Arabia Saudita durante la Guerra del Golfo	93
Reflexiones finales	95
Referencias	98
Bibliografía adicional	100

Índice de mapas y cuadros

Mapa 1. Medio Oriente	4
Cuadro 1. Producción petrolera saudita	15
Cuadro 2. Precios del petróleo crudo por barril en USD	17
Mapa 2. Mapa del Acuerdo Sykes Picot	20
Mapa 3. Países miembros de la Liga Árabe	22
Mapa 4. Países con población mayoritaria islámica	29
Cuadro 3. Ámbitos de tensión previos a la Guerra del Golfo	35
Mapa 5. Maniobras iraquíes en la invasión de Kuwait	43
Mapa 6. Plan para la primera noche de ataques en la operación Tormenta del Desierto	69
Mapa 7. Campaña terrestre de la operación Tormenta del Desierto	72
Mapa 8. Mapa satelital de la región del Golfo Pérsico	83

Abreviaturas

Aramco	Arabian American Oil Company
CSNU	Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas
EEUU	Estados Unidos de América
FMI	Fondo Monetario Internacional
IGM	Primera Guerra Mundial
IIGM	Segunda Guerra Mundial
OLP	Organización para la Liberación de Palestina
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OPEP	Organización de Países Exportadores de Petróleo
Reino Unido	Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.
SALT	Tratado de Limitación de Armas Estratégicas
Saudi Aramco	Saudi Arabian Oil Company
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USD	Dólar de los Estados Unidos de América (según código ISO 4217)

Resumen

Este trabajo describe y analiza la Guerra del Golfo iniciada con la invasión de Kuwait por Iraq el 2 de agosto de 1990, seguida por la operación Escudo del Desierto para defender Arabia Saudita y la operación Tormenta del Desierto para retomar el territorio kuwaití, la que concluyó con la retirada de las fuerzas iraquíes el 28 de febrero de 1991.

Esta guerra, motivada esencialmente por el control de recursos petroleros, inauguró un Nuevo Orden Mundial posterior a la Guerra Fría donde Estados Unidos fue la única superpotencia sobreviviente. En su desarrollo el mundo entero presencié el uso de una cantidad de nuevas tecnologías militares que llevó a un resultado sorprendente por la velocidad y contundencia de su desenlace, convirtiéndose en el paradigma de las guerras de cuarta generación en su variante de alta tecnología.

Este trabajo se enfoca en los roles cumplidos por Arabia Saudita antes, durante y después del conflicto. Para ello inicia su análisis describiendo los diversos ámbitos de tensión presentes en el Medio Oriente y la posición de Arabia Saudita en relación a cada uno de ellos.

Allí se contempla que Arabia Saudita jugó un rol de aliada de Estados Unidos en el ámbito político internacional donde se presenciaba el final de la Guerra Fría, un rol de principal abastecedor de petróleo de las economías occidentales en el ámbito económico internacional, un rol de liderazgo de las monarquías tradicionales del mundo árabe, y un rol de sostén de la rama sunnita de Islam. Todos estos ámbitos y roles que se conjugaron en complejas relaciones de cooperación y competencia que fueron mutando con el tiempo y construyeron el escenario previo a la Guerra del Golfo.

Luego del análisis del contexto, el trabajo se enfoca en los criterios tenidos en cuenta por Iraq para tomar su decisión de invadir Kuwait, la manera en que lo implementó y el proceso por el cual Estados Unidos tomó la decisión de defender Arabia Saudita. A ello siguen acciones paralelas para obtener legitimación internacional mediante la intervención del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, conformar una coalición en la que intervino Argentina, llevar adelante una campaña de prensa interna para obtener el apoyo de la opinión pública y la autorización del Congreso estadounidense para involucrarse en una guerra en el exterior, y desplegar fuerzas para la defensa de Arabia Saudita en la operación Escudo del Desierto. Posteriormente se realiza una breve descripción de las campañas aéreas y terrestres de la operación Tormenta del Desierto, se analiza el conflicto desde el punto de vista de la geopolítica, la política internacional contemporánea y el pensamiento militar contemporáneo, para concluir con un análisis de las consecuencias globales, regionales y militares de la Guerra del Golfo.

El trabajo concluye con un relevamiento de los roles cumplidos por Arabia Saudita en las diversas etapas y las reflexiones que pueden extraerse de tales circunstancias.

Palabras clave

Guerra del Golfo. Primera Guerra del Golfo. Iraq. Kuwait. Arabia Saudita. Medio Oriente. Petróleo. Mundo árabe. Mundo musulmán. Escudo del Desierto. Tormenta del Desierto.

Introducción

Marco fáctico

Los hechos más visibles. El 2 de agosto de 1990 Iraq invadió Kuwait. En lo inmediato, ello generó una reacción militar de los Estados Unidos de América (“EEUU”) para proteger Arabia Saudita de un posible avance iraquí, seguida por la implementación de medidas diplomáticas y económicas en el marco de la Organización de las Naciones Unidas (“ONU”) con el intento de revertir la situación. Ante el fracaso de estas medidas, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (“CSNU”) autorizó el uso de “todos los medios necesarios” para liberar Kuwait de la ocupación iraquí “y para restablecer la paz y seguridad internacionales en la región”, la que fue implementada por una coalición liderada por los EEUU.

En el plano militar, la respuesta internacional a la invasión de Kuwait tuvo dos etapas. La primera de ellas conocida como Escudo del Desierto (o Desert Shield por su nombre en inglés) tenía por objetivo principal desplegar las tropas necesarias para disuadir a Iraq de invadir Arabia Saudita y protegerla si ello ocurriera. A ello luego se sumó la concentración de las fuerzas necesarias para pasar a la ofensiva y recuperar el territorio de Kuwait.

La segunda etapa, conocida como Tormenta del Desierto (o Desert Storm por su nombre en inglés) consistió en el desarrollo de las operaciones ofensivas para recuperar el territorio kuwaití y destruir la capacidad militar iraquí. Ello se logró mediante una intensa campaña aérea (denominada Instant Thunder) de 42 días, cuyo final se superpuso con una rápida campaña terrestre (denominada Desert Sabre) que en 100 horas forzó la completa retirada iraquí de Kuwait el 28 de febrero de 1991.

Cuestión terminológica. En este trabajo referiremos a esta guerra como la Guerra del Golfo. Para evitar confusiones con respecto al nombre utilizado, vale aquí la aclaración que (i) algunos autores refieren a esta guerra como la segunda guerra del golfo, reservando el título de primera guerra para la contienda entre Irán e Iraq desarrollada entre 1980 y 1988, que aquí referiremos directamente como la Guerra entre Irán e Iraq, y (ii) otros autores refieren a esta guerra como la primera guerra del golfo, para distinguirla de una segunda guerra del golfo que sería aquella que comenzó con la invasión por EEUU a Iraq en 2003 con el objetivo de derrocar a Saddam Hussein y cambiar su régimen de gobierno y que -si bien no es objeto de este trabajo- aquí referimos directamente como la Guerra de Iraq.

Consideraciones académicas

Justificación de la investigación. La Guerra del Golfo fue la primera guerra convencional librada por EEUU desde su retirada de Vietnam, salvo por acciones menores llevadas adelante en el Caribe (Granada 1983, Panamá 1989). La última etapa de la guerra, conformada por las operaciones ejecutadas para recuperar el territorio kuwaití ocupado por las fuerzas iraquíes, consistió en una campaña de guerra convencional donde el empleo un conjunto de nuevas tecnologías militares llevó a un resultado sorprendente por la velocidad y contundencia de su desenlace, dejando en claro sin lugar a duda el rol de EEUU como única superpotencia sobreviviente a la Guerra Fría e inaugurando una era de acciones multilaterales a nivel internacional que caracterizarían la siguiente década.

Estas acciones en respuesta a la invasión de Kuwait no fueron emprendidas por EEUU en soledad sino como parte y líder de una coalición de países bajo autorización del CSNU, cuyas operaciones sólo fueron posibles gracias al decidido apoyo de Arabia Saudita como poder regional que permitió acceso a su territorio para concentrar fuerzas y sostener la campaña. Este rol fue asumido en beneficio propio, atento la proximidad al agresor, el riesgo de ser el próximo agredido, y la necesidad de defender sus recursos petroleros.

La decisión de la monarquía saudita no estuvo exenta de cuestionamientos y tensiones, tanto internas como externas, que requirieron una cuidadosa gestión. En consecuencia, Arabia Saudita debió asumir una serie de roles durante el conflicto, que este trabajo pretende identificar, describir y explicar, enmarcando dicha explicación en sus roles anteriores y posteriores al conflicto con la expectativa de identificar algunas lecciones aplicables a casos similares.

Planteo del problema. En medios periodísticos y libros de historia general se ha considerado que las causas de la Guerra del Golfo fueron de naturaleza económica: la intención de Iraq de eliminar su deuda externa y anexionar territorio con riquezas petroleras que justificaban los costos de la guerra.

Si ésta fuera la razón esencial, ello no explica por qué Iraq detuvo su avance en la frontera de Kuwait con Arabia Saudita, con quien tenía una deuda mayor, cuyos campos petroleros eran de mayor magnitud y se encontraban sobre la costa del Golfo Pérsico, pocos kilómetros al sur de Kuwait, lo que le hubiera dado control de cerca de la mitad de las reservas petroleras mundiales. En este contexto, este trabajo pretende identificar las circunstancias que limitaron la acción iraquí, así como la influencia que los roles desempeñados por Arabia Saudita influyeron en las diversas circunstancias y acciones del conflicto.

Objetivos generales y específicos. Este trabajo tiene por objetivo general identificar, describir y explicar los múltiples roles cumplidos por Arabia Saudita antes y durante la Guerra del Golfo, exponiendo cómo fueron mutando en el tiempo conforme la evolución de las circunstancias. A ello se suma un breve repaso de los roles cumplidos por Arabia Saudita después de la contienda, bien que su análisis detallado corresponde a una etapa histórica que excede a este trabajo. En este contexto, los objetivos específicos de este trabajo son:

- **Primero**, describir y analizar el contexto histórico internacional y regional en que se desarrolló la Guerra del Golfo, considerando las influencias de al menos cuatro ámbitos de tensión que no siempre estuvieron alineados entre sí, y cuya comprensión creemos necesaria para entender la idiosincrasia de los pueblos y líderes enfrentados en este conflicto. Tales ámbitos incluyen el ámbito político internacional donde se verificaba el final de la Guerra Fría, el ámbito económico internacional donde se verificaba la competencia por los recursos petroleros del Golfo Pérsico, el ámbito regional conformado por los países árabes con la competencia entre las monarquías tradicionales y las nuevas repúblicas, y el ámbito regional conformado por los países musulmanes con la competencia entre las ramas sunnita y chiita del Islam.
- **Segundo**, describir y analizar las circunstancias y criterios considerados por Iraq para tomar la decisión de invadir Kuwait, cómo se implementó esta decisión, y qué elementos tomaron en cuenta EEUU y Arabia Saudita para decidir la naturaleza y magnitud de su respuesta.
- **Tercero**, describir y analizar los pasos tomados por EEUU y Arabia Saudita para preparar la respuesta, incluyendo el despliegue de fuerzas en territorio saudita en la operación conocida como Escudo del Desierto, los esfuerzos diplomáticos para obtener un retiro de las

tropas iraquíes de Kuwait, los pasos dados ante el CSNU para obtener legitimación jurídica para la acción, las negociaciones para conformar la coalición para enfrentar a Iraq, y la campaña de prensa ante el público y Congreso estadounidense para obtener autorización para involucrarse en una guerra en el exterior.

- **Cuarto**, describir y analizar las acciones militares desarrolladas por la coalición integrada por fuerzas occidentales y panárabes para la liberación de Kuwait, en un ejemplo paradigmático de lo que -desde el punto de vista del pensamiento militar- son las guerras de cuarta generación en su variante de guerras de alta tecnología.
- **Quinto**, describir y analizar las consecuencias inmediatas de la Guerra del Golfo, tanto a nivel geopolítico como de la política internacional, con un apartado específico respecto a las consecuencias en el ámbito del pensamiento militar.
- **Sexto**, analizar el conflicto desde las perspectivas geopolítica, de la política internacional contemporánea y del pensamiento militar contemporáneo.

Aspectos sobresalientes del marco teórico. El tema objeto de este trabajo es analizado tomando en cuenta elementos teóricos de diversas disciplinas. Así, desde el punto de vista de la política internacional la Guerra del Golfo se desarrolla durante el proceso de cambio generado por el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (“URSS”) que dejó a Estados Unidos como ganador de la Guerra Fría. Esta circunstancia dejó a diversos Estados que estaban previamente alineados con el bloque soviético sin el apoyo acostumbrado. Ello generó distintas visiones respecto a las reglas aplicables a las relaciones internacionales a futuro, cuestión que la Guerra del Golfo contribuyó a aclarar, definiendo en los hechos las reglas que conformaron el entonces llamado Nuevo Orden Mundial.

Desde el punto de vista geopolítico, que define a este proceso de cambio como el paso de un modelo de bipolaridad conflictiva a un modelo de unipolaridad (Metz, 1994), este trabajo toma en cuenta la influencia que tuvieron los factores de crisis a largo plazo en las decisiones y acciones tomadas en la Guerra del Golfo, a menudo definidas por la competencia por el acceso a recursos estratégicos -en el caso, el petróleo-, la evolución de la situación económica de los diversos actores -en el caso, la crisis económica iraquí como elemento esencial que precipitó la decisión de iniciar la guerra- y el acceso a nuevas tecnologías generadoras de una significativa brecha tecnológica. También se considera aquí la influencia del factor religioso en la conformación y restricciones a la acción de la Coalición, particularmente en relación a Israel.

Desde el punto de vista del pensamiento militar este trabajo se enfoca en el análisis de una guerra que se presenta como el paradigma de las guerras de cuarta generación (Lind, Nigh-tengale, Schmitt, Sutton y Wilson, 1989; Hammes, 1994) o cuarta época (Bunker, 1994) en su variante de guerras de alta tecnología, cuya utilización tuvo un impacto sorprendente en su resultado.

Relevancia del Trabajo. Se espera que el presente trabajo pueda contribuir a una mejor comprensión de las tensiones existentes en Medio Oriente, antes, durante y después de la Guerra del Golfo, reflexionando sobre los roles que una potencia regional: Arabia Saudita, cumplió en cada ámbito y etapa conforme evolucionaron las circunstancias.

El contexto y la manera en que Arabia Saudita asumió y cumplió estos roles, así como aquellos posteriores al conflicto bajo análisis se desarrolla en las siguientes páginas.

Capítulo 1: La situación previa (Hasta mediados de 1990)

El Golfo Pérsico es una gran extensión de mar de poca profundidad, con una media de 50 metros y máxima de 90 metros, que baña la costa sudoccidental de Asia entre Irán y la Península Arábiga, conectado al Mar Arábigo -parte del Océano Índico- a través del Estrecho de Ormuz y el Golfo de Omán. En su extremo norte desagua el río que resulta de la confluencia de los ríos Tigris y Éufrates, llamado Shat-el-Arab (Río de los Árabes) por los pueblos árabes y Arvand por los iraníes.

Los países que lo rodean configuran la región actualmente referida como Medio Oriente, término impreciso que proviene de la traducción literal del “Middle East” británico, y que suele también referirse como Oriente Próximo o Cercano Oriente según la fuente y época histórica.

A pesar de la falta de consenso sobre su extensión, suele aceptarse que esta región comprende países del sudoeste de Asia y norte de África, incluyendo -en orden alfabético- Arabia Saudita, Bahréin, Chipre, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Irán, Iraq, Israel, Jordania, Kuwait, Líbano, Omán, Qatar, Siria, Turquía y Yemen.



Mapa 1. Medio Oriente según límites en 1990, previos a la disolución de la URSS. Fuente: elaboración del autor empleando www.historicalmapchart.net

Se trata de una región con una extensa trayectoria histórica y cultural, habiendo sido la cuna de las primeras civilizaciones; lugar de nacimiento de tres de las mayores religiones mundiales: judaísmo, cristianismo e islam; punto de contacto entre las civilizaciones europea cristiana occidental y árabe musulmana oriental, y uno de los principales escenarios de sus conflictos.

Cinco mil años de historia de la humanidad llevaron a una extensa y compleja relación entre los distintos pueblos de la región, con una larga historia de conflictos generados por el control de territorio, sus recursos y rutas de comunicación, así como por intentos de imposición cultural o religiosa. En el siglo XX se sumó el descubrimiento de enormes reservas de petróleo, principal fuente de energía de la economía moderna.

Para enmarcar adecuadamente los roles de los partícipes en la Guerra del Golfo, es necesario efectuar un breve repaso de la historia de la región para dar un adecuado contexto al análisis del conflicto concreto.

A pesar de cierta superposición territorial, este análisis debe segmentarse en no menos de cinco niveles para una mejor apreciación de las tensiones entre los diversos intereses en juego, que resultan del ámbito político global, el ámbito económico global, el ámbito regional árabe, el ámbito regional musulmán y el análisis individual de los principales actores de la Guerra del Golfo, donde obviaremos el análisis individual de EEUU -por exceder el alcance de este trabajo- y nos concentraremos en los principales actores regionales: Iraq, Kuwait y Arabia Saudita.

Estos niveles o ámbitos de análisis se superponen y combinan en un mismo espacio geográfico, donde existen relevantes vasos comunicantes entre los diversos ámbitos, lo que crea diversas líneas de tensión que generan un baile de alianzas que mutan periódicamente según la relevancia de los objetivos. En esos ámbitos se insertan los roles de Arabia Saudita que aquí intentaremos presentar.

Ámbito político global

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial (“IIGM”), los EEUU y la URSS se enfrascaron en una competencia por la hegemonía mundial conocida como la Guerra Fría. Este enfrentamiento creó un sistema bipolar conflictivo (Metz, 1994) cuando los respectivos aliados de cada una de estas potencias se alinearon dentro de los bloques occidental capitalista o soviético comunista respectivamente.

Esta división en bloques neutralizó el sistema de seguridad internacional diseñado en base a la acción colectiva a ser dispuesta por el CSNU, el cual requería de decisiones tomadas por consenso entre los bloques debido a la capacidad de bloqueo otorgada por el derecho de veto de sus miembros permanentes: EEUU, URSS, Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte (“Reino Unido”), Francia y China.

En esta competencia por la supremacía global, cada bando intentó diversas estrategias para aventajar al oponente sin llegar al enfrentamiento directo, ello por temor a desatar una guerra nuclear.

El objetivo principal de los EEUU fue impedir la difusión del comunismo a otras naciones, para lo que se propuso aplicar una estrategia de contención. Acciones prácticas en el marco de esta estrategia fueron la creación de un cerco de bases de los EEUU alrededor de la URSS, así como el respaldo de cualquier régimen que pudiera enfrentar al comunismo en su respectivo país sin preocuparse por su legitimidad.

Por su parte, la URSS implementó una estrategia contra-cerco que incluyó, entre otras acciones, múltiples procedimientos de agresión política (agitación y propaganda, fomento de

descontentos y divisiones sociales, ayuda económica y militar a movimientos subversivos, etc.), espionaje científico y expansión naval, las cuales pusieron en jaque continuo a los EEUU hasta que en los '80s reemplazó la estrategia de contención por una carrera armamentista que la llevaría al agotamiento.

Para un mayor detalle que necesitaremos a modo de contexto para el análisis de las circunstancias que llevaron a la Guerra del Golfo y el rol de Arabia Saudita antes, durante y después de este conflicto, debe notarse que al menos pueden identificarse cinco etapas en la Guerra Fría.

La primera etapa ocupó el lustro posterior a la IIGM, aproximadamente de 1945 a 1949, período durante el cual EEUU adquirió y mantuvo el monopolio nuclear y desarrolló una estrategia de contención fundada en proteger los puntos fuertes donde tenía intereses sustanciales, con acciones diplomáticas (doctrina Truman), económicas (plan Marshall) y militares (despliegue en bases fuera de los EEUU) mayormente diseñadas para fortalecer a los países cuya alianza requiere en su nuevo conflicto.

En la segunda etapa de la Guerra Fría, aproximadamente de 1950 a 1962, una vez que la URSS pudo desarrollar el arma atómica, EEUU practicó una estrategia de disuasión fundada en la amenaza de represalia masiva. Esta estrategia se mostró insuficiente para prevenir conflictos de escala limitada promovidos por la URSS. Durante esta etapa EEUU se involucró con tropas propias en la Guerra de Corea al endurecer su estrategia de contención en base a la defensa perimetral. En este caso la intervención de EEUU se hizo bajo mandato de la ONU otorgado por el CSNU en sesión donde la URSS estuvo ausente. Fallecido Stalin en 1953 y con la asunción de Jrushchov comenzó un período de distensión llamado coexistencia pacífica el cual concluyó con la crisis de los misiles de Cuba en 1962. A pesar del nombre, esta etapa no estuvo exenta de conflictos, inclusive aquel que comenzaría el distanciamiento de EEUU y Europa: la crisis de Suez en 1956.

En la tercera etapa, aproximadamente de 1962 a 1969, EEUU adapta su estrategia de disuasión mediante la amenaza de una respuesta flexible, a ser acomodada al nivel de acción que el eventual conflicto merezca. En esta etapa se produce la recuperación económica de Europa y Japón, en gran parte gracias a la provisión de petróleo barato proveniente de Medio Oriente, así como la consolidación del grupo de Países No Alineados. También se registra un auge de los conflictos periféricos, muchos de ellos generados a partir de guerras de liberación nacional apoyadas por el bloque soviético en el área de influencia occidental. Tal vez los conflictos más conocidos de esta etapa haya sido las guerras de Argelia y de Vietnam, en la cual el bloque soviético logró que EEUU comprometiera tropas propias.

En la cuarta etapa, aproximadamente de 1970 a 1980, tanto EEUU como la URSS ya poseían un arsenal nuclear suficiente para generar una destrucción mutua asegurada, lo que actuaba como disuasión ante el otro bando. En esta etapa se generan los tratados de limitación de armamentos estratégicos ("SALT" por su sigla en inglés) que evidencian una etapa de distensión entre ambas potencias (también conocida por su nombre francés: *détente*), sin perjuicio de la continuación de las guerras periféricas y apoyo soviético a movimientos subversivos en toda la esfera de influencia occidental.

Ya en los primeros años de esta cuarta etapa, el deterioro de la situación en Vietnam y el retiro estadounidense ocurrido el 29 de marzo de 1973, evidenció el alto costo y escaso resultado de la intervención militar directa para contener la expansión del comunismo, lo que

causó a EEUU un serio desgaste material, conflictos en su frente interno y deterioro de su reputación internacional, afectando la confianza de sus aliados en su capacidad y voluntad para defenderlos contra la agresión soviética.

Esta estrategia estadounidense de intervención directa fue reemplazada por una estrategia indirecta por la vía económica y cultural a través de la Comisión Trilateral. Esta organización estaba orientada a promover inversiones de compañías occidentales en la URSS y Europa Oriental, lo que tuvo un fuerte impulso político con la visita del presidente Nixon a Moscú en 1972. De esta manera, el bloque occidental proveyó financiamiento y tecnología que fue incorporada al bloque soviético sin modificaciones a su burocracia o sociedad, el cual quedó interconectado a la economía de Occidente. Este vínculo económico fue acompañado de una apertura soviética en el ámbito científico y cultural, otorgando más permisos de emigración que en tiempos anteriores, permitiendo el contacto directo con extranjeros, cesando el bloqueo de emisiones radiales extranjeras, e incorporando a su cultura el uso del blue jeans y la música rock.

El 16 de octubre de 1973, a consecuencia de la guerra de Yom Kipur se produjo un embargo petrolero de los países árabes contra aquellos países que apoyaron a Israel, lo que puso de manifiesto una divergencia entre los intereses energéticos de Europa y EEUU. Así, mientras Europa privilegió el aporte energético de la URSS con quien mantuvo el intercambio de energía por aportes de tecnología y financiamiento, EEUU se enfocó en mantener y asegurar su acceso al petróleo del Golfo Pérsico en el marco de la doctrina de los dos pilares (“twin pillars”) enunciada por el presidente Nixon en 1969. Conforme a esta doctrina, EEUU aseguraba ese acceso mediante alianzas con Arabia Saudita e Irán, quienes cumplían el rol de aliados y guardianes de los intereses de EEUU en la región, a cambio de su protección frente a cualquier intento de desestabilización por parte del bloque soviético (Marini, 1985).

Los acuerdos de Camp David entre Israel y Egipto en 1978 trajeron cierta paz en Medio Oriente después de tres décadas de enfrentamientos militares entre ambos países, a un significativo costo para EEUU en ayuda económica para ambos países, la que superó los USD 48.000 millones (Anderson, 1981). Este acuerdo de paz tuvo la imprevista consecuencia de contribuir a inflamar las pasiones islámicas que llevaron a la Revolución Iraní de 1979, la cual derrocó al Sha Reza Palevi y lo reemplazó por una teocracia islámica liderada por el Ayatola Jomeini. Más tarde en ese mismo año, un grupo de estudiantes iraníes -con aquiescencia del nuevo gobierno teocrático iraní- tomó de rehenes al personal de la Embajada de los EEUU en Teherán.

A finales de ese año 1979, la URSS invadió Afganistán, lo que EEUU tomó como un posible preludio al avance sobre Irán y acceso soviético al Golfo Pérsico. Ante esta circunstancia, el 23 de enero de 1980 el presidente Carter anunció la doctrina que lleva su nombre, advirtiendo que “Una tentativa de cualquier fuerza exterior de ganar el control de la región del Golfo Pérsico será considerada como una agresión a los intereses vitales de los EEUU y será repelida con todos los medios necesarios, incluyendo la fuerza militar.”

La quinta etapa de la Guerra Fría, que se extendió aproximadamente de 1981 a 1989, se inauguró con la asunción de Reagan como presidente de los EEUU. Reagan tomó una postura más activa de confrontación con la URSS, caracterizándola como el “imperio del mal” e implementando medidas económicas y militares en su contra.

En este sentido, por un lado, Reagan reinició públicamente un programa de rearme convencional y nuclear, dándole un papel fundamental a la Iniciativa de Defensa Estratégica -popularmente conocida como Star Wars- destinada a generar un escudo antimisiles que permitiera

sobrevivir a un ataque nuclear, intentando terminar así con la amenaza de la destrucción mutua asegurada.

Por otro lado, tomó una serie de medidas (i) para bloquear la transferencia de tecnología y financiamiento al bloque soviético que se reflejaron en la National Security Decision Directive 75 del 17 de junio de 1983; (ii) para mantener bajo el precio del petróleo de modo de afectar la principal fuente de ingresos por exportaciones de la URSS; y (iii) para apoyar movimientos contra regímenes pro-soviéticos, siendo el caso más exitoso el apoyo prestado a las milicias afganas contra la invasión soviética, convirtiéndola en el “Vietnam soviético”.

Estos cambios expandieron los roles de Arabia Saudita. Con la caída del régimen iraní, durante la mayor parte de los años ‘80s Arabia Saudita se convirtió en el casi exclusivo aliado y guardián de los intereses de los EEUU en el Golfo Pérsico, proveyendo apoyo logístico a la base naval de los EEUU en Baréin. Ello permitió una significativa presencia militar de EEUU en el Golfo Pérsico, especialmente al momento de desarrollar la operación Earnest Will entre 1987 y 1988 para proteger petroleros neutrales de ataques de Irán durante su guerra con Iraq. Para ello, EEUU permitió navegar a buques kuwaitíes bajo bandera norteamericana, algunos de los cuales se sospecha que transportaron petróleo iraquí. La bandera norteamericana en los buques habilitó su protección mediante escoltas navales norteamericanas en lo que fue la mayor operación de convoyes desde finales de la IIGM, con 259 buques militares que escoltaron 127 convoyes, logrando mantener el suministro de petróleo a las economías occidentales durante ese conflicto (Huchthausen, 2004).

Pero Arabia Saudita no sólo prestó apoyo a favor de EEUU, sino que también cumplió un papel relevante en medidas en perjuicio de la URSS al incrementar su producción de petróleo por sobre la cuota acordada en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (“OPEP”), tanto para compensar la caída de la producción generada por la Guerra entre Irán e Iraq como para mantener bajo el precio del petróleo durante toda la década. Esta baja de precios afectó significativamente los ingresos de la URSS, que en ese momento dependían en cerca de un 60% de los ingresos por exportaciones de petróleo.

Este simultáneo desafío a una carrera armamentista, junto con medidas de desgaste militar (apoyo a las milicias afganas) y estrangulamiento económico (bloqueo financiero y tecnológico, y mantenimiento de un bajo precio del petróleo durante la década) probaron ser imposibles de afrontar por la economía soviética.

A finales de la década de los ‘80s, la URSS mostraba signos de agotamiento en su enfrentamiento con el bloque occidental, lo que se evidenciaba -entre otros factores- en el fracaso de la invasión soviética a Afganistán de donde completaría su retiro en 1989, y en las reformas económicas y políticas introducidas a partir de 1985 bajo el nombre de perestroika (reestructuración) y glasnost (transparencia), que tenían por objetivo intentar superar el estancamiento económico soviético con un plan para pasar progresivamente de una economía centralmente planificada a una economía de mercado regulada.

La URSS instó a la aplicación de similares reformas en los países de Europa Oriental, advirtiéndole que sus circunstancias ya no le permitirían continuar con las ayudas económicas o militares. Ello le impediría ejercer presiones en defensa de gobiernos pro-soviéticos como lo había hecho en años anteriores, por ejemplo, durante la Revolución de Hungría en 1956 y la Primavera de Praga en Checoslovaquia en 1968. Esta postura de la URSS respecto a los demás

países del bloque soviético fue conocida como la Doctrina Sinatra, por referencia a la canción “A mi manera”, en el sentido de permitir que cada país buscara su destino a su manera.

Esta posición de la URSS llevó a una serie de revoluciones en países con gobiernos comunistas a partir de 1989, siendo las más notorias aquellas ocurridas en Europa Oriental. Algunas de estas revoluciones fueron pacíficas y otras violentas, variando de país a país. Ello llevó a que Polonia, Hungría, Alemania del Este, Checoslovaquia, Bulgaria, Yugoslavia y Albania depusieran gobiernos pro-soviéticos, en cuyo desarrollo se produjo la destrucción de uno de los mayores símbolos de la represión soviética con la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989.

Pocos días después, el 3 de diciembre de 1989, los presidentes de EEUU y la URSS, George Bush Sr. y Mijaíl Gorbachov, anunciaron durante la Conferencia de Malta el final de la Guerra Fría y el establecimiento de un nuevo orden mundial. Muchos actores internacionales vieron este anuncio como una mera distensión temporaria en las relaciones entre los bloques occidental y soviético, sin creer que el gigante soviético pudiera estar tan débil y la disolución de la URSS pudiera encontrarse tan cerca. Ello al punto que el anuncio de la disolución de la URSS efectuado el 25 de diciembre de 1991 -ya concluida la Guerra del Golfo de la que trata este trabajo- tomó a muchos actores por sorpresa.

A comienzos de 1990, EEUU se perfilaba como el ganador de la Guerra Fría por razones económicas antes que militares, sin que el mundo tuviera en ese momento claridad sobre si el traspie de la URSS era transitorio -tal como fue la situación de EEUU después de la Guerra de Vietnam- o permanente. Utilizando la terminología de Metz, existía la posibilidad del paso de un sistema bipolar conflictivo a un sistema unipolar imperial, donde EEUU impusiera sus decisiones a las demás unidades del sistema (Metz, 1994:85-97), pero en ese momento la cuestión aún estaba en transición y distaba de ser clara. Hasta que esta situación se decantara, el anuncio de un nuevo orden mundial no era más que un slogan difuso basado en conceptos largamente declamados como la colaboración y la armonía entre los países del mundo, y que no aportaba una guía significativa respecto a qué atenerse en el futuro inmediato.

La invasión de Iraq a Kuwait el 2 de agosto de 1990 presentó la oportunidad para dotar de contenido a este concepto, el cual implicó (i) la acción colectiva en el marco de la ONU para impedir la agresión armada e imponer el respeto al territorio soberano de todos los Estados; (ii) la garantía de mantenimiento de mercados abiertos para el aprovisionamiento energético, impidiendo que un país hostil pueda tomar control y denegar acceso a las reservas mundiales de petróleo sacándolas del mercado, y (iii) la inaceptabilidad de la proliferación de armas de destrucción masiva, entre las que se contaban las armas químicas que Iraq había empleado en recientes acciones (Bartolomé, 2006:82).

El segundo punto nos introduce en un tema esencial de la Guerra del Golfo, la disputa por el control de las mayores reservas de petróleo del planeta. Para 1990 se estimaba que dos tercios de esas reservas se encontraban en los países agrupados alrededor del Golfo Pérsico ⁽¹⁾, lo que conformaba su principal y casi exclusivo recurso económico, y cuyo acceso era necesario para los EEUU a efectos de preservar la seguridad energética del mundo occidental.

¹ - En 1990, Medio Oriente tenía aprox. 65% de las reservas mundiales, esto es 659,6 miles de millones de barriles sobre un total mundial de 1.027,0 miles de millones de barriles, conforme BP Statistical Review of World Energy June 2019, accedido el 14 de junio de 2020 en <http://www.bp.com/statisticalreview>.

Ámbito económico global

La humanidad conoce el petróleo hace más de cuatro mil años. Herodoto dejó registro sobre el uso de asfalto en la construcción de muros y torres de Babilonia. A lo largo de los siglos se utilizó como material de construcción, como medicamento, como sustancia inflamable para uso militar (se supone que era un componente del fuego griego), como material aislante para calafateo de buques y como combustible para iluminación, calefacción y usos industriales, tales como la evaporación de salmuera para obtener sal.

Aunque la obtención de petróleo a través de la perforación de pozos se inició en China en 347 a.C., su rol relevante en la edad moderna recién comenzó en 1859 con el descubrimiento de petróleo cerca de Titusville, Pennsylvania, Estados Unidos. En las primeras décadas de su desarrollo industrial, el destilado más importante del petróleo fue el querosén utilizado en la iluminación de hogares, lo que a finales del siglo XIX transformó al petróleo de ser una sustancia con escasas aplicaciones industriales a convertirse en un bien de consumo masivo, cuya distribución fue dominada por John D. Rockefeller a través de la Standard Oil Company.

El uso del petróleo para iluminación fue opacado desde principios del siglo XX por la masiva producción requerida para alimentar los motores de combustión interna recientemente adoptados por las economías desarrolladas, que empleaban otros productos destilados, como el fueloil, gasoil y la nafta. Esto revolucionó el desplazamiento naval al reemplazar el carbón por petróleo y el desplazamiento terrestre al reemplazar el caballo y el tren a vapor por los automóviles y otros vehículos con motores de combustión interna, inauguró la etapa del desplazamiento aéreo con la invención del avión, reconvirtió su aporte a la iluminación a través de la generación de electricidad mediante motores estacionarios, y generó una cantidad de nuevas industrias a partir de diversos procesos petroquímicos.

En 1911, Winston Churchill, entonces Primer Lord del Almirantazgo, tomó la decisión de promover la conversión de la flota británica de propulsión a carbón obtenido en Gales, a propulsión a petróleo obtenido de los yacimientos descubiertos en 1908 en Persia, hoy Irán, debido al mayor rendimiento de los motores a combustión interna y la reducción de personal en las salas de máquinas. Esta decisión fue un hito decisivo que convirtió al petróleo en un recurso estratégico. Posteriores descubrimientos de petróleo en Iraq en 1927 y Arabia Saudita y Kuwait en 1938 confirmaron que la zona del Golfo Pérsico tenía enormes yacimientos de hidrocarburos líquidos y gaseosos, lo que incrementó su valor estratégico.

Durante la IIGM EEUU fue el primer productor y exportador mundial de petróleo, por lo que no sólo fue el arsenal de los Aliados sino también su surtidor de combustible, circunstancia decisiva para el triunfo aliado en esa contienda.

La importancia de este recurso llevó a que Churchill y Roosevelt firmaran un acuerdo el 8 de agosto de 1944 por el cual dividían su acceso al petróleo ubicado en Medio Oriente, pactando que el Reino Unido tendría acceso al petróleo persa, que compartirían el petróleo en Iraq y Kuwait, y que Estados Unidos tendría acceso al petróleo saudita.

Este acceso se implementó a través de las compañías petroleras más grandes del mundo, conocidas como las Siete Hermanas, cinco norteamericanas: Esso, Mobil, Chevron, Texaco y Gulf Oil, y dos británicas: Royal Dutch Shell y British Petroleum. Estas empresas conformaron un cartel para evitar la competencia y manejar el mercado al organizar la demanda del petróleo

concentrada en los países consumidores. Para ello se repartieron territorios y ejercieron influencia sobre los gobiernos de los países productores, generando enormes ganancias.

A inicios de la década de los años '50s, mientras EEUU perdía su autoabastecimiento petrolero debido a la declinación de su producción y al incremento de su consumo, se produjeron una serie de cambios relevantes en las relaciones internacionales que afectaron a la industria petrolera y que provenían de la conjunción de tensiones generadas en los diversos ámbitos ya señalados al inicio de este capítulo:

- la tensión política y militar a escala global proveniente de la Guerra Fría entre el bloque occidental y el bloque soviético;
- la tensión económica a escala global proveniente de la competencia entre los sistemas capitalista y comunista, donde el acceso al petróleo jugaba un papel de suma relevancia por ser la fuente de energía esencial para cualquier economía industrial más allá de cómo se organizara su propiedad;
- las múltiples tensiones propias del mundo árabe provenientes del enfrentamiento entre el nacionalismo anticolonial árabe contra los dos imperios coloniales remanentes: el Reino Unido y Francia, que luego también se extendería contra los EEUU; la confrontación árabe israelí existente desde tiempos bíblicos pero agravada por la creación del Estado de Israel en 1948; y las tensiones emergentes de la carrera entre diferentes estados árabes por el liderazgo del mundo árabe, que llevó a la Guerra Fría Árabe; y
- la tensión religiosa propia del mundo musulmán entre sunnitas y chiitas, presente desde el inicio del Islam pero que se agravaría con el transcurrir del tiempo.

La reafirmación de los movimientos nacionalistas se extendió a países con similares intereses respecto al petróleo a pesar de tener un pueblo mayoritario de otra etnia (tal el caso de Irán, de etnia persa y no árabe) y llevó al intento de tomar control de la industria petrolera, sea mediante la nacionalización de las reservas o de las vías de transporte del petróleo.

El primer caso pudo observarse en 1951 cuando el primer ministro de Irán, Mohammad Mosaddeq, nacionalizó las reservas hidrocarburíferas del país y su industria petrolera. A pesar de la gran popularidad que esto le trajo entre la población local, la medida provocó un golpe de Estado apoyado por las agencias de inteligencia norteamericana y británica que lo depuso en 1953, dando oportunidad a que en su lugar el Shah Reza Pahlavi impusiera un gobierno autocrático alineado con los intereses occidentales.

En materia de transporte, el conflicto surgió en torno al control del Canal de Suez. A principios de la década de los '50s Europa recibía de Medio Oriente prácticamente la totalidad del petróleo que consumía. Un tercio de ese petróleo era transportado a través de oleoductos que llegaban hasta el Mediterráneo y de allí embarcados hacia Europa, y los dos tercios restantes eran transportados por buques que cargaban en el Golfo Pérsico y tomaban la ruta hacia Europa a través del Canal, lo que representaba la mitad de su tráfico.

En 1951, el gobierno egipcio pretendió rescindir el contrato que cedía el control del Canal al Reino Unido, lo que fue resistido por esta potencia. Diversos incidentes llevaron a un golpe de Estado en 1952 que depuso al rey Farouk y estableció la República de Egipto, presidida por Gamal Abdel Nasser. Nasser nacionalizó el Canal de Suez en 1956 dando lugar a la llamada Crisis de Suez o Segunda Guerra Árabe-Israelí, durante la cual Egipto bloqueó el paso por el Canal hundiendo buques en su traza.

Si bien el Canal retomó operaciones en 1957, este cierre fue suficiente para que las compañías de transporte percibieran el riesgo de apostar su negocio a la ruta del Canal y tomaran la decisión de comenzar a utilizar los llamados super-tankers. Estos buques de transporte de petróleo de enorme tamaño excedían el máximo manejable por el Canal y tomaban la ruta de Ciudad del Cabo rodeando el continente africano, reduciendo el costo unitario de transporte por barril de petróleo debido a la cantidad transportada. Esta circunstancia redujo la importancia estratégica del Canal, probando ser una correcta decisión cuando el Canal cerró operaciones entre 1967 y 1975 a consecuencia de la Tercera Guerra Árabe-Israelí.

La década de los años '60s presenció la conformación de la OPEP, constituida inicialmente por Arabia Saudita, Irán, Iraq, Kuwait y Venezuela con el objetivo de balancear el poder de las Siete Hermanas y manejar el mercado a través de la oferta de petróleo, coordinando las políticas de los países productores. Si bien en sus primeros años la OPEP sólo obtuvo algunos objetivos modestos, a principios de la década siguiente había duplicado el número de miembros al incorporar a Qatar (1961), Libia (1962), Emiratos Árabes Unidos (1967), Argelia (1969) y Nigeria (1971).

El conjunto de países miembros de la OPEP controlaba así el 72% de las reservas mundiales y 42% de la producción, con Arabia Saudita ejerciendo informalmente un rol de liderazgo al convertirse en el primer productor y exportador mundial. El volumen de reservas y producción proporcionó a la OPEP una posición cada vez más relevante frente al continuo crecimiento del consumo mundial, que casi se triplicó en esa década. Esta circunstancia creó un riesgo estratégico para EEUU, consumidor de aproximadamente un tercio de la producción petrolera mundial y que obtenía una parte relevante de su abastecimiento en el Golfo Pérsico, confiando la seguridad del suministro a sus relaciones con Arabia Saudita e Irán, tal como lo expresó el presidente Nixon en 1969 al referirse a estos países como los “dos pilares” de su seguridad energética.

A finales de 1970 la OPEP decidió tomar parte activa en la fijación de precios, al momento que el precio del petróleo era USD 1,20 por barril. En febrero de 1971 los países de la OPEP y el conjunto de compañías productoras firmaron un acuerdo de precios que lleva a sucesivos incrementos hasta triplicarse al llegar a USD 3,65 por barril en septiembre de 1973, durante los días previos a la Cuarta Guerra Árabe-Israelí o Guerra de Yom Kippur.

Previendo un inminente conflicto militar en el Medio Oriente, el 23 de agosto de 1973 los países árabes se reunieron en secreto en Riad, Arabia Saudita, y acordaron utilizar la suspensión de los despachos de petróleo como arma en caso de guerra.

El 6 de octubre de 1973 Egipto y Siria atacaron a Israel iniciando la guerra que duraría menos de tres semanas. Ante la ayuda prestada por EEUU a Israel, antes de la finalización de la guerra, el 16 de octubre de 1973 los países árabes productores de petróleo impusieron un embargo a las exportaciones de petróleo con destino a países que apoyaban a Israel y una suba unilateral de precios que los elevó hasta USD 11,65 por barril, un aumento cercano al triple del precio anterior a la guerra.

Estas medidas afectaron a las economías del bloque occidental, empujándolas a una etapa de recesión e inflación (“estanflación”) que duraría la mayor parte de la década de los '70s. Esta situación dio visibilidad al problema del abastecimiento petrolero y generó una mayor conciencia energética en la sociedad y los gobiernos, algunos de los cuales establecieron

reservas estratégicas de combustible. Repasando sus efectos inmediatos en los países más impactados resulta que:

- EEUU fue el país que sufrió impactos negativos en forma más inmediata. Las importaciones de petróleo árabe se redujeron en un 90% en cuestión de días, llevando a una crisis de suministro cuyas imágenes más difundidas incluyeron largas colas para cargar combustible en las estaciones de servicio, racionamiento en días pares e impares según terminación de la chapa patente de los vehículos, y ocasionales faltantes de suministro. El impacto económico inmediato se reflejó en la baja de la cotización de las acciones de compañías americanas que cotizaban en la Bolsa de Nueva York, las que perdieron cerca de US\$ 100.000 millones de valor de mercado en seis semanas. Ello generó la elaboración de un plan de independencia energética de los EEUU que fue presentado por Kissinger el 11 de febrero de 1974.
- Los países de Europa (salvo Holanda) no resultaron afectados por el embargo, atento que el Reino Unido y Francia se habían negado a permitir el uso de sus aeropuertos para vuelos de abastecimiento a Israel. Pero sí sufrieron un gran impacto económico por el incremento del precio del petróleo, que causó una severa crisis económica y puso fin al crecimiento económico de los “gloriosos treinta” años posteriores a la IIGM.
- Japón fue tal vez el único país consumidor de petróleo que obtuvo beneficios de esa crisis al consolidarse como el principal fabricante mundial de automóviles compactos, los que vinieron a reemplazar los grandes vehículos predominantes en las décadas de los ‘50s y ‘60s antes que las grandes compañías norteamericanas pudieran adaptar sus sistemas de producción.
- Los países productores de petróleo -árabes y otros- tomaron control del petróleo dando comienzo a una etapa de nacionalizaciones. Por ejemplo, para 1975 Kuwait tenía control de sus recursos petroleros y para 1980 la Arabian American Oil Company (“Aramco”) era totalmente Saudita. Ello invirtió los flujos de mundiales de capital, permitiendo a los países productores acumular enormes riquezas, parte de las cuales se aplicaron a masivas inversiones en países occidentales en un auge conocido como la época de los “petrodólares”, pero otra parte también se aplicó a compras de armamento que exacerbaban las tensiones políticas existentes en la región.

A pesar del levantamiento del embargo el 17 de marzo de 1974, los países consumidores igualmente implementaron varias de las medidas propuestas por el plan de independencia energética que -con diversas modificaciones- perduran hasta el presente. Estas medidas incluyen la creación de diversas agencias gubernamentales para el control de la energía, restricciones tales como la imposición de límites de velocidad para ahorrar combustible, exigencias de eficiencia de consumo en nuevos automóviles, y horario de verano para ahorrar energía.

No obstante, los precios del petróleo continuaron subiendo durante toda la década, tanto por los efectos de la recesión generada a partir del embargo petrolero como por el continuo debilitamiento del Dólar a partir del previo abandono del patrón oro por EEUU en 1971.

A partir de 1977 el nuevo presidente de los EEUU, ‘Jimmy’ Carter, hizo un esfuerzo por resolver tal vez el conflicto más álgido de Medio Oriente y causa inmediata del embargo petrolero de 1973, cual fue el enfrentamiento árabe israelí. Para ello intentó una mediación entre Israel y Egipto, el principal contendiente árabe en todas las guerras contra el Estado judío. Este esfuerzo vio sus frutos el 17 de septiembre de 1978 cuando el Presidente egipcio Anwar Sadat y el Primer Ministro israelí Menachem Begin firmaron los acuerdos de Camp David, lo que llevó al acuerdo de paz de 1979 entre ambos países, seguido el cual no hubo otra guerra entre ellos.

La década concluyó con otra crisis del petróleo que comenzó en 1979 y para principios 1981 había generado que los precios del petróleo casi se tripliquen. A diferencia con la anterior crisis de 1973, la crisis de 1979 se desarrolló en varios meses y fue generada por una concatenación de múltiples causas entre las que se cuentan la Revolución Iraní en 1979, la invasión soviética a Afganistán en el mismo año y la Guerra entre Irán e Iraq a partir de 1980.

Analizando en mayor detalle las causas de esta crisis del petróleo de 1979, puede notarse la huelga general en las refinerías iraníes efectuada en noviembre de 1978 en protesta contra el Sha Mohammad Reza Palevi. Esta huelga redujo la producción iraní a un cuarto de su volumen anterior. A ello siguió en diciembre de 1978 que la OPEP decidió aumentar el precio del petróleo en forma escalonada durante 1979. Ambas circunstancias generaron alarma en los países consumidores y llevó a adelantar decisiones de compra, mientras los productores intentaron retrasar sus ventas para beneficiarse con mayores precios. La incertidumbre sobre cómo se desarrollaría la situación empujó la suba de precios, la cual se aceleró con la revolución islámica chiita desarrollada en Irán durante los primeros meses de 1979, que produjo el cese temporal de la producción petrolera persa y contribuyó a la abrupta subida del precio.

Lejos de calmarse, la situación se agravó en octubre de 1979, cuando EEUU concedió asilo al Sha en exilio para realizarse un tratamiento médico contra el cáncer en suelo norteamericano. Esto llevó a multitudinarias protestas en Irán y a la toma de la embajada de los EEUU en noviembre de 1979 por estudiantes fanatizados, quienes -con aquiescencia del gobierno teocrático iraní- mantuvieron al personal diplomático norteamericano como rehén hasta enero de 1981, liberándolo al día siguiente del término del mandato del presidente Carter y asunción del presidente Reagan.

A poco de iniciarse la “crisis de los rehenes”, en diciembre de 1979 la URSS invadió Afganistán para apoyar al régimen pro-soviético de ese país, lo que levanta sospechas de los EEUU respecto a que tal maniobra pueda ser una preparación para intervenir en Irán y acceder al Golfo Pérsico y llevó al anuncio de la Doctrina Carter, según la cual EEUU considera que la región del Golfo Pérsico forma parte de sus intereses vitales a ser defendidos por cualquier medio necesario, incluyendo la fuerza militar.

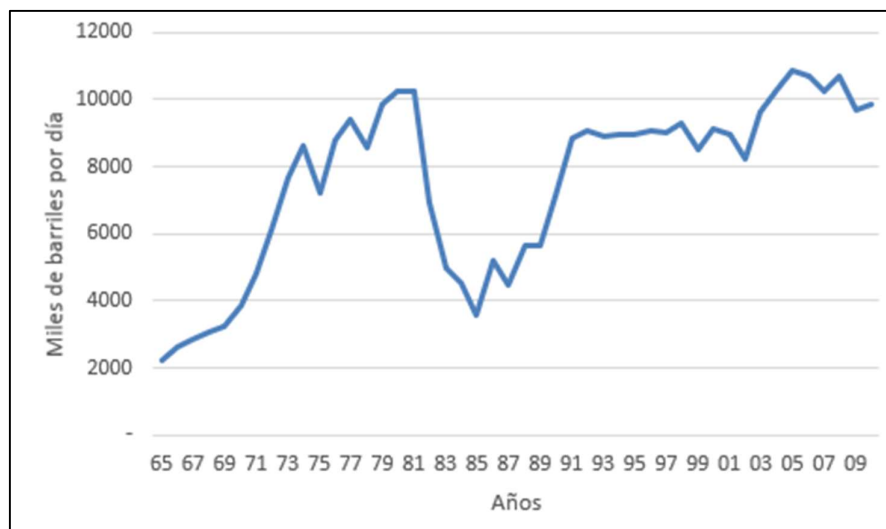
En este contexto, Iraq consideró que el nuevo gobierno revolucionario teocrático iraní representaba un riesgo para el gobierno secular iraquí, atento diversas acciones tomadas por el nuevo gobierno iraní para fomentar la rebelión del pueblo kurdo en el norte de Iraq y una revolución religiosa chiita en el sur. Esta evaluación fue compartida por otros países de la región, tal como Arabia Saudita, que había sufrido la toma de la Gran Mezquita de La Meca por insurgentes chiitas armados a finales de 1979.

A este riesgo se sumó una oportunidad militar, por cuanto Irán era percibido como débil debido a que el régimen teocrático iraní había efectuado una purga de oficiales y perdido el abastecimiento militar norteamericano, mientras el propio Iraq se sentía seguro del apoyo de sus vecinos árabes y de mantener el abastecimiento militar soviético. Todo ello ofrecía a Iraq la oportunidad de anular el riesgo religioso y obtener ganancias territoriales que mejorasen su acceso al Golfo Pérsico mediante lo que Iraq esperaba que fuera una rápida guerra que Irán no estaría en condiciones de resistir. En base a este cálculo, el 22 de septiembre de 1980 Iraq lanzó un ataque contra Irán, iniciando ocho años de guerra entre ambos países durante los cuales ambos bombardearon las instalaciones petroleras del otro para imposibilitar sus exportaciones y debilitarlo.

A pesar del riesgo que la Guerra entre Irán e Iraq generaba al abastecimiento de petróleo proveniente del Golfo Pérsico, luego de la suba ocasionada por el inicio de las hostilidades en 1980 los precios del petróleo comenzaron a declinar.

Las causas de esta baja de precios se encontraron en un exceso de producción por parte de otros países productores para compensar lo que esperaban sería la reducción de las producciones iraní e iraquí, en la reducción de la actividad económica de los países industrializados causada por las crisis del petróleo del '73 y '79, y en las medidas de ahorro energético implementadas a partir de ellas. Ello llevó a que en 1982 la OPEP adoptara por primera vez la política de acordar límites o 'cuotas' de producción como herramienta para mantener los precios. Esta decisión consolidó el rol de Arabia Saudita como líder de la OPEP, atento que este país actuaba como 'compensador' o 'bisagra', limitando su producción ante excesos de oferta en el mercado, rol que se pudo permitir en razón que sus costos de producción son los menores a nivel mundial, lo que le asegura los mayores márgenes (diferencia entre precio de venta menos costo).

Esta situación cambió en 1986, cuando después de múltiples advertencias a los demás países productores para que cumplieran los límites acordados, Arabia Saudita restableció su producción y con ello generó un desmoronamiento de precios que benefició a los países consumidores: Estados Unidos, Europa, Japón y países del tercer mundo; y perjudicó a los países productores: los miembros de la OPEP y la URSS. Esta circunstancia contribuyó significativamente a la pérdida de relevancia de la OPEP y poco tiempo después al colapso del bloque soviético.



Cuadro 1. Producción petrolera saudita en miles de barriles por día entre 1965 y 2010. Se observa la fuerte caída a principios de la década de los '80s y el fuerte incremento a partir de mediados de la década (Fuente: elaboración del autor en base a datos de BP, 2020)

EEUU intervino activamente para proteger el abastecimiento proveniente del Golfo Pérsico durante la etapa de la Guerra entre Irán e Iraq conocida como "la guerra de los petroleros" con lo cual apoyó la caída de los precios del petróleo.

Si bien desde el comienzo de la contienda ambos países atacaron las instalaciones de producción y los buques de transporte de su adversario, estos ataques fueron suspendidos en 1984 por acuerdo entre ambos países ante la ONU.

Los ataques se reanudaron en 1986 incluso contra buques petroleros de Kuwait y Arabia Saudita, que Irán sospechaba que transportaban petróleo iraquí. Como medida para disuadir esos ataques, EEUU otorgó registro y bandera estadounidense a buques petroleros de propiedad de Kuwait, de modo que cualquier ataque a ellos fuera considerado un ataque contra EEUU. Ante la continuación de los ataques, desde 1987 EEUU implementó la operación Earnest Will desplegando una considerable flota en el Golfo Pérsico para escoltar a los buques de transporte petrolero y conducir acciones de represalia contra ataques iraníes.

Esta guerra entre Irán e Iraq finalmente concluyó en agosto de 1988 sin un claro ganador, dejando a Iraq fuertemente armado y endeudado, en un contexto de bajo precio del petróleo y altas tasas de interés.

La paz en Medio Oriente fue seguida al año siguiente por el retiro de la URSS de Afganistán, en lo que representó una seria derrota militar equivalente a la sufrida por Estados Unidos al retirarse de Vietnam en 1973.

Agotada económicamente por la baja del precio del petróleo y la guerra económica librada por la Administración Reagan al bloquear transferencias de tecnología y financiamiento, la URSS ya no tuvo los recursos necesarios para sostener los regímenes pro-soviéticos instalados en los países de Europa Oriental, los que cambiaron de signo en breve tiempo. Como indicamos más arriba, el hito más relevante de esos procesos fue la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, seguida el 3 de diciembre del mismo año por el anuncio del final de la Guerra Fría por los presidentes de los EEUU y la URSS.

En este contexto, los precios del petróleo recuperaron algo de su valor en forma relativamente rápida de los casi US\$ 10 por barril a que descendieron en 1986, oscilando entre US\$ 14 y US\$ 24 durante el lustro siguiente. Pero la semilla de la nueva crisis ya estaba germinando.

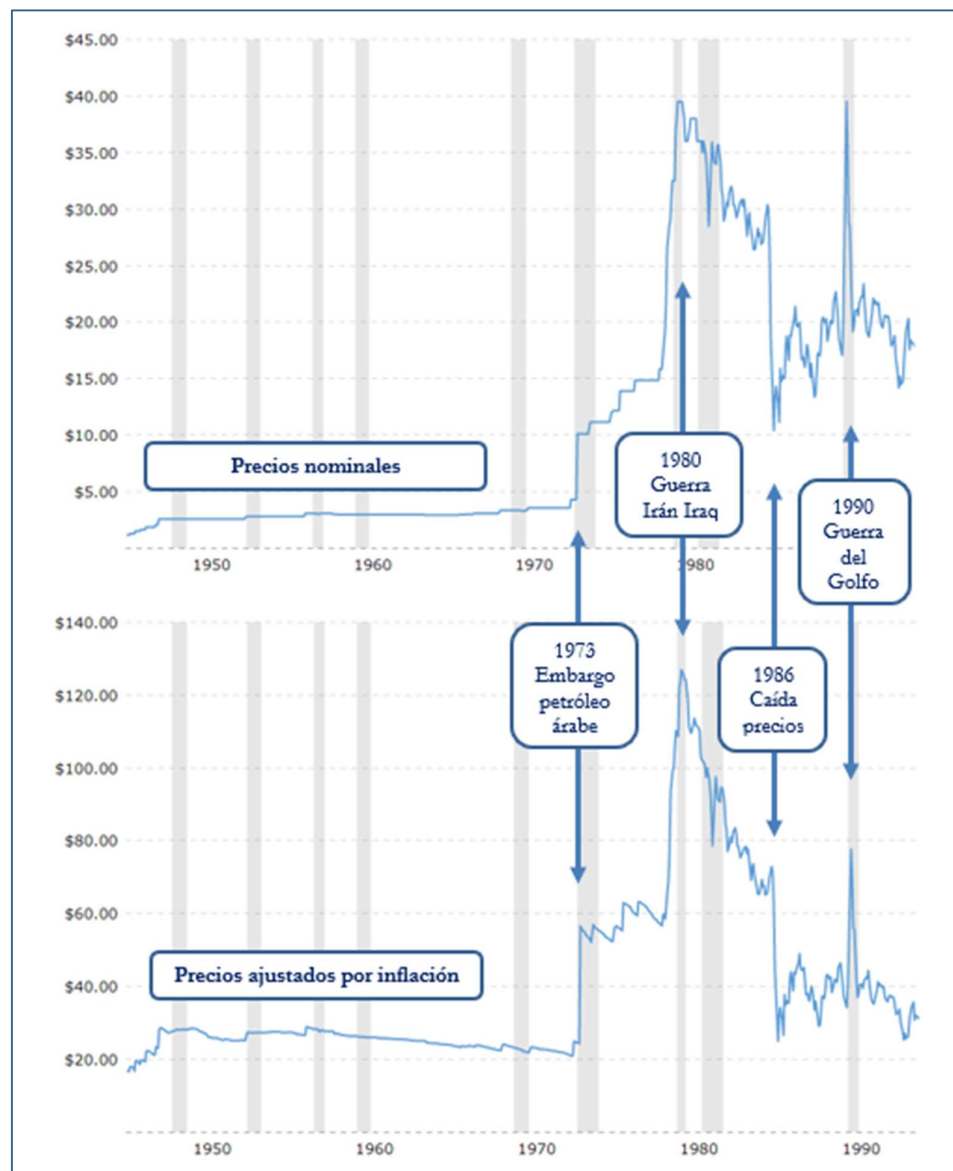
Como indicamos líneas arriba, la Guerra entre Irán e Iraq concluyó en agosto de 1988 con un virtual empate, dejando a los contendientes en una severa recesión económica y la necesidad de reconstruir su infraestructura. Mientras Irán se embarcó en una política favorable a los negocios para fortalecer su economía sin apartarse de los postulados religiosos de la revolución, Iraq intentó negociar asistencia de los países árabes del Golfo Pérsico, particularmente Arabia Saudita y Kuwait.

Sadam Hussein veía a estos países como beneficiarios del esfuerzo iraquí, el cual evitó que Irán aplicara mayores recursos en apoyo de grupos chiitas. Estos grupos, incluso con el limitado apoyo que Irán pudo prestar durante los inicios de la revolución y su casi inmediata guerra con Iraq, demostraron una gran actividad que podría haber sido mucho peor de contar con apoyo iraní. Entre los casos más renombrados de la época se cuentan los incidentes ocurridos en Arabia Saudita en 1979 con el levantamiento chiita en Qatif y la toma de la Gran Mezquita de la Meca; en Egipto en 1981 con el asesinato de Anwar Sadat; en Siria en 1982 provocando el levantamiento en Hama; y en Líbano en 1983 apoyando a una facción en la Guerra Civil que llevó adelante el atentado con coche bomba a la Embajada de los EEUU.

Ante el infructuoso resultado de las negociaciones, fuertemente endeudado con Kuwait y Arabia Saudita, y en posesión de un ejército bien armado de aprox. 900.000 efectivos veteranos de guerra cuya desmovilización en una economía en crisis hubiera podido generar revueltas que derrocaran al régimen del partido Baaz liderado por Saddam Hussein, el 2 de agosto de

1990 Iraq invadió Kuwait y generó la amenaza de continuar su avance sobre Arabia Saudita y los demás países árabes del Golfo Pérsico, cuyas relaciones dentro del mundo árabe analizaremos a continuación.

Previo a ello, y a modo de conclusión del análisis del factor económico que sirve de contexto a la Guerra del Golfo, resulta conveniente presentar gráficamente la evolución de los precios del barril de petróleo crudo entre 1946 y 1995, tal como se ilustra en el siguiente gráfico, indicando su correspondencia con los eventos más influyentes en sus variaciones.



Cuadro 2. Precios de petróleo crudo por barril en dólares estadounidenses. Las franjas verticales grises muestran períodos de recesión económica mundial. Fuente: <https://www.macrotrends.net/1369/crude-oil-price-history-chart>

Ámbito regional: el mundo árabe

La Guerra del Golfo fue librada en territorio de Estados árabes. Tanto el país invasor: Iraq, como el país invadido: Kuwait, y el país donde se desplegaron las tropas que llevarían adelante la reconquista: Arabia Saudita, son Estados con pueblos de etnia árabe, razón que justifica analizar esta característica y sus aportes al contexto.

Los árabes son un grupo étnico descendiente de tribus nómades que se desplazaban por los desiertos de la península arábiga y los desiertos de Siria donde parte de su población se instaló en asentamientos sedentarios al menos desde mediados del siglo noveno antes de Cristo. Se encuentran unidos e identificados por lazos históricos y culturales compartidos en las artes, arquitectura, literatura, mitología, música, danza, cocina, vestimenta, costumbres sociales y religión, y especialmente por el idioma (Hourani, 2003).

El pueblo árabe fue precursor de una serie de imperios que dejaron importante marca en la historia desde el siglo VII a partir de la aparición del Islam. La expansión árabe estuvo muy vinculada a la expansión de esta religión, que primero los llevó a unificar la Península Arábiga y en menos de un siglo les permitió expandirse desde las costas del Atlántico (ocupando lo que hoy es Marruecos y la Península Ibérica) hasta el oeste de la India, y desde el Cáucaso hasta el Golfo de Adén.

Este territorio estuvo gobernado por sucesivos Califatos Islámicos. La fe islámica en los Califatos tempranos no fue excluyente de otras religiones, generando una sociedad multi confesional con especiales aportes del pueblo persa. Este imperio tuvo su época dorada entre los siglos VIII a XII, cuyo inicio tradicionalmente se ubica en la creación de la Casa de la Sabiduría en Bagdad, entonces capital del Califato Abasida. La Casa de la Sabiduría estaba organizada en torno a una biblioteca donde se tradujeron obras de todas las culturas al árabe, gracias a la cual se preservaron hasta nuestros tiempos las obras de los clásicos griegos.

En esta sociedad, la riqueza provenía del comercio en lugar de la tenencia de tierras, actividad que fomentaba viajes. Estos viajes introdujeron diversos productos al Medio Oriente primero y Europa después: cítricos de China; caña de azúcar, algodón y arroz de la India; sorgo de África. El peregrinaje a La Meca contribuía al intercambio de nuevas mercancías e ideas en todo el mundo árabe.

La búsqueda de la sabiduría era fomentada por los gobernantes y conllevaba alto reconocimiento social. Durante esa época se introdujeron innumerables adelantos en ciencia y tecnología que aún son orgullo del pueblo árabe, incluyendo la difusión del papel en lugar de pergamino (más caro) o papiro (más quebradizo); el empleo de la pluma en lugar del pincel (con significativo ahorro de tinta); el uso de los números arábigos que permitió un significativo desarrollo de la matemática. Se produjeron grandes avances en el conocimiento de la química, física óptica, mecánica y astronomía, sistematizando el método científico y el enfoque experimental, y dando origen a las universidades como las conocemos hoy. La salud recibió gran atención, con avances en medicina, la creación de hospitales y la instalación de obras de higiene pública.

Si bien desde los pueblos occidentales suele verse a los imperios islámicos de Medio Oriente como un solo bloque ininterrumpido desde la aparición de esta religión, lo cierto es que tuvieron una historia más turbulenta, con diversos imperios superponiéndose y sucediendo unos a otros.

Así, a partir del año 1037 el Califato Abasida fue desplazado de Medio Oriente por el Sultanato Selúcida, originado en tribus de Asia Central convertidas al Islam y que se expandieron hacia el Oeste, conquistando Persia, Mesopotamia (hoy Iraq), Anatolia (hoy Turquía) y deteniéndose a las puertas de Constantinopla. De allí continuaron sus conquistas hacia el sur, incluyendo Siria y Palestina.

El Sultanato Selúcida practicaba la fe islámica de modo excluyente, por lo que cerró el acceso terrestre a los peregrinos cristianos hacia Jerusalén, lo que fue una de las causas de las sucesivas Cruzadas que se extendieron durante los dos siglos que perduró este imperio. El Sultanato Selúcida fue derrotado por el imperio mongol, que tomó Bagdad en 1258 y posteriormente fue detenido al norte de Jerusalén en 1260 por el Sultán de Egipto con un ejército de mamelucos.

Los mongoles no terminaron la conquista de Anatolia, donde una de las tribus que conservó su independencia: los turcos otomanos, paulatinamente fueron controlando el territorio hasta conformar el Imperio Otomano, un estado multiétnico y multicultural que a partir de 1299 dio lugar a una de las dinastías más largas de la historia, reinando hasta la disolución de su imperio en 1922.

Además de ocupar aproximadamente la misma extensión que el Imperio Árabe (salvo la Península Ibérica y Marruecos), en 1453 el Imperio Otomano conquistó Constantinopla, a donde mudó su capital. Seguido ello, en 1517 conquistó los territorios árabes de la Península Arábiga y norte de África, y posteriormente avanzó hacia Europa, siendo detenido en su avance por mar en 1571 en la batalla de Lepanto y por tierra ante las puertas de Viena en 1683. A partir de ese momento comenzó un período de estancamiento que se convirtió en declive en el siglo XIX cuando su economía fue sobrepasada por la revolución industrial occidental.

A inicios del siglo XX, el Imperio Otomano había perdido la mayoría de sus posesiones europeas por lo que decidió reforzar las posesiones asiáticas estableciendo alianzas más sólidas con los árabes, el grupo étnico más numeroso del imperio después del turco. Sin embargo, ello llegó en un momento de renacimiento cultural y nacionalista de los pueblos árabes que reivindicaban su autogobierno.

Durante la Primera Guerra Mundial, el Imperio Otomano se alineó con Alemania y el Imperio Austro Húngaro, llamando a sus súbitos musulmanes a una yihad o guerra santa contra sus enemigos. Este llamado fue desoído y visto por los árabes como una oportunidad de librarse del control otomano.

Esta circunstancia fue aprovechada por el Reino Unido para fomentar la Rebelión Árabe, convocada por el jerife de La Meca en 1916 y que alineó al pueblo árabe para luchar contra el Imperio Otomano a cambio de la promesa de que “El Reino Unido está preparado para reconocer y apoyar la independencia de los árabes en todas las regiones comprendidas dentro de las fronteras propuestas por el jerife de La Meca” según consta en la carta del Alto Comisario británico en El Cairo, Henry Mc Mahon, al jerife de La Meca, del 24 de octubre de 1915.

Esta promesa fue contradicha poco más tarde por el acuerdo secreto entre el Reino Unido y Francia celebrado a principios de 1916 y conocido por el nombre de sus firmantes: Sykes y Picot, mediante el cual ambas potencias se distribuyen áreas de influencia en el Medio Oriente, dejando al Reino Unido control sobre Palestina, el sur de Iraq y un corredor que unía

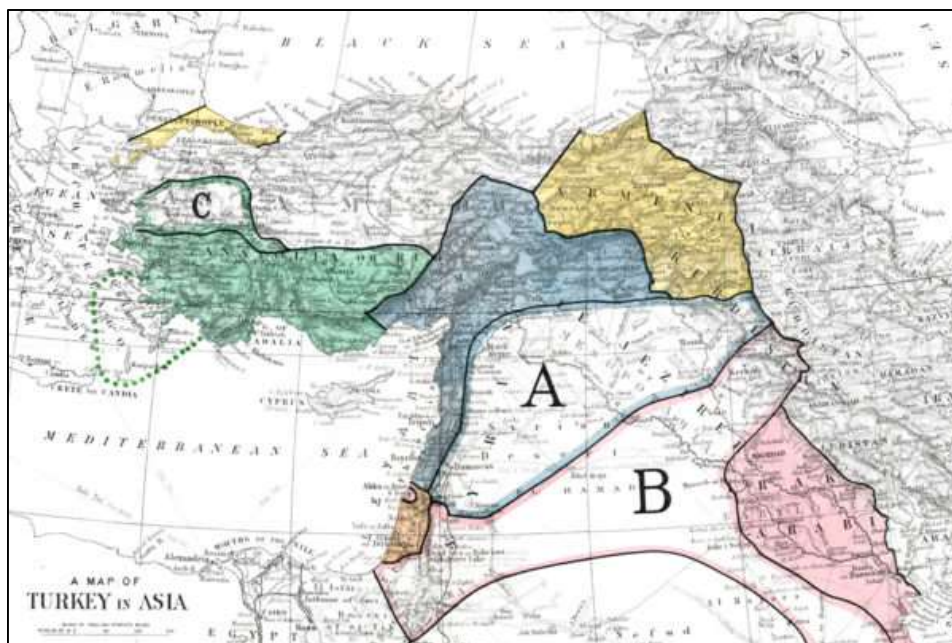
ambas regiones a través del desierto, denominado Transjordania; y a Francia control sobre Siria, el Líbano, el sudeste de Turquía y el Norte de Iraq. También en secreto, Italia aceptó la división a cambio de la promesa de una zona de control e influencia en Asia Menor, y Rusia prestó su consentimiento a cambio de la promesa de recibir control sobre Armenia, Constantinopla y los estrechos del Bósforo.

La participación de Rusia en este acuerdo resultó frustrada por su salida prematura de Rusia de la Primera Guerra Mundial (“IGM”) debido a la revolución bolchevique en 1917, mientras que el territorio prometido a Italia quedó bajo control turco ante la independencia de Turquía una vez finalizada la contienda.

Otra contradicción a dicha promesa fue la Declaración de Balfour de 1917 por la cual el Reino Unido anuncia su apoyo al establecimiento de un ‘hogar nacional’ para el pueblo judío en Palestina.

A inicios de 1918 el gobierno bolchevique hizo público el Acuerdo Sykes Picot, lo que fue denunciado por el gobierno otomano junto con el ofrecimiento de un estatuto de autonomía a los territorios árabes. Pero para ese momento las victorias árabes hicieron imposible cualquier acuerdo.

Por su parte, el Reino Unido y Francia intentaron salvar la situación anunciando que su intención era simplemente apoyar a los pueblos árabes hasta que pudieran darse su propio gobierno y administración, usando un lenguaje que en 1920 permitió la división y ocupación de la región entre ambas potencias, lo que fue respaldado en 1922 por los mandatos de la Sociedad de las Naciones.



Mapa 2. Zonas de control e influencia definidas por el mapa del Acuerdo Sykes Picot. Las zonas Azul y A refieren a los territorios a estar bajo control e influencia francesa respectivamente. Las zonas Roja y B refieren a los territorios a asignar al control e influencia británica. Las zonas Verde y C refieren a los territorios a colocar bajo control e influencia italiana. La zona Amarilla refiere al territorio a controlar por Rusia. Fuente: Stanfords Geographical Establishment, London (Ottens, 2015)

El Reino Unido consolidó su mandato sobre la Mesopotamia uniendo las que fueron provincias otomanas de Mosul, Bagdad y Basora en el Reino de Iraq en 1932; mismo año en que la familia Al-Saud fundó el Reino de Arabia Saudita consolidando las posesiones que obtuvo en la Península Arábiga tras treinta años de conquistas.

Durante la IIGM los territorios árabes de Medio Oriente se mantuvieron bajo control Aliado, destacándose el rol de Egipto como base de operaciones del Reino Unido en el Mediterráneo Oriental. Así, Egipto se transformó en el lugar de acopio de las fuerzas aliadas empleadas para defender el Canal de Suez, las áreas petroleras del Golfo Pérsico, y rol de Irán como ruta de abastecimiento a la URSS, todo ello ante la campaña alemana del norte de África.

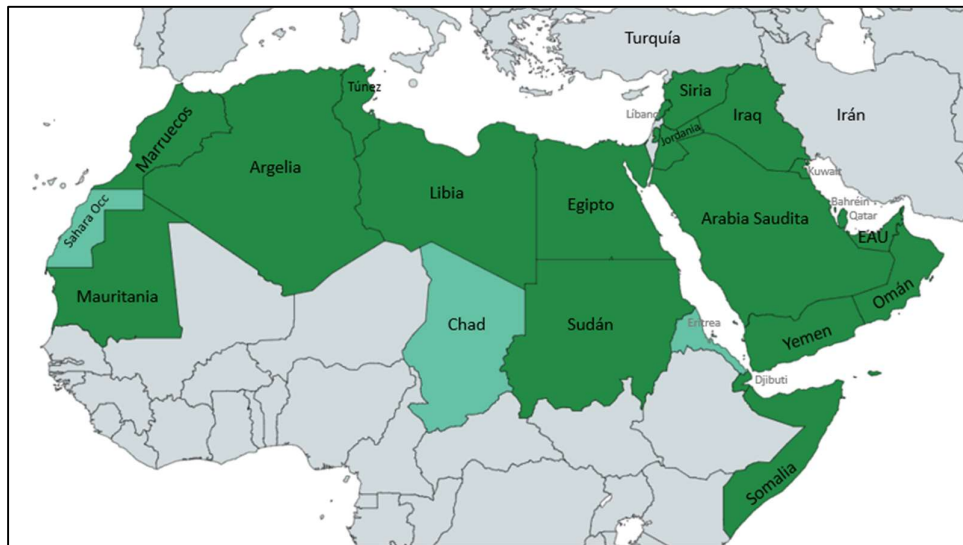
A modo de mención anecdótica vale señalar que durante la IIGM EEUU auxilió al gobierno iraní a organizar y administrar un sistema de policía que garantizara la seguridad de los abastecimientos a la URSS, misión para la que destinó al coronel Schwarzkopf a Teherán. Durante su despliegue, el coronel Schwarzkopf llevó a su hijo, H. Norman Schwarzkopf, quien años más tarde sería el general al mando de las operaciones de la coalición en la Guerra del Golfo.

El rol de Egipto durante la IIGM favoreció su comunicación con los demás países árabes, contribuyendo a estrechar los sentimientos de unidad entre los pueblos árabes y dando lugar a la fundación de la Liga de los Estados Árabes en marzo de 1945.

Esta organización con sede en El Cairo -también llamada Liga Árabe a secas- fue inicialmente integrada por siete miembros: Egipto, Iraq, Jordania, Líbano, Arabia Saudita, Siria y Yemen, reservando un lugar para Palestina una vez que adquiriese su independencia.

Sus objetivos inmediatos fueron de índole político: obtener la independencia de los estados árabes que a ese momento aún se encontraban colonizados y evitar el establecimiento de un estado judío independiente en Palestina al finalizar el mandato británico en esa región. A más largo plazo, la Liga Árabe no planteaba una unión o federación de Estados, sino la creación de un ámbito donde fortalecer relaciones entre sus miembros y coordinar asuntos económicos, culturales y comerciales, respetando su independencia y soberanía.

Actualmente la Liga Árabe es tal vez la organización con más extensa representación de los pueblos árabes, que se encuentran asentados en Medio Oriente y el norte de África, desde el Golfo Pérsico hasta el Atlántico, comprendiendo veintidós Estados miembros con una población total de 340 millones de habitantes. Sólo tres países con mayoría de población árabe no son miembros de la Liga: Eritrea, Chad y la República Árabe del Sahara Occidental, este último porque la Liga aún lo considera parte de Marruecos.



Mapa 3. Países miembros de la Liga Árabe (verde oscuro) y países no-miembro con mayoría árabe (verde claro) que muestra la extensión de los pueblos árabes en la actualidad. Fuente: preparado por el autor empleando www.mapchart.net

La Liga Árabe falló en obtener uno de sus objetivos inmediatos, cual fue prevenir la formación de un Estado judío en Palestina.

Las guerras árabe-israelíes: de Independencia de Israel (1948), por la Crisis de Suez (1956), de los Seis Días (1967) y de Yom Kipur (1973), generaron gran parte de los problemas y animosidades existentes entre los pueblos árabes y judío hasta nuestros días, aunque su análisis detallado -por demás interesante- excede los límites de este trabajo.

Sin embargo, vale aquí resaltar que este enfrentamiento sirvió para que los pueblos árabes identificaran un enemigo externo cercano ante el cual encolumnar sus pasiones, convirtiéndose en un factor aglutinador interno que se prestó a diversos usos políticos.

Los acuerdos de Camp David de 1978 seguidos del Acuerdo de Paz entre Egipto e Israel de 1979 concluyeron el período de guerras clásicas interestatales entre los países árabes e Israel, aunque no fue bien recibido por los demás pueblos árabes que expulsaron a Egipto de la Liga Árabe hasta su readmisión en 1989.

A pesar de su éxito entre Estados, este Acuerdo de Paz no detuvo totalmente la violencia armada, ya que los enfrentamientos continuaron a través de acciones terroristas: asesinatos, bombas, secuestros de aviones, tomas de rehenes; guerras híbridas: como la operación israelí contra las bases de la Organización para la Liberación de Palestina (“OLP”) en el sur del Líbano en 1978; acciones aisladas: como el bombardeo israelí al reactor nuclear de Iraq en 1981; o incluso levantamientos populares: como la Intifada iniciada en 1987 en Gaza y Cisjordania, que en 1990 se encontraba en pleno desarrollo.

La Liga Árabe tuvo un éxito limitado en fortalecer las relaciones entre sus miembros ya que no pudo evitar un largo período de tensiones entre los países árabes entre 1952 y 1979 conocido como la Guerra Fría Árabe.

Al finalizar la IIGM los Estados de Medio Oriente estaban organizados como monarquías, repúblicas o colonias bajo la guisa de mandatos de la Sociedad de las Naciones. A principios de 1950 existía un fuerte movimiento nacionalista en todos los países árabes.

En esta línea, en 1952 se produjo el golpe de estado que depuso al Rey Farouk y estableció la República de Egipto liderada por Nasser, que ya referimos párrafos más arriba. Nasser estableció una política secular, socialista y pan-arábiga que confrontó con el islamismo y la política de vivir de la renta petrolera propia de las monarquías tradicionales, actitud percibida como cómplice con la intervención extranjera.

Nasser también se presentó como el defensor del honor árabe contra la humillación generada por la derrota en la guerra con Israel, lo que le valió el apoyo y rol de liderazgo ante otros pueblos árabes a medida que los previos gobiernos monárquicos o coloniales fueron depuestos y reemplazados por repúblicas, como ocurrió en Siria (1949), Sudán (1956), Iraq (1958), Yemen (1962) y Libia (1969). La nacionalización del Canal de Suez y la resistencia egipcia ante la respuesta israelí-franco-británica (1956) le generó enorme prestigio entre los pueblos árabes, aunque el éxito de tal esfuerzo se debiera a la intervención soviética y norteamericana.

Ante el peligro de derrocamiento, las monarquías de Arabia Saudita, Jordania, Marruecos y los Estados del Golfo Pérsico estrecharon sus lazos, buscaron apoyo de EEUU –primer consumidor de petróleo y su socio estratégico comercial– y desplegaron una serie de medidas indirectas que incluyeron la promoción del islamismo como contrapeso al socialismo árabe de Nasser. El estrechamiento de lazos entre los pequeños emiratos del Golfo Pérsico dio tal vez el ejemplo más acabado del pan arabismo propugnado por sus adversarios, al generar en 1971 que siete de ellos se unieran en lo que hoy son los Emiratos Árabes Unidos.

Si bien en teoría los países árabes eran parte del Movimiento de Países No Alineados y suprimieron violentamente cualquier manifestación comunista, en la típica dinámica de la Guerra Fría el alineamiento de las monarquías con el bloque occidental empujó a las nuevas repúblicas a alinearse con el bloque soviético.

El estancamiento económico y corrupción en las nuevas repúblicas, los errores egipcios en la guerra de Yemen (1962-1970), la pérdida de dos guerras con Israel en 1967 y 1973, y los Acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel en 1978 fueron desgastando seriamente el prestigio de estos gobiernos republicanos.

En simultáneo, el renacimiento del islamismo incentivó cambios que –en parte– fueron causa de la Revolución Iraní en 1979, evento que finalizó el período de la Guerra Fría Árabe, al provocar la rotura del alineamiento de Irán con los EEUU –que perdió así uno de los pilares de su estrategia para evitar la influencia soviética en el Golfo Pérsico– y el realineamiento de Arabia Saudita y Egipto como aliados en lo que sería el nuevo conflicto entre estados islámicos sunnitas liderados por Arabia Saudita y chiitas liderados por Irán, conocido como la Guerra Fría de Medio Oriente y cuyos aspectos religiosos analizaremos en mayor detalle en el punto II.4 siguiente.

El nuevo gobierno teocrático chiita iraní liderado por el Ayatola Jomeini se manifestó a favor del derrocamiento de monarquías y gobiernos seculares en la región, lo que provocó la alarma de los demás países con acceso al Golfo Pérsico: la monarquía teocrática sunnita de Arabia Saudita, las monarquías de Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Baréin y Qatar, y el

gobierno secular del partido Baaz en Iraq. El gobierno iraní no se limitó a las palabras, sino que tomó acciones concretas apoyando grupos insurgentes en los países de la región, desde Pakistán hasta el Líbano, así como en otros países con fuerte presencia musulmana, como Libia, Marruecos, Nigeria e incluso a nacionalistas bosnios en Yugoslavia.

El gobierno iraní también apoyó al pueblo kurdo en el norte de Iraq y a los árabes chiitas en el sur de ese país, que superaban en número a los sunnitas establecidos en el centro del país, donde tenía sus raíces el presidente de la República, Saddam Hussein y el resto de la elite gobernante de Iraq.

Atento que las decisiones relevantes en Iraq eran tomadas casi exclusivamente por Saddam Hussein, corresponde hacer una breve referencia a sus antecedentes. En tal sentido, Saddam Hussein Abd al-Majid al-Tikrit, nació en la segunda mitad de la década de los años '30s en una aldea rural en las cercanías de la ciudad de Tikrit, en el seno de una familia sunnita con pocos recursos. Durante sus años de formación escolar "Saddam no dejaba de ser un campesino matón despreciado pero temido por sus compañeros de la ciudad" (Gutierrez Espada y Silvela Díaz Criado, 2006).

En las turbulentas décadas de los años '50s y '60s se afilió al partido Baaz, interviniendo personalmente en diversos asesinatos y acciones violentas en beneficio del partido. En 1968 participó en el golpe de Estado liderado por al-Bakr que lo llevó al poder, en cuyo gobierno Hussein estuvo a cargo de la policía secreta Mujabarat, enfocándose en eliminar obstáculos para el gobierno y evitar nuevos golpes de Estado. Su visión política quedó demostrada al acabar con la rebelión kurda mediante la eliminación de su apoyo soviético e iraní, país cuya colaboración obtuvo al celebrar los Acuerdos de Argel en 1975 mediante los que otorgó la soberanía compartida sobre el río Shat-el-Arab.

Sadam Hussein también se ocupó de implementar políticas que mejoraron la educación, salud y condición de la mujer al punto que para finales de la década de los '70s Iraq era uno de los países más progresistas de la región, a pesar de carecer de libertad de expresión y asociación. La Revolución Iraní ocurrida a principios de 1979 retomó el apoyo iraní a los kurdos y chiitas iraquíes.

La edad y vitalidad del presidente al-Bakr no parecía suficiente para enfrentar la nueva crisis, por lo que en julio de 1979 Saddam obtuvo los apoyos necesarios para que transfiriera la presidencia en su favor.

En sus primeras acciones, Saddam intentó congraciarse con Irán y la comunidad chiita en Iraq sin éxito. Dos atentados protagonizados por estudiantes chiitas con participación de agentes iraníes generaron una fuerte represión de los chiitas en Iraq, seguida de contactos con los demás países árabes para sondear su posible apoyo en un conflicto con Irán.

Iraq era el país árabe mejor posicionado para confrontar la amenaza iraní por compartir límites internacionales y también porque era el que más tenía por ganar en caso de éxito, ya que tenía la oportunidad para derrocar al nuevo gobierno teocrático que lo amenazaba, neutralizar definitivamente el apoyo iraní a chiitas y kurdos, recuperar el uso exclusivo del Shat-el-Arab, mejorar su relación con el bloque occidental si lograba liberar los rehenes norteamericanos en la embajada de Teherán y adquirir territorio de la provincia iraní de Kuzestán, ganando población árabe, riquezas petroleras y mejor acceso al Golfo Pérsico. Claro que podría ser una tarea

difícil, atento que Irán triplicaba la población de Iraq, con lo que tenía mucha mejor base para formar un ejército si las hostilidades se extendían.

Con la promesa de apoyo saudita (Gibson, 2010:33), Iraq se lanzó a la invasión de Irán en lo que consideraba que sería una guerra breve y poco sangrienta debido al mal estado en que se encontraban las fuerzas iraníes, muchos de cuyos oficiales habían sido recientemente purgados por el nuevo gobierno.

Iraq inició el ataque el 22 de septiembre de 1980 y tuvo varios éxitos en los primeros meses. Estancada la ofensiva, Iraq decidió estabilizar el frente para negociar desde una posición de fuerza, asumiendo que Irán se avendría a dialogar. Pero esto no fue así. El Ayatola Jomeini había decidido continuar la guerra hasta derrotar a Iraq, aprovechando la superioridad numérica iraní en un conflicto que fue comparado con la IGM en cuanto a las tácticas utilizadas, incluyendo guerra de trincheras con alambre de púas y nidos de ametralladoras, ataques mediante masivas cargas de infantería con bayoneta, uso de armas químicas por Iraq y ataques contra poblaciones civiles.

Durante el conflicto, Iraq tuvo amplio apoyo financiero y militar de los países árabes: Arabia Saudita, Egipto, Kuwait, Jordania, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos, tanto para prevenir la difusión de la revolución chiita en sus propios territorios como para demostrar apoyo por el pueblo árabe de Iraq en su lucha contra el pueblo persa de Irán, de diferente etnia además de adscribir a otra corriente religiosa del Islam. Iraq también contó con apoyo del resto del mundo, pudiendo abastecerse de armas tanto del bloque soviético como occidental, ya que -a diferencia de otras contiendas de la Guerra Fría- Iraq contó con el apoyo de ambas superpotencias.

La URSS era un firme aliado de Iraq desde 1958. En 1978, el Acuerdo de Paz entre Israel y Egipto acercó a Egipto al bloque occidental, por lo que Iraq -junto con Siria y la OLP- pasó a ser el principal aliado soviético en la región. La Revolución Iraní que derrocó a la monarquía aliada a EEUU presentó una excelente oportunidad para que la URSS intentase ganar Irán hacia el bloque soviético, por lo que al principio de la contienda la URSS intentó mantener una estricta neutralidad, frenó la venta de armas a Iraq, e incluso ofreció el aprovisionamiento a Irán a través de Siria y Libia.

Sin embargo, ante el rechazo del gobierno iraní de estrechar lazos con la URSS por motivos religiosos, cuando Irán pasó a la ofensiva en 1981 y decidió continuar la guerra hasta deponer a Saddam Hussein, la URSS respaldó decididamente a Iraq, lo que le valió mejorar sus relaciones con otros estados del Golfo, como Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Omán.

Para 1982 Irán ya había reconquistado el territorio perdido y se encontraba a la ofensiva. Esta situación generó muy fuerte apoyo para Iraq de países que no querían ver triunfar al fundamentalismo islámico chiita, en particular la URSS que temía su expansión a las repúblicas soviéticas de Asia Central.

En 1986, la URSS estaba preocupada por el aumento de la presencia naval norteamericana en el Golfo Pérsico debido a la “guerra de los petroleros” en la que Irán atacó buques de transporte de petróleo de otros países que transitaban por aguas del golfo. Otro foco simultáneo de preocupación soviética era el devenir de su guerra en Afganistán, donde temía que un vacío de poder en ese lugar fuera ocupado por fundamentalistas islámicos, con riesgo que desde allí se propagaran los problemas a las repúblicas soviéticas de Asia Central. Ambas situaciones se

combinaron para fundar la decisión soviética de realizar una masiva provisión de armas a Iraq por aprox. USD 9.000 millones a Iraq, una de las más significativas a un país del Tercer Mundo hasta ese momento. Este armamento permitió una contraofensiva iraquí que a mediados de 1988 llevó a Irán a aceptar el cese de las hostilidades requerido por la ONU, más por agotamiento que por específicas victorias o derrotas militares.

Por su parte, los EEUU no proveyeron armamento norteamericano a Iraq, pero lo apoyaron durante toda la contienda al facilitarle la adquisición de armamento de otra procedencia, proveyéndole tecnologías de doble uso (principalmente helicópteros), compartiendo inteligencia satelital sobre posiciones y desplazamientos iraníes, bloqueando investigaciones contra Iraq por el uso de armas químicas, e incluso desplegando buques en el Golfo Pérsico para asegurar la libertad de navegación necesaria para que Iraq y los Estados del Golfo pudieran continuar con las exportaciones de petróleo durante la “guerra de los petroleros”, llegando hasta realizar ataques navales de represalia contra buques y plataformas petrolíferas iraníes.

Irán estuvo mucho más aislada en sus apoyos, habiendo rechazado el apoyo soviético y abasteciéndose principalmente de China y Corea del Norte, bien que en algún momento recibió apoyo de Siria y Libia que canalizaron algo de armamento soviético en un intento por atraer a Irán a ese bloque. Varios países, principalmente China y Portugal medidos por su volumen, vendieron armas a ambas partes. Esta lista también incluyó a los EEUU, que proveyó misiles antitanques a Irán a través de Israel en el marco de una operación para obtener la liberación de rehenes norteamericanos en el Líbano, lo que posteriormente dio lugar al escándalo Irán-Contras durante la segunda presidencia de Reagan.

En definitiva, la Guerra entre Irán e Iraq resultó en un virtual empate donde ningún país tuvo ganancias territoriales ni pudo derrocar al régimen del adversario a pesar de haber incurrido en más de un millón de bajas entre ambos. Esto no impidió que Saddam Hussein se proclamara vencedor, y en cierta manera podría considerarse que fue una victoria pírrica, pero victoria al fin, desde que pudo contener la expansión del fundamentalismo islámico chiita y terminar la guerra con un ejército bien equipado, entrenado y veterano, lo que traía consigo el germen de la próxima guerra. En este sentido, Klare (2003) ha dicho que:

“...la Guerra del Golfo fue en muchos sentidos una consecuencia de la Guerra entre Irán e Iraq, y no puede ser completamente entendida sin examinar sus lazos con ese evento anterior. La venta de armas a Iraq durante la Guerra entre Irán e Iraq proveyó varios de los ingredientes esenciales para la Guerra del Golfo: los medios (todas las armas y municiones provistas a Iraq); el motivo (un deseo de eliminar el costo de pagar todas esas armas); la víctima propiciatoria (Kuwait); y el contexto internacional necesario (un patrón consistente de aquiescencia de EEUU al mal comportamiento de Iraq). Esto puede no ser la explicación completa de la Guerra del Golfo, pero hace una gran contribución a explicar lo que de otra manera parece inexplicable: la aparente autodestructiva invasión por Iraq de Kuwait el 2 de agosto de 1990.”

Concluida esta guerra entre Irán e Iraq en Agosto de 1988, no pasarían dos años antes que Saddam Hussein decidiera invadir Kuwait, dando lugar a la Guerra del Golfo.

Corresponde ahora referirnos a otro grupo de relaciones que alimentaron el contexto en que se desarrolló la guerra del Golfo, cuales son aquellas vinculadas a la religión islámica, con la advertencia de que no siempre es fácil distinguirlas de aquellas relaciones fundadas en la pertenencia a la etnia árabe. A ello nos referimos en el punto siguiente.

Ámbito regional: el mundo musulmán

El Islam es una religión monoteísta originada en la Península Arábiga que proviene de la misma raíz abrahámica que la religión judía y cristiana, con las que comparte la misma divinidad. En lengua árabe esta divinidad es referida como Allah (españolizada Alá), palabra que en lengua española corresponde a ‘Dios’ y en lengua inglesa a ‘God’, tratándose de un mismo Dios en las tres religiones a pesar de que cada idioma utilice fonemas diferentes para designarlo. Las tres religiones comparten creencias como el juicio final, la resurrección y la vida eterna. Los seguidores del Islam se denominan musulmanes (del árabe muslim: ‘que se somete’).

La tradición islámica reconoce como profetas -entre otros- a Adán, Noé, Abraham, Moisés, Salomón y Jesús (en árabe: Issah) así como también reconoce el carácter sagrado de la Torá judía (el Pentateuco cristiano), de los Salmos y del Evangelio, sin perjuicio de la mayor jerarquía otorgada al Corán por sostener que se trata del más reciente mensaje de Dios.

También resultan de importancia los hadices, cada uno de ellos una narración que guarda registro histórico de las acciones y enseñanzas de Mahoma quien -según la tradición islámica- es el último de los profetas o mensajeros enviados por Dios. La compilación de los hadices conforma la Sunna, debiendo notarse que los hadices elegidos para conformar la Sunna son distintos según la denominación sunnita, chiita o abadí dentro de la religión islámica. Del Corán, la Sunna y el consenso de la comunidad islámica surge la Sharía o ley islámica. Cada Estado islámico aplica la Sharía con diversa extensión, algunos para regular la totalidad de sus relaciones (como es el caso de los estados teocráticos, como Arabia Saudita o Irán) o solo algunas de ellas, principalmente las relaciones familiares. Vale notar que dentro del Islam existen cinco escuelas principales de pensamiento jurídico que difieren en el contenido y aplicación de la Sharía, que pueden llevar desde una aplicación liberal, basada en la razón y adaptada a tiempos modernos, hasta una aplicación sumamente ortodoxa.

El Islam se funda en cinco pilares: (i) la profesión de fe: “Doy fe que no hay más divinidad que Dios y Mahoma es el mensajero de Dios”, en una frase compuesta que afirma la unicidad de Dios (circunstancia que lo enfrenta con el dogma cristiano de la Trinidad) y la divinidad del Corán como mensaje de Dios, (ii) la oración, rito a realizar cinco veces al día y que requiere las abluciones (lavado de cara, manos, cabeza y pies, y baño completo los viernes), seguida de recitaciones de una serie de fórmulas y versos del Corán e inclinaciones en dirección a La Meca; (iii) la zakat o limosna que debe darse una vez al año a las personas más pobres de la comunidad, empezando por familia y vecinos, por un monto equivalente a la cuadragésima parte de la fortuna; (iv) el ayuno en el mes de ramadán, que incluye no solo la abstención de comer y beber entre la salida y puesta del sol, sino también la abstención de mantener relaciones sexuales y de agredir al prójimo; y (v) el hajj o peregrinaje a La Meca que cada musulmán debe hacer al menos una vez en la vida si tiene medios y salud para hacerlo.

De estos pilares surgen una cantidad de derivaciones de la fe, entre las que se encuentra la predestinación y la yihad u obligación de realizar esfuerzos para agradar a Dios. Este esfuerzo incluye tanto la lucha interna contra las tentaciones del mal a que todos estamos expuestos durante la vida, así como la lucha contra el mal externo, lo que algunas corrientes interpretan que incluye el uso de la fuerza para defender la fe islámica.

La religión cumple un rol muy relevante en la historia y vida árabe desde el nacimiento del Islam a partir de -según la tradición islámica- revelaciones efectuadas por Dios a Mahoma

en 610 d.C. a través del Arcángel Gabriel, las que fueron recopiladas en el Corán, libro sagrado distintivo de esta religión. A partir de ese momento Mahoma predicó el Islam en La Meca por doce años hasta que en 622 debió exiliarse en Medina. Este viaje a Medina se conoce como la Hégira, hecho que se toma como el inicio del calendario islámico.

Después de una serie de batallas y negociaciones, en 629 Mahoma conquistó La Meca, y para 632 -año de su muerte- había unido a la Península Arábiga bajo una misma religión.

A su fallecimiento surgen disputas respecto a su sucesión que estuvieron teñidas de asesinatos y guerras. En 661, para evitar una guerra civil, Hasan nieto de Mahoma y quinto califa (jefe de Estado) después del Profeta abdica a favor de Muawiya, con la condición de que éste último no designe su heredero. A pesar de la promesa, esta condición más tarde no fue respetada, lo que dio lugar al nacimiento de la dinastía de los Omeyas y al primer cisma en el Islam, del cual surgen las ramas que evolucionaron hasta ser hoy los sunitas, chiitas y abadís. Los sunnitas sostienen que cualquier árabe puede ser designado Califa; los chiitas mantienen que el liderazgo del mundo musulmán sólo corresponde por disposición divina a los descendientes del Profeta; y los abadís consideran que cualquier musulmán -y no necesariamente un árabe- puede ser designado Califa por consenso de sus pares en tanto actúe conforme a los dictados del Islam y las enseñanzas de Mahoma.

Este cisma no afectó la expansión del Islam, que continuó extendiéndose muy rápidamente alcanzando desde el Atlántico hasta la frontera con la India. Esta etapa concluyó con una serie de derrotas ante los bizantinos, hindúes y europeos -incluyendo la batalla de Poitiers en el sur de Francia en 732- que detuvieron el avance islámico y tiempo después llevaron a la división del Califato Omeya en tres grandes zonas donde surgirían los Califatos Abasí en Medio Oriente, con capital que se mudó de Damasco a Bagdad; Fatimí en el norte de África, con centro en Egipto; y Andalusí en la Península Ibérica. A partir de ese momento ya nunca volvió a existir un único imperio islámico indiviso, cuyos diversos territorios también cambiaron de control con el devenir de los tiempos. Así, seléucidas, mongoles y turcos otomanos se sucedieron en el control de los territorios de Medio Oriente.

Para el siglo XVIII existían tres grandes imperios musulmanes: el Imperio Otomano, que controlaba Turquía, Medio Oriente, los Balcanes y el Mediterráneo Oriental; el Imperio Safávida en Irán, Iraq, Armenia, el Cáucaso y parte de Afganistán; y el Imperio Mogul en el Indostán, territorio que comprendía la India, Bangladesh, Nepal y parte de Afganistán. En el siglo XIX todos estos imperios habían caído bajo la influencia política y económica de las potencias europeas. Como ya vimos, el Imperio Otomano fue disuelto al finalizar la IGM y sus territorios repartidos en mandatos y protectorados del Reino Unido y Francia, manteniéndose Turquía como territorio independiente.

Después de la IIGM el Islam comenzó a recuperar un protagonismo perdido en décadas anteriores. Ello se basó tanto en el poder económico generado a partir del descubrimiento y explotación de petróleo en los países del Medio Oriente, como en la necesidad de las monarquías árabes de promocionar una idea que sirviera de contrapeso al nacionalismo árabe dentro del conflicto entre los reinos tradicionales y las nuevas repúblicas, referido como la Guerra Fría Árabe.

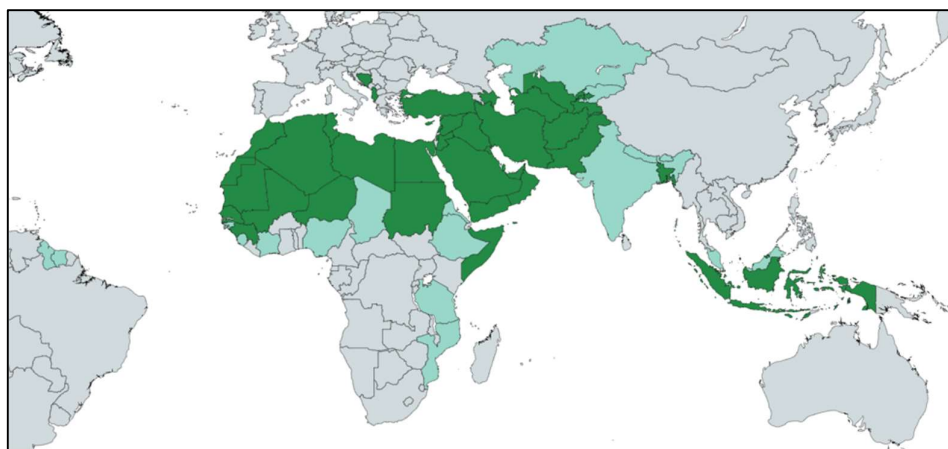
En esta línea, Arabia Saudita -en su rol de custodio de las mezquitas sagradas del Islam localizadas en La Meca y Medina- convocó a un Congreso General Islámico en 1962 que fundó la Liga Mundial Islámica con objetivo de promover el Islam y ayudar a los musulmanes.

Seguido a ello, en 1969 se fundó la Organización para la Cooperación Islámica más orientada a objetivos políticos, tales como evitar el neocolonialismo y fomentar la emancipación de Palestina. Ambas organizaciones tuvieron el respaldo de un fuerte financiamiento saudita y fueron instrumentales en revivir el sentimiento religioso en los pueblos árabes.

Actualmente el Islam es la segunda religión del mundo medida por el número de sus seguidores, sólo detrás del cristianismo. Tiene aproximadamente 1.800 millones de fieles, equivalente aproximadamente al 20% de la población mundial.

Este número supera en mucho el total de la población árabe, que actualmente se estima en aproximadamente 430 millones, debiendo notarse que si bien la mayoría de los árabes son musulmanes (aproximadamente 95%), no todos los árabes son musulmanes (hay árabes cristianos y drusos), ni todos los musulmanes son árabes.

Actualmente el Islam se extiende por todo el globo, con particular concentración en el norte de África, Medio Oriente, Asia Central e Indonesia donde es seguida por la mayoría de la población.



Mapa 4. Países con población mayoritaria islámica (verde oscuro) y países con población islámica superior al 30% (verde claro) que muestra la concentración del Islam en la actualidad. Fuente: preparado por el autor empleando www.mapchart.net en base a Diez de Velasco, 2005.

La rama o denominación mayoritaria en el Islam es sunnita, que hoy representa aproximadamente el 80% del total de los musulmanes, variando el porcentaje entre 70% y 85% según la fuente que se consulte. Dentro de la rama sunnita hay varias escuelas de pensamiento teológico y jurídico que se diferencian por la preeminencia que dan a la revelación, las tradiciones y el razonamiento. El wahabismo es una escuela relevante dentro de la rama sunnita. Esta corriente ortodoxa fue iniciada en el siglo XVIII con la idea de purificar el Islam y acompañó a la casa saudita en la consolidación de su reino en la actual Arabia Saudita, lo que le valió un fuerte apoyo de la familia real. A partir de los años '70s el wahabismo ha tenido una gran difusión en el mundo gracias a la financiación saudita de mezquitas y escuelas coránicas, siendo criticado por causar desunión en las comunidades musulmanas debido a su tendencia a tildar de apóstatas a quienes no estén de acuerdo con su definición de monoteísmo.

La segunda rama o denominación en el Islam por número de seguidores es la chiita, que hoy representa aproximadamente el 15% del total de los musulmanes, a pesar de lo cual es la mayoritaria en Irán, Iraq y Baréin, además de tener significativas comunidades dentro de los

demás países musulmanes. Algunas estimaciones también ubican a los chiitas como mayoritarios en Yemen.

La rama chiita tiene una posición más ortodoxa en la interpretación del Corán, otorgando mayor valor a la guía de los líderes religiosos, poniendo mayor acento en la predestinación como consecuencia de la sabiduría y voluntad de Dios, y dando gran relevancia al culto de los mártires que sacrifican su vida en defensa de la fe. Esta rama del Islam cobró gran influencia a partir de la Revolución Iraní de 1979, que inició una serie de programas de apoyo a la comunidad chiita en otros países, lo que resultó en movimientos insurgentes que amenazaron la estabilidad en otros Estados musulmanes de la región.

La aparición de un Estado iraní teocrático chiita y de etnia persa en lugar de árabe modificó la dinámica de alianzas en el Golfo Pérsico. Irán dejó de ser aliado de los EEUU sin pasar a ser aliado de la URSS, cuya ayuda rechazó. Y el mundo árabe dejó de lado las discusiones nacionalistas y se encolumnó detrás de Arabia Saudita, líder de la rama sunnita y custodio de las mezquitas sagradas del Islam, apoyando la Guerra entre Irán e Iraq, a la que ya nos referimos más arriba dentro del contexto del mundo árabe. El final de esta Guerra entre Irán e Iraq traería consigo la semilla de la Guerra del Golfo que se iniciaría con la invasión por Iraq de Kuwait.

Los principales actores

En los puntos anteriores analizamos las cuestiones de alcance global, políticas y económicas, seguidas de cuestiones de alcance regional, étnicas y religiosas, por lo que -en este enfoque de mayor a menor- corresponde ahora referirnos a la situación de los principales países del Golfo Pérsico involucrados en la Guerra del Golfo: Iraq en su carácter de agresor, Kuwait en su carácter de agredido, y Arabia Saudita en relación a los varios roles que cumplió antes, durante y después del conflicto.

Por supuesto que el país más relevante en el desarrollo de la segunda etapa del conflicto fue EEUU en su rol de organizador y líder de la coalición que llevó adelante la reconquista de Kuwait, y proveedor de la parte relevante de los recursos y acciones militares empleados para ello. Sin embargo, consideramos que el análisis específico de este país excede la propuesta de este trabajo, por lo que las cuestiones relevantes a su respecto sólo son tratadas en cada punto específico en la medida que lo amerite.

La República de Iraq. Es un país con una extensión territorial de 438.317 km² que se asienta sobre la región conocida históricamente como la Mesopotamia. Este es el territorio comprendido entre los ríos Tigris y Éufrates, cuna de la civilización humana y donde nació la escritura. Ha sido el centro de los imperios sumerio, acadio, asirio, babilónico y árabe, así como también ha sido parte de los imperios persa, parto, macedónico, árabe, seléucida, mongol y otomano.

Iraq inició el siglo XX dividido en las provincias otomanas de Basora (de mayoría árabe chiita), Bagdad (de mayoría árabe sunnita) y Mosul (de mayoría kurda), quedando bajo ocupación británica a partir de la finalización de la IGM en virtud del reparto de territorios acordado por esta potencia con Francia mediante los acuerdos Sykes Picot y legitimado por el mandato otorgado por la Sociedad de las Naciones. La presencia británica generó seria oposición de los nacionalistas, llevando a la fundación del Reino de Iraq y el reconocimiento de su independencia en 1932.

En 1938 se descubrió petróleo al norte del país, lo que modificó su economía y sociedad. Al finalizar la IIGM se produjeron grandes huelgas en la zona petrolera de Kirkuk, preludio de más de una década de enfrentamientos entre la monarquía y el partido comunista. En 1958 un golpe militar derrocó al rey y fundó la República de Iraq. En 1963 otro golpe de estado reemplazó al gobierno socialista alineado con el bloque soviético por otro de carácter panarabista alineado con Egipto. En 1968 un tercer golpe de Estado llevó al poder al partido Baaz (“Resurrección”) de inspiración nacionalista árabe, socialista y secular, donde Sadam Husein escaló posiciones en base a la creación de un fuerte sistema represivo y a la implementación de programas para mejorar las condiciones de vida del pueblo. En 1970 se reformó la constitución garantizando los derechos de las mujeres y en 1972 se nacionalizó la banca y el petróleo.

En 1979, Sadam Hussein asumió el poder absoluto en el país y al año siguiente atacó a Irán, iniciando la guerra de ocho años entre ambos países, durante la cual recibió ayuda de ambos bloques occidental y soviético además de los países árabes.

Al finalizar la guerra con Irán, Iraq quedó inmerso en una severa crisis económica a consecuencia de la destrucción de su industria, la baja de precios del petróleo de la década de los ‘80s, el costo estimado de la reconstrucción en USD 230.000 millones y una deuda tomada para financiar la guerra por un total de aproximadamente USD 85.000 millones, los cuales incluían deudas de aproximadamente USD 8.180 millones con Kuwait, USD 30.850 millones con Arabia Saudita, y USD 8.000 con los Emiratos Árabes Unidos.

A principios de 1990, Iraq tenía 17,4 millones de habitantes, que por su origen étnico eran aproximadamente 85% árabes y 10% kurdos, y por su orientación religiosa eran aproximadamente 98% musulmanes, con un 60% chiitas y 40% sunnitas. Los kurdos se ubicaban al norte, con centro en la ciudad de Mosul. Los sunnitas se ubicaban en el centro del país, con centro en la ciudad de Bagdad. Y los chiitas se ubicaban en el sur del país, con centro en la ciudad de Basora.

El Estado de Kuwait. Es un país con un territorio de 17.818 km² asentado en una zona extremadamente desértica al noroeste del Golfo Pérsico, al punto de ser el único país del mundo que no cuenta con espejos de agua naturales. Su historia se remonta al asentamiento de un pueblo pesquero en 1613, que en el siglo XVIII se convirtió en el centro del comercio en el Golfo Pérsico por su ubicación en el paso entre la India dominada por los británicos y los pueblos árabes.

Durante el siglo XIX, Kuwait fue un distrito dentro de la provincia de Basora, bajo la autoridad administrativa del Imperio Otomano, aunque se gobernaba en forma semi independiente. En 1897 el Sheik Mubarak, miembro de una prominente familia local, fue formalmente designado como Bajá (gobernador) por el Imperio Otomano, que de esta manera incrementaba su control sobre Kuwait y afectaba sus perspectivas comerciales. Ello llevó a que en 1899 el Sheik Mubarak celebrase un acuerdo para convertir a Kuwait en un protectorado británico como medida para distanciarse del Imperio Otomano.

En 1913 un acuerdo entre el Reino Unido y el Imperio Otomano acordó que Kuwait era parte del Imperio Otomano, pero este acuerdo nunca se ratificó debido al inicio de la IGM y la siguiente desaparición de ese imperio.

Entre 1919 y 1920 Kuwait fue atacado por el Reino de Nejd, una de las posesiones sauditas que luego se unificaría bajo el Reino de Arabia Saudita. Estos ataques llevaron a la

firma del Protocolo de Uqair en 1922, donde el comisionado británico para el Mandato de Mesopotamia definió las fronteras entre Iraq, Kuwait y el Reino de Nejd, sin participación de Kuwait.

En dicho Protocolo de Uqair, la parte británica mantuvo el territorio de Kuwait como independiente, convirtiendo a Kuwait en un estado tapón que restringiría severamente el futuro acceso de Iraq al Golfo Pérsico. El mismo protocolo también impuso a Kuwait la pérdida de dos tercios de su territorio a favor del Reino de Nejd, sin que ello evitase posteriores incursiones sauditas ni un bloqueo marítimo que duró hasta 1937. El bloqueo, unido a la crisis de los años '30s, generó un gran daño a la economía kuwaití, entonces dependiente del comercio y la pesca de perlas.

El descubrimiento de petróleo en Baréin en 1932 generó inversiones en exploración que en 1938 dieron sus frutos con descubrimientos en Kuwait. La explotación del petróleo generó una era dorada entre 1946 y 1982. Para 1953 Kuwait era el mayor exportador mundial de petróleo, aplicando esos ingresos a un masivo programa de obras públicas y a la conformación del primer fondo soberano de inversiones del mundo.

En 1961 Kuwait declaró su independencia dando fin al protectorado británico, lo que fue inmediatamente disputado por Iraq con fundamentos históricos. Esto generó una crisis que llevó al despliegue de un grupo aeronaval británico en el Golfo Pérsico, relevado más tarde por una coalición de fuerzas árabes para sostener la independencia de Kuwait. Recién en 1963 Iraq reconoció la independencia de Kuwait cuando el partido Baaz derrocó al régimen anterior.

Kuwait se organizó como una monarquía constitucional con división de poderes, elecciones periódicas y legislación secular en base al modelo civil francés, reservando la aplicación de la ley religiosa sólo a cuestiones de familia. En 1975 nacionalizó la industria petrolera, cuya renta aplicó a obras públicas y el fomento gubernamental de las artes y ciencias, lo que convirtió a Kuwait en un centro de cultura en el mundo árabe.

Este período dorado terminó en 1982 con una gran recesión a partir del colapso de su Bolsa de Valores, que había llegado a ser la tercera en volumen del mundo sólo detrás de Nueva York y Tokio. Esta situación no impidió el apoyo financiero de Kuwait a Iraq en la guerra con Irán entre 1980 y 1988, a costo de distraer recursos para la recuperación económica. La crisis se agravó durante el resto de la década de los '80s debido a una serie de atentados terroristas, algunas acciones de represalia iraníes por ayuda prestada a Iraq, y a la baja del precio de petróleo. En 1986, el Emir de Kuwait disolvió la Asamblea Nacional que ejercía el poder legislativo, suprimió los movimientos democráticos y censuró la prensa, alineando su país con el bloque soviético, al que veía con buenos ojos por su apoyo a Iraq.

En 1990 Kuwait tenía una población de menos de 4 millones de habitantes, de los cuales aproximadamente un millón eran ciudadanos kuwaitíes, y el resto trabajadores extranjeros. La mayor parte de los trabajos en el emirato eran realizados por trabajadores extranjeros mal pagos y peor tratados, lo que generaba grandes resentimientos y una tensa relación con sus países vecinos.

El Reino de Arabia Saudita. Es un país de 2.149.690 km² ubicado en el centro de la Península Arábiga, en una zona extremadamente árida. En su región oeste, lindante con el Mar Rojo es un terreno mayormente montañoso, con diversos valles donde se asienta el grueso de la población que en 1990 se aproximaba a los 30 millones de habitantes.

En esa zona oeste se ubican las ciudades de Medina y La Meca, que han sido la cuna del Islam y desde donde comenzó la expansión islámica que tuvo a Arabia como el centro del imperio durante el Califato Omeya. Más tarde Arabia formó parte del Califato Fatimí y del Imperio Otomano, quedando dentro de la esfera de influencia británica después de la IGM y norteamericana después de la IIGM.

Su conformación política actual resultó del proceso de unificación iniciado en 1902 por Abdelaziz ibn Saud al conquistar Riad y luego el resto de la parte central de la Península Arábiga en sucesivas campañas entre 1912 y 1926. En 1927 el Reino Unido reconoció su independencia como Reino de Hijaz y Nejd, nombre que cambió en 1932 por el de Reino de Arabia Saudita.

Este Reino está gobernado por una de las pocas monarquías hereditarias absolutas que perduran en el mundo, con la unión de los poderes legislativo, administrativo y judicial en cabeza del rey. No existen partidos políticos ni elecciones. La monarquía sostiene un régimen teocrático islámico sunnita que promueve una aplicación ortodoxa de los principios del Islam siguiendo los preceptos de la corriente wahabita, la que busca expandirse por el mundo a través del financiamiento de mezquitas y escuelas coránicas.

El Reino restringe o se niega a reconocer derechos humanos que se consideran básicos en el mundo occidental, tal como la libertad de expresión, de asociación, de religión, de orientación sexual o la igualdad de géneros, respecto a las cuales algunas conductas pueden llevar incluso a la pena de muerte. Esta postura ortodoxa y el carácter de custodio de las mezquitas sagradas del Islam ubicadas en La Meca y Medina han hecho de Arabia Saudita el líder de la rama sunnita del Islam, bien que a costa de tensiones con otros pueblos musulmanes mayoritariamente enrolados en la rama chiita como Irán; u organizados bajo un gobierno secular como Siria, Iraq y las repúblicas soviéticas de Asia Central hasta finalizar la década de los '80s.

En los primeros años de su existencia como Estado, la mayor fuente de ingresos del Reino provenía de los impuestos cobrados a los peregrinos musulmanes a La Meca. El descubrimiento de petróleo en 1938 en la región este del país y las aguas del Golfo Pérsico, seguido de la confirmación de la existencia de las segundas mayores reservas mundiales (sólo detrás de Venezuela, aunque de mucha mejor calidad y menor costo de extracción), le permitieron construir una alianza con el mundo occidental y especialmente los EEUU, que tomaron a este país como uno de los dos pilares para asegurar su abastecimiento de petróleo y bloquear el avance soviético en el Golfo Pérsico.

Esta relación no estuvo libre de sobresaltos. Así, la exploración y explotación de petróleo en Arabia Saudita estuvo a cargo de la Arabian American Oil Company ("Aramco"). En 1950, el rey amenazó con nacionalizar la industria si la compañía no aceptaba compartir el cincuenta por ciento de sus utilidades a favor del Reino.

En 1960, Arabia Saudita fue uno de los miembros fundadores de la OPEP, organización de la cuál rápidamente se convertiría en su líder natural. Su asociación con EEUU no impidió que en 1973 prevalecieran sus vínculos con otros países árabes a la hora de alinearse con el embargo petrolero dispuesto por los países árabes en contra de EEUU y otros países que asistieron a Israel durante la guerra de Yom Kippur, bien que también sirvió a su propio interés económico atento que el mismo año adquirió un 25% de participación en Aramco, que se incrementaría al 60% en 1974 y al 100% en 1976.

Esta situación no afectó su posición durante la Guerra Fría, donde Arabia Saudita tomó el rol de líder de las monarquías árabes tradicionales alineadas con el bloque occidental frente a las nuevas repúblicas árabes lideradas por Egipto alineadas con el bloque soviético. La paz entre Egipto e Israel en 1978 fue percibida por el mundo árabe como una traición, por lo que Arabia Saudita quedó como triunfador en esa competencia.

Poco duró la paz, ya que ese mismo proceso que permitió el acuerdo entre Egipto e Israel revitalizó los sentimientos islámicos que impulsaron la Revolución Iraní que en 1979 derrocó a la monarquía aliada con los EEUU. Esta circunstancia dejó a Arabia como único pilar sobreviviente en la estrategia norteamericana para asegurar su acceso al Golfo Pérsico, hecho que le valió su respaldo explícito mediante la doctrina formulada por el Presidente Carter en 1980 anunciando que EEUU tomaría todas las medidas necesarias para proteger el acceso al Golfo Pérsico.

La Revolución Iraní también planteó un desafío religioso a Arabia Saudita en tanto por primera vez en el siglo XX fue desafiada en su liderazgo religioso por un país de mayoría chiita que no parecía reconocer freno en sus intentos por interferir en otros países musulmanes, promoviendo toda suerte de acciones violentas (insurgencia, asesinatos, toma de rehenes, atentados terroristas, etc.). Este desafío fue enfrentado de diversas maneras, una de las cuales consistió en proveer fuerte asistencia financiera a Iraq durante su guerra con Irán.

Esta asistencia financiera a Iraq fue otorgada en un contexto de baja de precios del petróleo por la sobreoferta generada a principios de los '80s, cuando muchos productores incrementaron su producción para compensar la reducción generada por la Guerra entre Irán e Iraq.

Para tratar de administrar esta situación, en 1982 Arabia Saudita respaldó el acuerdo entre los países de la OPEP para fijar cuotas de producción, tomando el rol de productor bisagra para reducir producción en caso de bajas de precio. La producción de otros países en exceso de la cuota asignada afectó negativamente los precios e hizo que Arabia Saudita redujera su producción, hasta que en 1986 decidió abandonar el rol y volver a su volumen de producción anterior, lo que deprimió aún más los precios, contribuyendo a la estrategia de EEUU para desgastar económicamente a la URSS.

La adquisición de Aramco durante los '70s implicó la transferencia de la propiedad de los activos, pero no de su operación, la cual continuó en manos de un conjunto de socios y contratistas occidentales con el conocimiento técnico para ello. En 1988, Arabia Saudita creó la Saudi Arabian Oil Company ("Saudi Aramco") que absorbió los activos de la compañía anterior y se hizo cargo de sus operaciones.

Otros actores. Este análisis de la situación en que se encontraban los actores de la Guerra del Golfo antes del conflicto podría continuar con cada uno de los miembros de la coalición que posteriormente se formaría bajo el liderazgo de EEUU para liberar a Kuwait.

Por ejemplo, también Argentina podría estar incluida en ese análisis, atento que participó de la coalición con una fuerza de tareas naval, primero integrada por el destructor ARA Almirante Brown y la corbeta ARA Spiro, luego relevadas por la corbeta ARA Rosales y el transporte ARA Bahía San Blas, desplegadas en el denominado Operativo Alfíl. El despliegue fue ordenado por el Presidente Carlos S. Menem en el marco de las resoluciones del CSNU, en una decisión que fue parte de las medidas tomadas con el objetivo de mejorar la relación de la

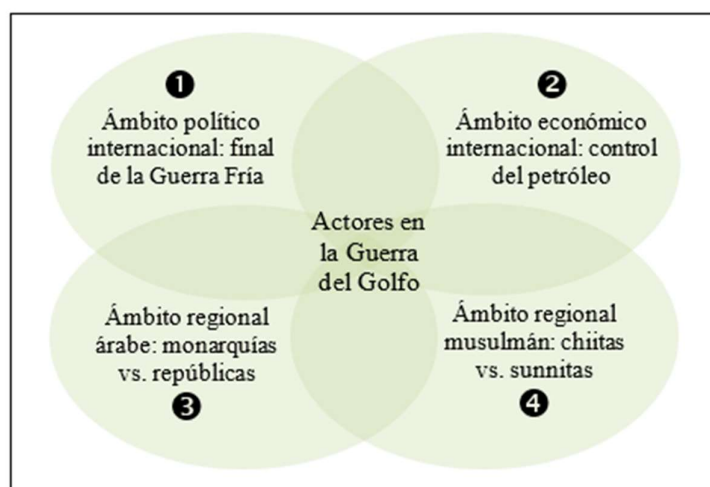
Argentina con los EEUU y el bloque occidental, la que se había deteriorado por causa de la Guerra de Malvinas en 1982. La acción fue autorizada por Ley 23.904 y se desarrolló entre septiembre de 1990 y julio de 1991, con participación de la fuerza en misiones de patrullaje, interdicción de buques mercantes y escolta de convoyes en aguas del Golfo Pérsico.

Sin embargo, entendemos que el análisis de cada uno de los miembros de la coalición, así como de otros países que jugaron roles relevantes, excedería el alcance propuesto para este trabajo.

Conclusiones del capítulo

Este capítulo describió el contexto histórico internacional y regional en el que se desarrolló la Guerra del Golfo. Dicha descripción segmentó el contexto en cuatro ámbitos, cuyo estudio requirió remontarse a décadas e incluso siglos anteriores en la medida que se consideró necesario para entender la idiosincrasia de los pueblos y líderes enfrentados en este conflicto. La importancia de esta segmentación resulta clara cuando se observa que los intereses de cada actor no siempre estaban alineados en los diferentes ámbitos, como ocurrió -por ejemplo- en 1973 cuando Arabia Saudita fue parte del embargo petrolero a EEUU privilegiando su relación con otros países árabes antes que su alianza con EEUU.

Este conjunto de tensiones concentradas en Medio Oriente conformó una compleja trama de intereses y rivalidades con impacto internacional y regional, que influyeron mayor o menor medida a cada uno de los actores de la Guerra del Golfo, tal como lo ilustra conceptualmente el siguiente gráfico.



Cuadro 3. Gráfico ilustrativo de la conjunción de diversos ámbitos de tensión que enmarcaron la Guerra del Golfo. Fuente: elaborado por el autor.

Siguiendo esta estructura conceptual, la primera parte del capítulo atendió al ámbito político internacional a partir del hilo conductor de la Guerra Fría, que se hallaba en su etapa final, en transición de un modelo de bipolaridad conflictiva entre los bloques occidental capitalista y soviético comunista hacia un modelo de unipolaridad imperial encabezado por EEUU.

La Guerra Fría influyó en la división entre los Estados árabes, con las monarquías tradicionales alineadas con el bloque occidental y las nuevas repúblicas con el bloque soviético,

más por razones prácticas que ideológicas. En éste ámbito, Arabia Saudita compartió el rol de aliada y guardián de los intereses de EEUU en el Golfo Pérsico junto con Irán hasta 1979, año en que la revolución islamita depuso al Sha de Irán y la URSS invadió Afganistán. Estos eventos fueron tomados por EEUU como amenazas a sus intereses en el Golfo Pérsico, llevando a fortalecer la alianza con Arabia Saudita.

La segunda parte del capítulo analizó la tensión propia de la competencia por un recurso estratégico, como eran entonces las mayores reservas mundiales de petróleo ubicadas en el Golfo Pérsico.

Desde la finalización de la IIGM, los países del Golfo Pérsico han sido los grandes exportadores de petróleo, mientras los países del bloque occidental han sido los grandes importadores. Las restricciones al acceso de esos recursos, sea por disponibilidad o precio, tienen un impacto severo en el bloque occidental, pudiendo influir en el éxito o fracaso de sus economías, y por consiguiente en su posibilidad de proyectar poder político, económico, militar o de otra naturaleza en su área de influencia.

Arabia Saudita cumplió un rol preponderante en la gestión de los intereses de los países exportadores de petróleo desde la fundación de la OPEP en 1960, organización de la cual asumió el liderazgo informal por ser el mayor exportador y tener la voluntad de actuar como productor bisagra al estar dispuesta a mantener capacidad ociosa para atender variaciones de demanda.

La década de los años '70s fue tormentosa en este frente, con la crisis del petróleo de 1973 que triplicó precios hundiendo al bloque occidental en una prolongada crisis, agravada en EEUU por el embargo a las exportaciones aplicado como represalia por su apoyo a Israel durante la guerra de Yom Kipur.

A ello se sumó la crisis petrolera del final de la década que, entre 1978 y 1981 volvió a triplicar los precios del crudo debido a la revolución iraní y al inicio de la Guerra entre Irán e Iraq. Esta nueva crisis mostró un límite en las economías occidentales para seguir absorbiendo aumentos de precio, lo que se reflejó en una significativa baja de cantidades compradas, afectando los ingresos de los países de la OPEP.

En este contexto, en 1982 Arabia Saudita propuso en la OPEP un mecanismo para estabilizar los precios del petróleo (y sus ingresos por exportaciones) a través de la fijación de cuotas de producción. Aunque el mecanismo fue aceptado, en la práctica fue incumplido y sólo se mantuvo unos años porque Arabia Saudita redujo su producción para absorber los incumplimientos. En 1986, Arabia Saudita retomó plena producción llevando a una baja del precio del petróleo que contribuyó a la caída de la economía soviética, entonces altamente dependiente del ingreso de divisas por sus exportaciones de petróleo. Esta acción posteriormente también contribuiría a agravar la crisis económica iraquí, una de las causas de la Guerra del Golfo.

La tercera y cuarta partes del capítulo atienden a las esferas propias del mundo árabe y del mundo musulmán, dos aspectos que no siempre resultan claramente diferenciados.

El llamado mundo árabe está conformado por los países cuyos pueblos comparten esta etnia, identificada -entre otros elementos- por un idioma común, y que se ubican en Medio Oriente y norte de África. Un factor político unificador de este grupo es su rechazo a la creación y existencia del Estado de Israel, uno de los motivos principales de su agrupación en la Liga

Árabe creada en 1945. Esta unión no previno severas tensiones entre sus miembros, que entre 1952 y 1979 protagonizaron lo que se dio en llamar la Guerra Fría Árabe, aludiendo a la rivalidad entre los reinos tradicionales liderados por Arabia Saudita con respaldo de los EEUU, y un grupo de países conformados por repúblicas recién establecidas a partir de la independencia de previas colonias europeas o de golpes de estado a previas monarquías, con respaldo soviético y lideradas por Egipto hasta 1978, año en que acordó la paz con Israel en Camp David, motivo por el cual se lo suspendió de la Liga Árabe. En la década siguiente, Arabia Saudita mantuvo su liderazgo de los pueblos árabes coordinando el apoyo a Iraq en la guerra con Irán, país musulmán, pero de etnia persa y no árabe.

El mundo musulmán es aquél conformado por los países cuya población incluye una mayoría de practicantes de la religión del Islam, con independencia de su idioma, etnia o sistema de gobierno: secular o teocrático, y que abarca un territorio mucho más extenso que el árabe, alcanzando desde el norte de África hasta Indonesia. En este ámbito, la relevancia de Arabia Saudita proviene de su rol de guardián de los lugares sagrados del Islam al controlar dos de las tres mezquitas sagradas para esta religión, ubicadas en las ciudades de La Meca y Medina. Esta circunstancia tomó especial relevancia frente a la pérdida de control por parte de Jordania de la tercera mezquita sagrada ubicada en Jerusalén, cuando Israel tomó control de la ciudad en la Guerra de los Seis Días en 1967.

Si bien el Islam se encuentra dividido en ramas desde el siglo VII a raíz de una disputa sobre la sucesión del profeta Mahoma, esta división creció en intensidad a partir de la revolución iraní de 1979 que llevó a la conformación de Irán como un Estado teocrático islámico chiita, opuesto a la rama sunnita prevalente en los países árabes y liderada por Arabia Saudita. En este contexto, Arabia Saudita tomó un rol activo en la defensa y expansión de la rama sunnita del Islam y el desgaste de la rama chiita, lo que incluyó convertirse en el principal financista de Iraq en la guerra con Irán.

Las tensiones simultáneas en todos estos ámbitos: con el debilitamiento de la URSS que liberó recursos militares de EEUU que permitió desplegarlos en otros teatros, la amenaza a las economías occidentales de privarlas de acceso o de un incremento excesivo del precio del petróleo, la disputa por el liderazgo en el mundo árabe entre la monarquía de Arabia Saudita y la República de Iraq, y la amenaza chiita iraní transitoriamente contenida por un Iraq desgastado económicamente, pero bien armado al cabo de 8 años de guerra, se alinearon para crear las condiciones que desembocarían en la Guerra del Golfo.

Capítulo 2: La Invasión

(Primeros días de Agosto 1990)

La decisión de invadir

A principios de 1990 la situación política global mostraba a EEUU emergiendo como el ganador de la Guerra Fría, con la URSS sumamente debilitada y el bloque soviético en proceso de disolución a raíz de las revoluciones y cambios de gobierno en los países de Europa del Este, dando lugar a un nuevo orden mundial cuyas reglas distaban de ser claras.

En el ámbito económico mundial, la disponibilidad y precio del petróleo habían demostrado su importancia esencial para el bienestar de las economías capitalistas, visto que los precios altos en los '70s llevaron a prolongadas recesiones y los precios bajos en los 80s llevaron a la recuperación occidental y caída soviética. Ambas variables -disponibilidad y precio- habían demostrado su alta dependencia de decisiones políticas de los países exportadores respecto al abastecimiento, con las consecuencias desestabilizantes de la indisponibilidad claramente demostradas por el embargo de 1973 y con la posibilidad de manipular precios mediante acuerdos entre los productores o ajustes al volumen de producción, según lo demostró el aumento de producción de varios países para compensar la caída de producción de Irán e Iraq durante sus ocho años de guerra.

En los países de la región de Medio Oriente, donde se encontraban dos tercios de las reservas mundiales de petróleo, la competencia por el liderazgo del mundo árabe entre las monarquías tradicionales y las nuevas repúblicas -que no habían estado a la altura de las expectativas despertadas en sus pueblos- había sido desplazada en importancia por el enfrentamiento en el mundo musulmán, entre las ramas chiita liderada por Irán y sunnita liderada por Arabia Saudita.

Ese enfrentamiento fue una de las causas que alimentó la Guerra entre Irán e Iraq durante la mayor parte de la década de los '80s, de la que resultaron -en lo que a este trabajo importa- un Iraq destruido y endeudado, pero bien armado y al mando de un líder secular agresivo que tenía necesidad imperiosa de mejorar la situación económica de su país para afrontar la reconstrucción y evitar el riesgo de derrocamiento por descontento popular.

Un reflejo de la situación del endeudamiento surge de comparar que antes de la guerra con Irán, Iraq tenía reservas por aproximadamente USD 435.000 millones, mientras que al finalizar esa guerra Iraq estaba endeudado por cerca de USD 85.000 millones y con daños a su infraestructura por un costo de reconstrucción estimado en alrededor de USD 230.000 millones. En ese momento, el país tenía ingresos anuales por aproximadamente USD 13.000 millones y gastos por casi USD 12.000 millones, antes de tener que afrontar el pago de préstamos que devengaban intereses por cerca de USD 3.000 millones por año.

El país estaba sumido en una profunda crisis económica, con desocupación superior al 10%, que cualquier licenciamiento de soldados sólo contribuiría a aumentar. Saddam Hussein prefirió mantener en filas casi un millón de soldados y pagar los sueldos militares, antes que afrontar el riesgo de enviar cientos de miles de hombres a la desocupación. El pueblo iraquí tenía la expectativa que el fin de las hostilidades trajeran una bonanza económica que no llegaba. Claramente, la Guerra entre Irán e Iraq lo había arruinado.

En estas circunstancias Iraq pidió apoyo a sus vecinos árabes fundado en que la guerra se había peleado para contener el fundamentalismo chiita en beneficio de todos los Estados árabes y merecía una “recompensa”. Como lo resumió Laurence Freedman:

“La guerra no fue una cuestión privada de Iraq (...) sino la defensa del flanco oriental del mundo árabe contra el fundamentalismo iraní. Mientras los Estados del Golfo no habían tenido que pagar con ríos de sangre por su propia protección, ya que Iraq hizo eso por ellos, estos Estados no podían esperar que para ellos fuera un viaje gratis a costa de la valerosa lucha de Iraq” (citado por Klare, 2003:14).

Las peticiones iraquíes incluían que Kuwait, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos -sus mayores acreedores- le condonaran deudas, le otorgaran una ayuda económica de USD 30.000 millones, y se abstuvieran de exceder la cuota de producción acordada en la OPEP para permitir la recuperación del precio del petróleo.

A finales de los años ‘80s, los Estados árabes del Golfo ya no tenían el mismo interés en ayudar a Iraq que en tiempos pasados. Por un lado, la fuerza del fundamentalismo chiita iraní ya había sido desgastada significativamente. Por otro lado, Iraq estaba pagando sus deudas a los países occidentales, pero no a sus vecinos árabes. Por ello los países del golfo -sabiendo que les sería casi imposible cobrar sus créditos- se resarcieron aumentando la cantidad de petróleo, lo que redujo los precios.

Esto era desastroso para Iraq, ya que la calificación como deudor en default le impedía obtener nuevos créditos mientras que el bajo precio del petróleo le producía la pérdida de ingresos que no podía reemplazar con mayores cantidades debido a la destrucción de su capacidad de producción y exportación había durante la guerra con Irán. Tarek Aziz, Ministro de Relaciones Exteriores de Iraq lo expresó indicando que “cada dólar de caída en el precio del barril de petróleo causa USD 1.000 millones de reducción en los ingresos anuales de Iraq”. Iraq estimaba que había perdido USD 14.000 millones debido a la sobreproducción de Kuwait.

Acorralado por el riesgo que el colapso económico provocara un golpe de Estado que le podría costar su vida, la solución que se presentó como obvia para Saddam Hussein era utilizar el ejército para invadir y anexionar Kuwait. Al decir de Donald Kagan (1995) “Tucídides encontró que los pueblos van a la guerra por razones de ‘honor, temor e interés’.”. Todos estos motivos parecen haberse reunido en esta decisión, atento que, si esta campaña fuera exitosa, le otorgaría el honor de presentarse a su pueblo como quien restableció la unidad territorial de Iraq, contrarrestaría el temor de golpe de Estado o rebelión civil si no encontraba un uso para las tropas, y se alinearía con su interés de mejorar la situación económica.

Justamente en el ámbito económico, una invasión exitosa le permitiría eliminar su deuda con Kuwait; le daría acceso a los activos financieros dentro y fuera de Kuwait; duplicaría sus reservas de petróleo dándole control sobre cerca del veinte por ciento de las reservas mundiales; agregaría 290 km a sus reducidos 60 km de costa al Golfo Pérsico permitiéndole extenderse más allá de su único puerto marítimo: Um Qasar, cuyas aguas de acceso estaban controladas por Kuwait; y le proveería acceso inmediato a infraestructura de producción y exportación de petróleo, liberándose de las restricciones existentes por la necesidad de canalizar su producción a través de oleoductos tendidos a través de Turquía, Siria y el Líbano.

La gran duda frente a esta maniobra era cuál sería la reacción de EEUU. La apuesta de Saddam Hussein era que EEUU implementaría medidas diplomáticas y económicas, pero que no intervendría militarmente si Iraq se limitaba a anexionar Kuwait y aseguraba la continuidad de provisión de petróleo. Este cálculo pudo haberse fundado en cierta seguridad que el gobierno de EEUU no obtendría el apoyo interno político y social necesario para lanzar una operación militar para recuperar Kuwait, poniendo en riesgo vidas norteamericanas sólo para obtener precios de combustible más baratos. Y que, si obtuviera dicho apoyo, éste se evaporaría apenas sufriera significativas bajas, que estaba seguro de poder generar debido a su reciente y extensa experiencia en su lucha con Irán.

A ello podía sumarse el efecto disuasorio generado por la incertidumbre respecto a la existencia de armas de destrucción masiva en el arsenal iraquí, riesgo incrementado por la certeza respecto a la disposición iraquí a utilizar dichas armas, como ya lo había probado con armas químicas durante la guerra con Irán y en la represión de su población kurda. Otra posible fuente de disuasión podría constituir la presencia de extranjeros en Kuwait, a quienes podía utilizarse como rehenes o escudos para negociar la respuesta, tal como ocurrió con los rehenes de la Embajada Norteamericana en Teherán en 1979. Y también podía disuadirse mediante la amenaza de proyectar fuerza hacia el sur, para capturar o destruir los campos petroleros de Arabia Saudita.

Semejante demostración de fuerza contra una superpotencia podía generar una seria respuesta contra quien la desafiara. Sin embargo, existían una serie de señales ambiguas que en conjunto reflejaban una pauta constante de apoyo y tolerancia de EEUU hacia Iraq, que podrían haber convencido a Saddam Hussein de que no habría respuesta militar.

Estas señales incluyeron apoyo logístico, de inteligencia, financiero, militar y diplomático prestado por EEUU a Iraq durante la guerra con Irán, que continuó después de finalizada. Así, EEUU proveyó a Iraq -sea en forma directa o a través de Arabia Saudita u otros países- una significativa cantidad de equipamiento de doble uso (camiones, helicópteros), inteligencia sobre las posiciones y movimientos iraníes, garantías de créditos agrícolas que eran desviados para la compra de armas, mirar para otro lado cuando otros países árabes compartían armamento americano con Iraq, demorar investigaciones sobre el uso de armas químicas por parte de Iraq incluso contra civiles kurdos, eliminar a Iraq de la lista de países acusados de apoyar el terrorismo aún cuando el conocido terrorista Abu Nidal de la OLP residía en ese país, aceptar rápidamente la explicación de ‘error del piloto’ ante el ataque al USS Stark en 1987, participar directamente en acciones navales en el Golfo Pérsico en beneficio de Iraq donde EEUU hundió una cantidad significativa de botes rápidos iraníes, e incluso haberle provisto cepas de ántrax que podían utilizarse como arma biológica. Y este apoyo no se detuvo al concluir la guerra, como lo demuestra -por ejemplo- la Directiva de Seguridad Nacional (“NSD”) 26 emitida por el Presidente Bush Sr. en 1989 promoviendo relaciones más cercanas con Iraq.

Iniciada la crisis, EEUU omitió dar un mensaje firme y claro de rechazo a una acción militar iraquí. Son de particular importancia las comunicaciones en los días previos a la invasión. Conforme cita Brands (2004), el 24 de julio la Subsecretaria de Estado para Asuntos Públicos, Margarat Tutwiler, declaró que “No tenemos ningún tratado de defensa con Kuwait, y no hay ningún acuerdo especial de defensa o seguridad con Kuwait”. Al día siguiente, 25 de julio, la embajadora de EEUU en Iraq, April Glaspie, se reunió con Saddam Hussein y le transmitió que “no tenemos una opinión sobre los conflictos entre árabes, como su desacuerdo limítrofe con Kuwait” y que “no debemos expresar ninguna opinión sobre este tema, que no se encuentra asociado con EEUU”.

Estos mensajes han sido considerados contradictorios, ambiguos y faltos de firmeza suficiente para prevenir la guerra, pudiendo haber sido tomados por el líder iraquí como una confirmación que EEUU no reaccionaría ante una acción militar por parte de Iraq. Mucho se ha escrito sobre las causas de la ambigüedad en estos mensajes.

Una explicación es que en 1990 los servicios diplomáticos norteamericano y árabes consideraban que la postura de Iraq era un bluff para presionar por ventajas económicas, por lo que no necesitaban un lenguaje más claro y firme para evitar una guerra que de todos modos no esperaban que ocurriera.

Otra explicación -de tipo conspirativo- sostiene que la falta de firmeza fue una calculada incitación a invadir, de modo de obtener la excusa para restablecer el equilibrio militar en la región mediante la destrucción de la capacidad militar iraquí, que había crecido desproporcionadamente debido a sus últimas compras de material a la URSS en 1988 antes de finalizar su guerra con Irán.

La evaluación del riesgo que representaba Iraq en la región pudo haberse incrementado en meses previos, cuando en abril de 1990 EEUU y el Reino Unido habían interceptado en Aduana envíos a Iraq de partes de un supercañón con alcance para bombardear Israel y de capacitores eléctricos del tipo de los utilizados en disparadores de bombas nucleares, lo que evidenciaba la búsqueda de un incremento de capacidades con potencial para desestabilizar la región.

Hechos posteriores podrían confirmar esta hipótesis, en tanto la destrucción de la capacidad militar iraquí fue uno de los objetivos de la coalición liderada por EEUU, quien interpretó que la Resolución 678 del CSNU fue una autorización para emplear “todos los medios necesarios” no sólo para liberar Kuwait sino también “para restablecer la paz y la seguridad internacionales en la región.”

Para poder emprender la invasión, además de atender a los aspectos militares de la operación, Saddam Hussein debía atender tres ámbitos: (i) movilizar al pueblo iraquí, (ii) neutralizar el riesgo de intervención occidental y (iii) asegurar la tranquilidad en el frente iraní.

Para movilizar al pueblo iraquí resucitó la reivindicación sobre Kuwait como una causa nacional. Ese argumento fue construido en etapas. En 1989 exigió concesiones territoriales de Kuwait como recompensa por la defensa contra el fundamentalismo chiita iraní, requiriendo la devolución de las dos islas contiguas a Iraq y la cesión de los pozos de petróleo en el yacimiento fronterizo de Rumalia, a lo que siguieron diversas exigencias de apoyo financiero.

Para mitigar el riesgo de intervención occidental inició una campaña discursiva promoviendo sentimientos antioccidentales, esperando así obtener el apoyo de los países árabes a Iraq, presentándose como líder del mundo árabe en la lucha antiimperialista, demorando u obstaculizando la obtención de bases desde las cuales preparar cualquier respuesta militar occidental. Y para asegurar la tranquilidad en el frente iraní, Iraq restableció contactos diplomáticos con Irán, que más tarde darían lugar a la firma de un tratado de paz.

La crisis escaló poco tiempo después. En mayo de 1990 en una cumbre árabe en Bagdad, Saddam Hussein se enfrentó verbalmente a los Estados árabes del Golfo acusándolos de haber inundado el mercado de petróleo y generado la caída de precio a USD 7 por barril, exigiendo

respeto por la cuota de producción, condonación de la deuda a Iraq, ayuda económica por USD 30.000 millones, y específicamente exigiendo a Kuwait la devolución de las dos islas y acusándolo de extraer petróleo iraquí de los pozos fronterizos.

A pesar de las advertencias, los Estados del Golfo continuaron con la sobreproducción. A principios de julio de 1990, Iraq moviliza varias divisiones blindadas de la Guardia Republicana al sur de Iraq “para realizar ejercicios”. El 17 de julio emite un mensaje ambiguo destinado a endurecer presión sobre Kuwait. El 21 de julio se produce la movilización de cerca de 3.000 vehículos en camino hasta el límite con Kuwait y el 24 de julio comienza a reforzar sus defensas aéreas.

Ese mismo día la Agencia Nacional de Inteligencia de EEUU indicó que Iraq tenía suficientes fuerzas para conducir operaciones en Kuwait. Este parece haber sido el último momento en que un pronunciamiento firme de EEUU hubiera desalentado la invasión, pero los defectos ya señalados en los mensajes de Tutwiler y Glaspie evitaron que cumplieran una función disuasoria.

El 31 de julio se produce una reunión entre representantes de Iraq y Kuwait donde Iraq reitera sus demandas, que Kuwait no responde pensando que se trataba del inicio de negociaciones que serían largas. El 1° de agosto varias fuentes en EEUU informan que la invasión era inminente.

La invasión

A las 23:00 horas del 1 de agosto de 1990, un radar kuwaití montado sobre un globo aerostático detecta los primeros movimientos de tropas hacia la frontera. En las primeras horas del 2 de agosto (1:00 hora de Iraq y 2:00 hora de Kuwait), cuatro divisiones blindadas de la Guardia Republicana de Iraq cruzan la frontera de Kuwait e inician la invasión, seguidas más tarde por una variedad de tropas mecanizadas y de infantería.

El asalto inicial se desplegó en dos columnas, una dirigida a tomar Kuwait City lo que pudo hacerse sin grandes pérdidas humanas o materiales, y la otra realizando un movimiento envolvente hacia el sur para tomar campos petroleros, y apostarse para disuadir o detener cualquier movimiento que pudiera venir desde Arabia Saudita. A ello se sumó la inserción de tropas especiales por helicóptero para tomar objetivos de alto valor, como la familia real, el palacio de gobierno, infraestructura de comunicaciones y el banco central; y un desembarco al sur de la ciudad en horas de la mañana para cortar una posible huida en masa de la ciudad.

La familia real recibió aviso inmediato del ataque, lo que permitió el escape del Emir de Kuwait, Sheik Jaber al-Sabah hacia Arabia Saudita, frustrando su captura, uno de los objetivos iraquíes. Se ha sugerido que una confusión sobre el uso horario empleado (hora de Kuwait vs. hora de Iraq, con una hora de diferencia) habría generado una descoordinación en las fuerzas iraquíes, lo que permitió dicho escape.

A pesar del aumento de las tensiones en los días previos y el inmediato aviso a la familia real, Kuwait omitió poner en alerta a sus fuerzas armadas, a las cuales incluso se había autorizado a licenciar una cantidad de efectivos durante los meses de verano. Recién a las 5:00 horas un batallón de tanques kuwaitíes salió de su base sin más esperanza que intentar una acción retardante frente a la fuerza empleada por Iraq, que llegó a los 100.000 efectivos, los que apenas representaban un diez por ciento del total de su fuerza, que superaba 6 a 1 a los 16.000 efectivos

de las fuerzas armadas kuwaitíes. Las acciones de retardo kuwaitíes permitieron retirar aeronaves y blindados hacia Arabia Saudita y Baréin, donde más tarde engrosarían las fuerzas de la coalición.

Cuatro días después de la invasión la resistencia militar kuwaití había cesado y el país estaba completamente bajo control iraquí. Incluso antes de ese momento, el 4 de agosto fue proclamado un gobierno títere en Kuwait, seguido el 8 de agosto por el anuncio de la fusión de ambos países, que se concretó el 28 de agosto cuando Kuwait fue proclamada como una provincia de Iraq.



Mapa 5. Maniobras iraquíes en la invasión de Kuwait. Fuente: elaborado por el autor utilizando Google Maps en base los mapas de Cooper y Sadik (2003) y la United States Military Academy (<https://www.westpoint.edu/academics/academic-departments/history/first-gulf-war>)

Durante y después de la toma de control del territorio kuwaití, las fuerzas iraquíes se concentraron en el sur de Kuwait, supuestamente con finalidad defensiva, pero también otorgando la capacidad de retomar inmediatamente el avance hacia el sur sobre los territorios de Arabia Saudita y los emiratos del Golfo Pérsico.

Esta maniobra hubiera permitido a Iraq multiplicar sus ganancias al sumar control sobre aproximadamente un veinticinco por ciento adicional de las reservas mundiales de petróleo. EEUU estimaba que Iraq podría continuar el ataque a Arabia Saudita con 49 brigadas y conquistar la infraestructura petrolera y portuaria sobre el Golfo en cinco días de operaciones (United States Central Command, 1991).

Cabe preguntarse entonces ¿por qué Iraq no continuó su avance sobre Arabia Saudita? Esta pregunta nos regresa al análisis de las causas de la guerra. Si las únicas razones para esta guerra hubieran sido económicas, ello no explica por qué Iraq detuvo su avance, ya que recorriendo unos pocos kilómetros más hacia el sur hubiera podido hacerse del control de los campos petroleros de Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos -los que se encuentran sobre la costa del Golfo Pérsico- haciéndose del control de cerca del cincuenta por ciento de las reservas petroleras mundiales.

La respuesta requiere considerar otras circunstancias políticas y militares. En el plano político global, parecía claro que una invasión a Arabia Saudita hubiera asegurado la reacción de EEUU, tanto en defensa del aliado más fuerte que le quedaba en el Golfo Pérsico como para impedir la concentración de cerca de la mitad de las reservas mundiales de petróleo bajo el control iraquí. En el plano de la política regional, un ataque de Iraq -Estado secular- a Arabia Saudita habría podido concitar la reacción de los países musulmanes en defensa del territorio del custodio de las mezquitas sagradas del Islam. Y desde el plano militar, un avance sobre Arabia Saudita hubiera extendido sus líneas de abastecimiento y hubiera afectado su posibilidad de replegarse con sus equipos en caso de derrota.

Sin embargo, la intención de Iraq de cruzar o detenerse en este límite no estaba clara en esos momentos, más aún cuando recientemente había adoptado un discurso más agresivo contra Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos. Ello llevó a un legítimo temor de estos estados de ser objeto de ataque ⁽²⁾ ya que un análisis de amenazas debe hacerse sobre las capacidades y no sobre las intenciones, que pueden variar en un instante.

La decisión sobre la reacción

Sadam Hussein apostó su estrategia a la aceptación por EEUU de un hecho consumado. Su expectativa era que EEUU protestaría pero que no tendría suficiente interés para entrar en conflicto si el petróleo seguía fluyendo. La apuesta estuvo a punto de dar frutos.

En EEUU existió una intensa discusión sobre la justificación de una intervención militar. Quienes estaban en contra entendían que no valía la pena intervenir por un pequeño aumento del precio del petróleo o unos kilómetros de desierto de Kuwait, el emirato del golfo que estaba más alineado con la URSS. Esta era la posición -entre otros- del Jefe del Estado Mayor Conjunto, Gral. Colin Powell, quien dudaba de la claridad de objetivos y del apoyo del pueblo norteamericano a una acción militar.

² - En conversación del autor en diciembre de 2020 con el CN(R) Sergio Bazán, quien se desempeñó como segundo comandante del destructor ARA Almirante Brown durante el operativo Alfil, éste expresó que en las oportunidades que el buque tocó puerto en los Emiratos Árabes Unidos, sus contactos con población local le permitieron observar que existía temor al avance iraquí y que el triunfo de la Coalición fue festejado expresando el alivio de encontrarse libres de la amenaza de invasión iraquí.

Quienes estaban a favor de la intervención entendían que era imperativo defender a Arabia Saudita, reducir la capacidad militar iraquí y disuadir a otros potenciales agresores en el resto del mundo, tal como lo resumió el entonces Secretario de Estado Lawrence Eagleburger, “si él tiene éxito, otros podrían intentar lo mismo.” (Woodward, 2002).

La administración Bush Sr. aparecía dudosa frente al camino a tomar. En días anteriores había recibido consejo de los líderes de Jordania, Egipto y Arabia Saudita para que permitiera una solución negociada entre países árabes, criterio respaldado por varios funcionarios del Departamento de Estado. Esta circunstancia planteaba dudas sobre el apoyo internacional que pudiera tener para una intervención militar. A ello se sumaba la duda sobre si Arabia Saudita permitiría el despliegue de tropas extranjeras en su territorio, sin lo cual sería imposible cualquier acción para retomar Kuwait e incluso para defender Arabia Saudita.

La cuestión se despejó en poco tiempo. El mismo 2 de agosto el Presidente Bush Sr. mantuvo una reunión con la Primer Ministro del Reino Unido, Margaret Thatcher, quien promovió una respuesta militar recordando el peligro de cualquier política de apaciguamiento como aquella que llevó a la IIGM. El 5 de agosto, Bush Sr. endureció el tono expresando públicamente que: “Esto no se sostendrá, esta agresión contra Kuwait.” y el 6 de agosto el Rey Fadh de Arabia Saudita autorizó el ingreso de tropas extranjeras en su territorio.

Como indicamos líneas más arriba, Saddam Hussein había fundado su apuesta en la idea que EEUU sería disuadido de intervenir militarmente debido a su reticencia a soportar bajas, circunstancia que se veía como una debilidad mucho más grave en 1990 que a finales de los años ‘60s durante la guerra de Vietnam.

Esta intolerancia a las bajas se considera producto del aumento de la expectativa de vida generada por los adelantos médicos, así como por la reducción del tamaño de las familias, que hace mucho más difícil tolerar la pérdida de un hijo en acciones militares a familias con uno o dos hijos, que a las familias de antaño que tenían seis o siete hijos (Bartolomé, 2006:169). A ello se sumaba el efecto disuasorio generado por su seguridad en la capacidad de las fuerzas iraquíes para generar bajas significativas en una guerra defensiva, tal como lo había comprobado en la reciente Guerra entre Irán e Iraq; por la posibilidad de uso de armas químicas y biológicas; por la posibilidad de retener extranjeros para utilizar de rehenes o escudos; y por la amenaza de continuar su avance hacia el sur, conquistando -o al menos denegando el uso de- la producción petrolera de los demás países árabes del Golfo Pérsico, mal preparados para enfrentarse a Iraq.

Sin embargo, EEUU había aprendido sus lecciones de la Guerra de Vietnam. Comparado con Vietnam, EEUU tenía en 1990 un ejército pequeño, pero muy entrenado, bien armado y totalmente profesional. También había modificado su pensamiento en cuanto a las condiciones necesarias para efectuar una intervención militar en el exterior.

En este sentido, en 1984 el Secretario de Defensa, Caspar Weinberger, expuso la doctrina según la cual cualquier intervención militar en el exterior debía justificarse sólo para defender intereses vitales de EEUU (que en el caso estaban representados por la seguridad energética y la preservación de su influencia), ser realizada con un compromiso decidido y con intención de ganar, tener objetivos militares y políticos claros, contar con un nivel de fuerzas adecuado a esos objetivos, tener apoyo razonable del pueblo y Congreso americano ya que “no se puede emprender una batalla contra el Congreso, en casa, mientras se les pide a las tropas

que ganen una guerra en el extranjero como fue el caso de Vietnam”, y emplear el instrumento militar como último recurso después de haber agotado otros mecanismos.

Esta doctrina fue después conocida con el apellido de quien era Jefe del Estado Mayor Conjunto al momento de la Guerra del Golfo, Gral. Colin Powell, que la sintetizó enfocando en la necesidad de involucrarse en acciones militares en el extranjero sólo cuando hay intereses vitales de EEUU en juego, y en tal caso hacerlo teniendo objetivos claros, respaldo popular y empleando fuerza abrumadora.

EEUU tuvo que considerar una serie de cuestiones para decidir su respuesta. La invasión de Kuwait afectaba sus intereses vitales en cuanto amenazaba su seguridad energética, su influencia regional y global.

En cuanto al primero de los puntos, se consideró esencial garantizar su seguridad energética, asegurando que el control de cerca de la mitad de las reservas de petróleo mundiales no cayera en manos de Iraq. Este actor podía tornarse hostil a EEUU y emplear en su contra el ‘arma petróleo’, denegando el acceso al recurso mediante la prohibición de exportación a las economías occidentales que no aceptaran las condiciones que este actor quisiera imponerles.

El mantenimiento de la influencia de EEUU requería su involucramiento en la protección de sus aliados regionales. En 1990, en la región del Medio Oriente, estos aliados incluían a (i) Arabia Saudita, liderada por el rey Fahd y a la sazón directamente amenazada por la presencia de tropas iraquíes en su frontera a menos de 300 km del campo petrolífero de Ghawar, que en ese entonces y aún hoy es el más grande del mundo; (ii) Egipto, bajo el liderazgo del presidente Hosni Mubarak, que vino a tomar el lugar de la anterior alianza con Irán, perdida después de la revolución iraní de 1979; y a (iii) Israel, entonces presidido por Chaim Herzog.

La consolidación de la influencia global de EEUU hacía necesario que demostrara su superioridad militar a fin de recuperar la capacidad de disuasión en un futuro que se avizoraba incierto. Ello requería limpiar la reputación de ineficiencia que lo perseguía desde Vietnam, tal que le permitiera ser tomado como una amenaza seria por cualquier país dispuesto a afrontar la cantidad de bajas requeridas para enfrentarlo. Las acciones terrestres en Granada (1983) y Panamá (1989) poco habían hecho por modificar esa percepción a nivel global a pesar de la publicidad efectuada por EEUU, atento la enorme disparidad de fuerzas en esos casos. Todo ello requería que EEUU se involucrase en la defensa de Arabia Saudita y la liberación de Kuwait, así como en la reducción de las capacidades militares de Iraq, para evitar que este país pudiera volver a comportarse como perturbador en este escenario.

Es posible que un sector de la Administración Bush Sr. haya sostenido la decisión de intervenir militarmente considerando la conveniencia de demostrar hacia el interior del pueblo norteamericano que el mundo seguía siendo un lugar peligroso que hacía necesario que EEUU mantuviera un nivel adecuado de fuerzas. El final de la Guerra Fría y consiguiente reducción de la amenaza soviética había llevado a programar recortes en las fuerzas norteamericanas para pasar de 780.000 efectivos a 545.000. Pero en agosto de 1990 los recortes aún no habían comenzado, por lo que EEUU estaba en su momento más fuerte. En consecuencia, este conflicto encontró a EEUU con fuerzas armadas sobredimensionadas para las hipótesis de conflicto posteriores a la caída del bloque soviético, situación de la que existía plena conciencia (Schwarzkopf, 1992:571), por lo que ese fue el peor momento que podría haber elegido Iraq para intentar su aventura militar en Kuwait.

Conclusiones del capítulo

Este capítulo se enfocó en las circunstancias y criterios considerados por Iraq para tomar la decisión de invadir Kuwait, la manera en que se implementó esta decisión, y los elementos tomados en cuenta por EEUU y Arabia Saudita para decidir la naturaleza y magnitud de su respuesta.

Al finalizar la Guerra entre Irán e Iraq en 1988, Iraq se encontraba sumido en una significativa crisis económica, severamente endeudado con sus vecinos árabes, con un pueblo expectante de obtener mejoras en su calidad de vida, y un ejército numeroso y bien equipado. La combinación de desencanto popular y fuerte concentración del poder en el ejército generaba un significativo riesgo de golpe de Estado, que requería la atención del liderazgo iraquí encabezado por Saddam Hussein. La crisis económica era exacerbada por la producción de petróleo de los vecinos países árabes en exceso de las cuotas acordadas en la OPEP, lo que reducía el precio de la única exportación relevante de Iraq en un contexto en que -con su infraestructura dañada por la reciente guerra con Irán- no podía competir incrementando su producción.

En estas circunstancias Iraq solicitó ayuda a sus vecinos árabes, convencido que su sacrificio para desgastar el régimen teocrático chiita iraní merecía una recompensa. La negativa en otorgar dicha ayuda mediante condonación de préstamos, ayuda financiera adicional y reducción de la producción para sostener el precio del petróleo llevó a Iraq a considerar la posibilidad de obtener dichos objetivos a través de la invasión y anexión de Kuwait, territorio del cual se consideraba indebidamente despojado por el accionar británico durante al desmembramiento del Imperio Otomano posterior a la IGM.

La única potencia capaz de impedir esta acción militar era EEUU, por lo que resultó esencial evaluar su posible reacción. Iraq apostó su estrategia a que EEUU aceptaría la anexión de Kuwait como un hecho consumado en caso de que el petróleo siguiera fluyendo y Arabia Saudita no fuera afectada. La conducta previa de EEUU tolerante hacia diversos excesos de Iraq, así como diversos mensajes entre los que se cuenta el transmitido por la embajadora Glaspie a Saddam Hussein el 25 de julio de 1990 en el sentido que EEUU no tiene “una opinión sobre los conflictos entre árabes, como su desacuerdo limítrofe con Kuwait”, no solo fallaron en prevenir la invasión, sino que pueden haberla incitado.

La invasión de Kuwait el 2 de agosto de 1990 cumplió el objetivo de ocupar el territorio del vecino país, pero falló en el objetivo de capturar a su jefe de Estado. Ello impidió a Iraq apropiarse de significativos recursos financieros ubicados en el exterior, a los que tal vez hubiera podido acceder en caso de tener en custodia a los principales funcionarios del gobierno kuwaití y miembros de la familia real que se refugiaron en el vecino reino saudita. Además, como veremos en capítulos posteriores, la existencia de este gobierno kuwaití en exilio, sus intervenciones en foros internacionales y sus posteriores contribuciones de recursos militares y financieros a la coalición, contribuyeron a legitimar las acciones de la coalición contra Iraq.

En las primeras horas después de la invasión, la Administración Bush Sr. no parece haber tenido una postura clara sobre la respuesta a implementar, con significativas opiniones a favor y en contra de la opción militar. Una opinión significativa a favor de la repuesta militar y que parece haber influido en la decisión de EEUU provino de la Primer Ministra británica, Margaret Thatcher, quien se encontraba circunstancialmente de viaje en EEUU y no dudó en promover la respuesta militar.

La decisión de EEUU no obedeció tanto a la necesidad inmediata de asegurar la provisión de petróleo del Golfo Pérsico (ya que en ese momento el abastecimiento de esa región no era significativo para EEUU, aunque sí para otras economías del bloque occidental) sino -en opinión del autor- a la necesidad de consolidar su influencia en la etapa de incertidumbre posterior a la finalización de la Guerra Fría, demostrando su voluntad y capacidad de utilizar la fuerza para proteger a sus aliados, de modo de disuadir a cualquier otro potencial agresor antes de implementar la reducción de fuerzas planeada como consecuencia del final de la Guerra Fría.

Capítulo 3: Preparando la respuesta (2 de agosto 1990 al 15 de enero 1991)

Construyendo respaldo

Una vez que EEUU decidió intervenir, su doctrina le exigía definir los objetivos y obtener el adecuado respaldo para la acción. En esta línea, los primeros objetivos expresados por EEUU fueron disuadir el ataque a Arabia Saudita y defenderla si fuera necesario, impedir a Iraq obtener beneficios de la invasión, y liberar a Kuwait en el sentido de obtener el retiro de las tropas de ocupación y restablecer al gobierno desplazado.

Otros objetivos no tan publicitados incluyeron proveer a la estabilidad de la región del Golfo Pérsico mediante la destrucción de la capacidad militar iraquí, la que consideraba desproporcionada para un Estado de la región; crear las condiciones para un cambio de gobierno en Iraq por iniciativa interna; y preservar la influencia de EEUU en la región.

La defensa de Arabia Saudita requirió el despliegue inmediato de tropas, lo que necesitaba autorización del Reino. Para ello, el 6 de agosto de 1990 el Secretario de Defensa Dick Cheney viajó a reunirse con el Rey Fahd, a quien se planteó la situación de riesgo en que se encontraba. Se esperaba que la autorización para el despliegue de tropas extranjeras en su territorio requiriese una larga discusión interna, ya que si rechazaba su despliegue corría el riesgo de ser invadido por Iraq, pero si lo aceptaba podría sufrir un debilitamiento en su autoridad, dando oportunidad a sus detractores en el mundo árabe para acusarlo de someterse a los dictados de Occidente y de contaminar la pureza de su cultura y religión al profanar el que se consideraba territorio sagrado del Islam. Sin embargo, el Rey otorgó la autorización en la misma reunión, aparentemente fundado en el temor al ataque iraquí, al punto que -cuando sus asesores le aconsejaron tomarse un tiempo para decidir- contestó “Los kuwaitíes no se apuraron a decidir, y hoy están todos alojados en nuestros hoteles.” (Schwarzkopf, 1992:354).

Ese mismo día las tropas norteamericanas se pusieron en camino hacia Arabia Saudita, donde comenzaron a llegar a partir del 7 de agosto (“C-Day” o Día de Comienzo), iniciando la operación que más tarde sería bautizada como Escudo del Desierto. El 9 de agosto todos los Estados del Consejo de Cooperación del Golfo dieron su autorización para el ingreso de tropas extranjeras, salvo Qatar que la dio una semana después.

Impedir que Iraq se beneficiara de la invasión a Kuwait requeriría múltiples pasos, pero el primero de ellos sería el bloqueo de fondos de Kuwait en el extranjero, para que no pudieran ser empleados por Iraq sino por el legítimo gobierno de Kuwait en el exilio, representado por el Emir de Kuwait asilado en Arabia Saudita. Ello se logró mediante la intervención del Departamento de Justicia de EEUU respecto a los fondos depositados en ese país y del Departamento del Tesoro de EEUU respecto a los fondos depositados en bancos europeos y asiáticos. Más tarde, a estas medidas seguirían sanciones económicas, implementadas por un estricto bloqueo y seguidas de un devastador ataque contra infraestructura y activos iraquíes.

El respaldo para las acciones necesarias para la liberación de Kuwait requirió mayores esfuerzos que debieron desarrollarse simultáneamente en tres ámbitos. Así (i) en el ámbito internacional se buscó la legitimación dentro del sistema de seguridad de la ONU, (ii) en el ámbito regional se buscó la conformación de una coalición para que las acciones fueran vistas como

un esfuerzo internacional y no un conflicto bilateral de EEUU u Occidente con un Estado árabe, y (iii) en el ámbito interno de EEUU se buscó obtener el apoyo de la población y el congreso norteamericano a través de una intensa campaña de comunicación.

Búsqueda de legitimación jurídica. En el ámbito internacional, EEUU concentró sus esfuerzos en obtener legitimación jurídica para su acción encuadrándola como parte del sistema de seguridad de la ONU, el cual se encuentra organizado en torno a la actuación del CSNU, organismo al que la Carta de las Naciones Unidas encomendó el mantenimiento de la paz y seguridad en el mundo con autoridad para tomar decisiones y obligar a los miembros a cumplirlas.

El CSNU está conformado por quince Estados Miembros, cinco permanentes con derecho de veto: EEUU, UK, URSS, Francia y la República Popular China; y diez no permanentes designados por períodos de dos años y renovados por mitades cada año. En 1990 esos países eran: Costa de Marfil, Zaire, Yemen, Cuba, Rumania, Etiopía, Malasia, Colombia, Canadá y Finlandia, con los cinco últimos reemplazados en 1991 por Zimbabue, India, Ecuador, Austria, y Bélgica.

La decisión del CSNU se toma por votación, siendo necesarios 9 votos para aprobar una resolución. Este mecanismo decisorio del CSNU probó ser de poca utilidad durante la Guerra Fría debido al frecuente empleo del derecho de veto otorgado a los miembros permanentes. Sin embargo, el sistema tuvo un punto de inflexión a mediados de la década de los '80s cuando la URSS cambió su pensamiento bajo la presidencia de Mijail Gorbachov, lo que permitió que los miembros permanentes llegaran a diversos acuerdos a puertas cerradas en forma previa a las reuniones del CSNU (Gutierrez Estrada y otro, 2006:52).

La invasión de Iraq a Kuwait -primera vez desde 1945 en que un Estado miembro de la ONU pretendió hacer desaparecer a otro- hizo pública esta colaboración y permitió una actuación ejemplar del CSNU. Así, el CSNU primero determinó que la conducta de Iraq constituyó un acto de agresión armada contra Kuwait (artículo 39 de la Carta de las Naciones Unidas) disponiendo como medida provisional el retiro de las fuerzas iraquíes (artículo 40). Ante el desacato iraquí, a ello siguió la aplicación de sanciones económicas (artículo 41), seguido de autorización, primero para el uso de la fuerza necesaria para hacer efectivas las sanciones económicas, y posteriormente para utilizar la fuerza mediante “demostraciones, bloqueos y otras operaciones ejecutadas por fuerzas aéreas, navales o terrestres de Miembros de las Naciones Unidas” para lograr que Iraq abandone el territorio kuwaití y restablecer la paz y seguridad internacional en la región (artículo 42).

La colaboración dentro del CSNU y la progresión de medidas pudo observarse a las pocas horas de producida la invasión iraquí a Kuwait, cuando el CSNU se reunió y emitió la Resolución 660 (2.ago.1990) por la cual condena la invasión de Kuwait por Iraq y exige la retirada inmediata e incondicional de las tropas de iraquíes (Yemen no participó en la votación).

A ella siguieron una serie de Resoluciones gestionadas por EEUU, que incluyeron las siguientes resoluciones:

- 661 (6.ago) por la que establece un embargo comercial a Iraq, salvo por la exclusión de suministros médicos y alimentos (con abstención de Cuba y Yemen);
- 662 (9.ago) que rechaza la anexión de Kuwait por el Iraq;

- 664 (18.ago) que exige que Iraq autorice la inmediata partida de nacionales de terceros países de que se encuentren en Kuwait, y se abstenga de cerrar misiones diplomáticas y consulares en Kuwait y cancelar la inmunidad de su personal;
- 665 (25.ago) que autoriza a los Estados Miembros que estaban cooperando con el Gobierno de Kuwait mediante el despliegue de fuerzas marítimas en la región a que utilicen “...las medidas proporcionadas a las circunstancias concretas que sean necesarias, bajo la autoridad del Consejo de Seguridad, para detener a todo el transporte marítimo que entre y salva a fin de inspeccionar y verificar sus cargamentos...” (con abstención de Cuba y Yemen) (el subrayado pertenece al autor);
- 666 (13.sep) que insta al Comité del CSNU a determinar la existencia de circunstancias humanitarias que merezcan atención inmediata (con votos en contra de Cuba y Yemen);
- 667 (16.sep) que condena agresiones contra sedes diplomáticas en Kuwait y exige la liberación inmediata de nacionales extranjeros;
- 669 (24.sep) que encomienda al Comité del CSNU a examinar las peticiones de ayuda humanitaria que fueran recibidas; 670 (25.sep) que confirma que el bloqueo se extiende no sólo a buques sino también a aeronaves (con voto en contra de Cuba);
- 674 (29.oct) que reitera el requerimiento a Iraq que permita la partida de nacionales extranjeros (con la abstención de Cuba y Yemen); y
- 677 (28.nov) que condena el intento de modificar la composición demográfica kuwaití mediante la destrucción de los libros del registro civil.

Finalmente -y contra el consejo británico que consideraba las resoluciones anteriores respaldo suficiente para la acción militar y no veía necesidad de arriesgar una nueva decisión que pudiera limitar su libertad de acción- EEUU propuso una nueva resolución a consideración del CSNU para lanzar un ultimátum a Iraq y autorizar expresamente el uso de la fuerza, lo que el CSNU aprobó el 29 de noviembre de 1990 con votos en contra de Cuba y Yemen y la abstención de China. La decisión documentada en la resolución 678 indica que:

“Autoriza a los Estados Miembros que cooperan con el Gobierno de Kuwait para que, a menos que el Iraq cumpla plenamente para el 15 de enero de 1991 o antes las resoluciones que anteceden..., utilicen todos los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la resolución 660 (1990) y todas las resoluciones pertinentes aprobadas ulteriormente y para reestablecer la paz y la seguridad internacionales en la región.” (el subrayado pertenece al autor).

Esta resolución que autoriza el uso de “todos los medios necesarios” no contiene parámetros para su definición ni exige que se trate de “medidas proporcionadas a las circunstancias concretas” como indicó la resolución 665, por lo que existe un debate sobre el alcance de la autorización, existiendo quienes objetan que ella autorizara al masivo ataque que se produjo sobre territorio iraquí o al ataque de las fuerzas iraquíes en retirada al final de la contienda.

Inmediatamente después de la Resolución 660 del CSNU, el 3 de agosto de 1990 la Liga Árabe celebró una reunión de emergencia en la que instó a una solución entre países árabes, advirtiendo contra la intervención extranjera, la que fue aprobada por 12 votos sobre 20 miembros, con fuerte respaldo de Iraq, Libia, Sudán, Yemen, Jordania y la OLP.

El anuncio de la anexión de Kuwait efectuado el 8 de agosto, con fundamento que el tratado de 1963 por el cual Iraq reconoció a Kuwait no había sido ratificado y por ello no era válido, de alguna manera rompió el mito que los países árabes podían arreglar sus asuntos entre ellos mediante el diálogo, y llevó a que el 10 de agosto la Liga Árabe emitiera un comunicado

condenando la invasión iraquí y apoyando las resoluciones del CSNU. Desde ese momento y hasta la finalización del conflicto, la Liga Árabe quedaría paralizada por las diferencias de opinión entre sus miembros.

Formación de una coalición. En paralelo a construir el respaldo jurídico para la acción dentro del derecho internacional, EEUU comenzó a conformar una coalición para ejecutar las operaciones necesarias para cumplir sus objetivos, presentando su acción ante los países árabes y el mundo como una legítima acción internacional en el marco de la autorización dada por el CSNU y no una imposición imperialista occidental.

Para ello, esta coalición necesitaba incluir todos los Estados árabes del Golfo Pérsico, la mayoría de los demás Estados árabes y la mayor cantidad posible de otros países no alineados. Esta coalición también necesitaba asegurar su flanco oriental asegurando la neutralidad iraní, así como asegurar que no hubiera ninguna intervención de Israel, ya que el histórico enfrentamiento entre árabes e israelíes podría afectar negativamente la participación árabe en la coalición.

Contrario al proceso usual para la formación de alianzas, donde se empieza por alinear las distintas facciones internas, se sigue por sumar los aliados más cercanos y luego se amplía el grupo para sumar apoyos adicionales, el Secretario de Estado James Baker optó por un enfoque distinto. Así, comenzó primero por obtener apoyos externos y recién después buscó la autorización interna del propio pueblo y Congreso de los EEUU, bajo control de la oposición del partido demócrata. En este sentido, el primer paso fue obtener el apoyo institucional de la ONU, de modo de presentar el conflicto como “Iraq contra el resto del mundo”; lo cual fue seguido inmediatamente y en paralelo con el esfuerzo para conformar la coalición; y sólo después siguió el pedido de autorización del Congreso, controlado por el partido de oposición a la Administración Bush Sr. (Harvard Law School, 2020:3).

El Reino Unido y Arabia Saudita tuvieron un rol fundamental en la conformación de la coalición desde sus inicios. El Reino Unido fue el aliado más agresivo, instando a la acción y desplegando fuerzas navales en el Golfo Pérsico a partir del 6 de agosto, incluso antes que los EEUU.

Por su parte, Arabia Saudita cumplió múltiples roles. Además del rol esencial de permitir el acceso de tropas extranjeras en su territorio, tanto para su defensa como para concentrar las fuerzas necesarias para liberar Kuwait, Arabia Saudita tomó el liderazgo político de los Estados del Golfo Pérsico; compartió el liderazgo del resto de los Estados árabes que aceptaban la intervención extranjera para liberar Kuwait convirtiéndose en su portavoz junto con Egipto; tomó el comando de las fuerzas árabes desplegadas en su territorio y compartió el comando de las fuerzas de la coalición con EEUU; y mantuvo la paz interior frente a importantes protestas de diversas facciones tradicionalistas que pretendían que el conflicto se arreglase únicamente entre países árabes sin el ingreso de tropas occidentales al Reino, viendo a dichas tropas como amenazas a la pureza del Islam.

Este último rol requirió una continua comunicación con las fuerzas occidentales, para intentar aislarlas dentro de “ciudades de carpas” e imponerles exigencias tales como prohibir el consumo de alcohol, evitar la presencia pública de mujeres sin velo (aunque estuvieran con uniforme reglamentario) y restringir la celebración pública de misas. También requirió la implementación de fuertes medidas de control por parte del Reino sobre sus propios súbditos, incluyendo la deportación de una significativa cantidad de nacionales y extranjeros, entre los

que se contaron 800.000 yemeníes. Uno de los nacionales expulsados fue Osama bin Laden, quien tomaría esta circunstancia como una razón para justificar las acciones de Al Qaeda contra EEUU que tanto impacto tendrían durante los años siguientes.

Diversos esfuerzos llevaron a conformar la coalición más grande desde el final de la IIGM, que incluyó 39 países: Afganistán, Alemania, Arabia Saudita, Argentina, Australia, Baréin, Bangladesh, Bélgica, Canadá, Corea del Sur, Checoslovaquia, Dinamarca, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Honduras, Hungría, Italia, Kuwait, Marruecos, Nueva Zelanda, Nigeria, Noruega, Omán, Pakistán, Países Bajos, Polonia, Portugal, Qatar, Reino Unido, Senegal, Sierra Leona, Singapur, Siria, Suecia y Turquía.

No todos los miembros de la coalición aportaron tropas con autorización para participar en operaciones ofensivas, pero todo apoyo fue útil para demostrar el carácter internacional del esfuerzo. El grueso de las fuerzas terrestres, aéreas y navales fue provisto por EEUU, superando el medio millón de efectivos. El segundo contingente por número de efectivos fue el de Arabia Saudita atento que comprometió todas sus tropas en defensa de su territorio. Siria -con una fuerte enemistad del presidente Assad con Saddam Hussein después de varios intentos de asesinato- también hizo una fuerte contribución de tropas terrestres, movilizando dos divisiones a su frontera común con Iraq y enviando una división a Arabia Saudita para su despliegue en el asalto a las tropas iraquíes en Kuwait. Egipto -cuyo presidente Mubarak se había sentido personalmente engañado por Saddam Hussein cuando días antes de la invasión le había confirmado que sólo se trataba de un bluff- desplegó dos divisiones con el mismo propósito, además que se convirtió en el centro para los exiliados kuwaitíes, permitiendo que su televisión, radio y periódicos continuaran informando desde El Cairo, fortaleciendo así el apoyo árabe a la coalición.

A estas fuerzas se sumaron significativos contingentes de fuerzas terrestres, aéreas y navales del Reino Unido, Francia, Omán, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Kuwait, todos los cuales desplegaron fuerzas terrestres al sur de Kuwait e Iraq. Afganistán envió 300 mujahidines. Argentina, Australia, Canadá y varios países de Europa Occidental proveyeron fuerzas navales adicionales para tareas de interdicción y escolta. España, Italia, Alemania, Grecia y Turquía proveyeron acceso a bases aéreas y navales fuera del Golfo, mientras Arabia Saudita, Baréin, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos proveyeron acceso a puertos y aeropuertos del Golfo. Países de Europa Oriental: Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania, proveyeron unidades de apoyo no combatientes en las ramas ingenieros, médica, transporte e inteligencia. Otros países árabes y musulmanes proveyeron apoyo logístico y de seguridad.

Israel quiso sumarse a la coalición, pero recibió fuerte presión de EEUU para que no interviniera ni respondiera a ninguna amenaza o agresión de Iraq, ya que cualquier intervención israelí podía generar la salida de los países árabes.

Irán se declaró neutral en este conflicto y recibió beneficios de ambos bandos para mantener dicha neutralidad. Por un lado, a Irán le convenía cualquier conflicto que implicara un desgaste para Iraq. A ello se sumó un acuerdo de paz ofertado por Iraq, por el cual se ratificó la soberanía compartida sobre Shat-el-Arab y se acordó el retiro de tropas iraquíes desplegadas sobre el territorio ocupado en Irán, abandonando las pocas ganancias obtenidas en ocho años de guerra. Por otro lado, su neutralidad le permitió obtener que EEUU levantara sus objeciones a que el Banco Mundial hiciera préstamos a Irán, recibiendo un préstamo por USD 250 millones en febrero de 1991.

Otros países que podrían haber bloqueado la legitimidad de la coalición u opuesto significativos recursos contra su accionar se mantuvieron neutrales. En tal sentido, ni la URSS ni China se sumaron a la coalición, pero se abstuvieron de apoyar materialmente a Iraq o ejercer su derecho de veto contra las resoluciones del CSNU, bien que China se manifestó contra la intervención militar y se abstuvo en la votación de la resolución 678 que la autorizaba.

Muy pocos países respaldaron a Iraq. Jordania mantuvo su frontera abierta para la poca ayuda que pudo obtener Iraq, así como para la salida de refugiados, a cambio de lo cual continuó recibiendo petróleo a precios reducidos de Iraq. Los únicos Estados que se manifestaron en apoyo de Iraq fueron Sudán y Yemen, donde se realizaron manifestaciones populares en su apoyo (Telhami, 1993).

La OLP, antes de la invasión fuertemente respaldada tanto por Iraq como por Kuwait, se pronunció a favor de Iraq con la idea que era preferible buscar una solución interna entre los países árabes, lo que más tarde le valió la pérdida de apoyo de los Estados del Golfo y la expulsión de 400.000 palestinos de Kuwait, llevándolo en 1993 a la necesidad de acordar la paz con Israel (Al-Jazeera, 2009).

EEUU no sólo buscó apoyo político y militar para su objetivo de expulsar las tropas iraquíes de Kuwait, sino también económico. En septiembre de 1990, el Secretario de Estado Baker se embarcó en un viaje por once países para discutir sus contribuciones a la guerra, que fue apodado por la prensa como “the tin cup trip” (y que podría traducirse al español como el viaje para pasar la latita).

El 6 de septiembre se reunió con el Rey Fadh de Arabia Saudita para solicitar la contribución de USD 15.000 millones, la que fue rápidamente concedida sujeto a que Kuwait hiciera un aporte similar. El 7 de septiembre solicitó una contribución por otros USD 15.000 millones al Emir de Kuwait, que también los concedió. Japón y Alemania, impedidos por su constitución de desplegar fuerzas en el exterior, aportaron USD 10.000 millones y USD 6.600 millones respectivamente. Arabia Saudita, que más tarde pagaría un tercio de la suma comprometida con servicios a las tropas desplegadas en su territorio y combustible, también tomó a su cargo reemplazar la producción petrolera kuwaití e iraquí -retirada del mercado por las sanciones económicas- para contener el precio del petróleo, tradicionalmente sensible a los conflictos en Medio Oriente.

El costo de la guerra para la coalición se estima que ascendió a USD 60.000 millones, cuyo saldo -después de las contribuciones indicadas en el párrafo anterior- fue afrontado mayoritariamente por EEUU mediante la aprobación por el Congreso de partidas presupuestarias específicas que no requerían compensación con otros gastos durante el mismo año y difiriendo su pago mediante financiación con deuda pública, en lo que se dio por llamar “guerras de tarjeta de crédito” (Bilmes, 2017). De esta manera, el grueso de la población ignoró el costo de la guerra porque no lo estaba pagando en ese momento mediante la suba de impuestos, como sí lo hizo durante las guerras de Corea (cuando la tasa marginal del impuesto a las ganancias subió al 92%) y Vietnam (cuando la tasa marginal subió hasta el 77%).

Vale notar que EEUU no solicitó ayuda económica a todos los países. Varios países estaban en contra de permitir que EEUU incrementara su influencia en el Golfo Pérsico, pero terminaron cediendo a ofertas de apoyo económico, condonación de deudas o amenazas de bloquear ayuda (Pilger, 2002; Lynch, 2006).

La temprana participación de Egipto y Siria fue determinante en la participación de los demás Estados árabes. Algunos reportes indican que esta participación en la coalición fue debidamente incentivada y recompensada, a punto que Egipto habría recibido entre USD 7.000 y USD 14.000 millones en condonaciones de deuda, mientras que Siria habría obtenido luz verde para atacar la oposición que encontraba en El Líbano y la contribución de cerca de USD 1.000 millones en armamentos americanos canalizados a través de los Estados del Golfo. Por su parte, la URSS habría recibido apoyos económicos por USD 4.000 millones a través de Arabia Saudita.

Métodos similares habrían sido utilizados para obtener apoyo de países que en ese momento tenían un asiento temporario en el CSNU. Así, Zaire habría obtenido condonación de deudas por un monto no determinado y el aporte de equipamiento militar por bloquear convocatorias de Cuba, Yemen y la India en el CSNU.

Zimbabue y Ecuador fueron advertidos del costo de votar en contra de EEUU en el CSNU, y junto con Rumania recibieron luego significativos préstamos del Fondo Monetario Internacional (“FMI”) -donde EEUU tiene el voto definitorio- una vez que votaron a favor de las resoluciones contra Iraq.

Yemen recibió una advertencia similar e igualmente votó en contra de esas mismas resoluciones. En palabras de un diplomático de los EEUU, ello resultó en “el voto negativo más caro que jamás hayan hecho”, ya que al poco tiempo Yemen fue eliminado de un programa de ayuda de EEUU, tuvo problemas con nuevas condiciones requeridas por el FMI para renovar su deuda, y sufrió la expulsión de 800.000 nacionales que estaban trabajando en Arabia Saudita, perdiendo los ingresos provenientes de las remisiones de fondos a familiares.

Y las represalias económicas no se limitaron sólo a miembros no permanentes del CSNU. Por ejemplo, el apoyo de Sudan provocó la negativa al envío humanitario de alimentos a pesar de encontrarse pasando por una situación de hambruna. Las agencias de noticias tenían esta información disponible en aquel momento, pero no fue reportada ya que ello habría bloqueado el otorgamiento de las visas necesarias para ingresar a Arabia Saudita a cubrir las noticias de la guerra.

Iraq hizo varios intentos para prevenir o desarticular la coalición, especialmente intentando vincular su retiro de Kuwait con el retiro de Israel de los territorios ocupados en Palestina, histórica causa común de los pueblos árabes. El 12 de agosto de 1990, pocos días después de anunciar la “fusión” de Iraq y Kuwait, Iraq propuso que todos los casos de ocupaciones territoriales en Medio Oriente se resuelvan juntos: la ocupación de Kuwait por Iraq; de Palestina, Cisjordania y Golán por Israel; del Líbano por Siria; y las ocupaciones mutuas de territorio entre Irán e Iraq. La propuesta también incluía el reemplazo de las fuerzas extranjeras ya desplegadas en Arabia Saudita por tropas árabes -excepto egipcias- y requería el inmediato levantamiento de las sanciones. EEUU se negó a considerar esta propuesta, en el entendimiento que sólo buscaba enturbiar la negociación y demorar el restablecimiento de la soberanía en Kuwait, considerando que el éxito de la coalición dependía de separar este problema del resto de los temas de Medio Oriente, particularmente de la ocupación israelí de Palestina.

El 23 de agosto, Saddam Hussein se presentó en televisión mostrando rehenes occidentales, dando a entender que podrían ser usados como escudo en caso de ataque. Es probable que esta circunstancia haya jugado en su contra en el foro de la opinión pública occidental, dando

lugar a una intensa campaña diplomática para convencer a Iraq de liberarlos, lo que ocurrió el 6 de diciembre de ese año.

En este proceso, la URSS intentó buscar una solución diplomática que preservara a su principal aliado en el Golfo, para lo cual designó a Yevgeny Primakov, quien mantuvo contactos directos con Saddam Hussein y funcionarios de primera línea de la administración Bush Sr. intentando encontrar una solución que evitara la guerra. En ese marco, una de las propuestas presentadas por el régimen de Bagdad fue la oferta de retirarse de Kuwait a cambio de la posibilidad de utilizar las islas kuwaitíes de Bubiyan y Warbah que bloqueaban el acceso iraquí al Golfo Pérsico, obtener completo control del campo petrolero de Rumaila que se extendía levemente dentro de suelo kuwaití, y celebrar un acuerdo petrolero con EEUU que atendiera sus preocupaciones de seguridad y la necesidad de aliviar los problemas económicos de Iraq. Las conversaciones siguieron incluso después que el CSNU emitió la resolución 678 (29.nov.1990) dando el ultimátum para que Iraq se retirara de Kuwait antes del 15 de enero de 1991.

A principios de enero de 1991, el Secretario de Estado James Baker y el Ministro de Relaciones Exteriores de Iraq, Tarek Aziz, se reunieron en Ginebra con el publicitado objetivo de realizar negociaciones de último minuto para evitar la guerra, pero sin éxito.

La insistencia de EEUU en la retirada de las fuerzas iraquíes de Kuwait sin concesiones que pudieran verse como un beneficio para el régimen de Bagdad de su aventura militar y que le permitieran salvar la cara frente a su pueblo o sus vecinos árabes, permite preguntarse si realmente EEUU hizo un esfuerzo serio para obtener una paz negociada.

Existe una postura que niega que EEUU haya hecho un intento honesto de permitir una salida pacífica, en la idea que una retirada incondicional crearía las condiciones para la caída de Saddam Hussein por una rebelión interna, y que mantenerse en Kuwait daría el casus belli adecuado para atacar y destruir la capacidad militar iraquí completa y no sólo la desplegada en Kuwait. Esto último estaría alineado con el objetivo norteamericano de proveer a la estabilidad de la región del Golfo Pérsico mediante la destrucción de la capacidad militar iraquí, la que consideraba desproporcionada para un Estado del Golfo Pérsico. Esta postura que duda que hubiera existido una intención pacífica de EEUU durante las negociaciones podría encontrarse respaldada en los hechos por el furioso ataque aéreo al propio territorio iraquí y los posteriores ataques a las fuerzas iraquíes en retirada, que podrían ser consideradas como efectuadas en exceso de la autorización de la resolución 678 aunque EEUU interpretó que estaban dentro del objetivo de “restablecer la paz y la seguridad internacionales en la región.”

La búsqueda de autorización interna. El tercer ámbito donde la Administración del Presidente Bush Sr. requería obtener respaldo para avanzar con la intervención militar en Kuwait era frente a la opinión pública y el Congreso norteamericano, lo que requería desarrollar una adecuada campaña de comunicación.

Estaba claro que remover las fuerzas iraquíes de Kuwait no sería un asunto a solucionar en pocos días, como fueron las operaciones en Granada (1983) y Panamá (1989). Por el contrario, este objetivo iba a requerir una masiva movilización que no pasaría desapercibida al público norteamericano, que era muy remiso a poner en riesgo la vida de sus soldados en el exterior desde la experiencia sufrida en Vietnam. Y el uso de la fuerza militar en el extranjero requería autorización del Congreso conforme a la Resolución sobre Poderes de Guerra establecida en 1973.

Para obtener este respaldo era necesario desplegar una relevante campaña de prensa destinada a convencer a la opinión pública norteamericana que Saddam Hussein era una fuerza del mal, ignorando el previo apoyo que le había sido prestado por EEUU durante su guerra con Irán, y presentar a Kuwait como una joven democracia que merecía apoyo, ignorando la disolución de su Asamblea Nacional en 1986 y su alineamiento con el bloque soviético.

Esto se logró a través de una campaña de comunicación en la que intervinieron cerca de veinte firmas de relaciones públicas. El diseño y coordinación de la campaña estuvo a cargo de Hill & Knowlton, que en ese momento era la firma de relaciones públicas más grande del mundo, y cuya oficina de Washington se encontraba a cargo de Craig Fuller, anterior jefe de gabinete de Bush Sr. durante su término como vicepresidente de Ronald Reagan.

Estas firmas actuaron para una organización creada a propósito de la invasión iraquí y denominada “Ciudadanos por Kuwait Libre”, que no era más que una pantalla para ocultar el financiamiento por millones de dólares provisto por el gobierno kuwaití en el exilio. Su objetivo era llevar adelante la operación de prensa necesaria para convencer a la opinión pública norteamericana de apoyar la intervención militar, sin haberse registrado como agente de un gobierno extranjero sino hasta después de finalizada la guerra.

Hill & Knowlton tenía aceitados contactos con miembros de los partidos republicano y demócrata y desplegó una gran variedad de técnicas de comunicación y propaganda en favor de su cliente, incluyendo preparar conferencias de prensa mostrando abusos cometidos por tropas iraquíes en Kuwait, distribuir comunicados de prensa y paquetes de información, coordinar entrevistas de prensa para funcionarios kuwaitíes, adaptar la vestimenta y presentación del embajador kuwaití para mejorar su credibilidad ante la audiencia televisiva norteamericana, contactar políticos a todos los niveles, organizar manifestaciones públicas, promover días conmemorativos (día nacional por Kuwait Libre, día nacional de plegaria por Kuwait, día nacional de información estudiantil), producir docenas de videos de propaganda disimulados como noticias periodísticas que fueron alimentados a las cadenas de televisión, editar un libro sobre atrocidades iraquíes para su publicación por Ciudadanos por Kuwait Libre, filtrar a la prensa cartas de rehenes iraquíes, producir un programa de radio desde Arabia Saudita, y distribuir remeras en los campus universitarios con la leyenda “Free Kuwait”.

La campaña incluía la realización de encuestas de opinión diarias para determinar el impacto de las medidas y medir el mensaje más efectivo desde el punto de vista emocional en respaldo de la intervención militar de EEUU en Kuwait, que resultó ser “Saddam Hussein es un loco que ha cometido atrocidades incluso contra su propia gente, tiene tremendo poder para hacer más daño, y necesita ser detenido” (Stauber y Rampton, 1995).

El golpe publicitario definitivo fue dado el 10 de octubre de 1990 con el testimonio de Nayirah, una adolescente kuwaití de 15 años, cuyo apellido se mantuvo en reserva para protección de su familia en Kuwait ocupado. Al presentarse entre lágrimas ante la Junta de Derechos Humanos del Congreso, Nayirah testificó que soldados iraquíes entraron a la sala de incubadoras del hospital al-Assan en Kuwait City que en ese momento albergaba 312 bebés recién nacidos, donde ella vio que los soldados iraquíes “sacaron los bebés de las incubadoras, se llevaron las incubadoras y dejaron los bebés en el suelo para morir”.

Si esta exposición es sospechosamente parecida a la propaganda inglesa respecto a la conducta de los soldados alemanes al inicio de la IGM puede deberse a que la adolescente en cuestión era la hija del embajador kuwaití en EEUU y su presentación fue preparada bajo la

guía y tutela de Hill & Knowlton. Este testimonio fue inicialmente confirmado por Amnesty International, repetido innumerables veces, invocado por el mismo Presidente Bush Sr. y parece haber influido en la decisión del Congreso el 12 de enero de 1991 autorizando el uso de la fuerza militar norteamericana en Kuwait, tomada en el Senado por un escaso margen de 52 votos contra 47, cuando el 48% de la opinión pública americana se pronunciaba contra la guerra.

Aunque más tarde se conoció la filiación de Nayirah y se probó que el testimonio había sido falso, generando una embarazosa retractación pública de Amnesty International, lo cierto es que esa información llegó tarde para impedir las hostilidades. La escandalosa mentira no tuvo consecuencias para los involucrados, ya que la exposición no fue hecha ante un Comité del Congreso donde el falso testimonio hubiera sido un delito, sino ante una organización privada compuesta por políticos en funciones que se reunían con la apariencia de ciertas formalidades, pero sin tomar -ni tener autoridad para tomar- declaraciones bajo juramento. Los legisladores que presidieron la Junta, Tom Lantos -demócrata de California- y John Porter -repúblicano de Illinois- también presidían la Fundación de Derechos Humanos del Congreso, otra entidad que tenía su domicilio en la oficina de Washington de Hill & Knowlton (MacArthur, 1992).

Desplegando fuerzas

En paralelo a la construcción del respaldo para su intervención en la liberación de Kuwait, una vez tomada la decisión de defender a Arabia Saudita y obtenida su autorización para desplegar tropas en el territorio del Reino, EEUU comenzó el traslado y despliegue de sus fuerzas bajo la operación llamada Escudo del Desierto. Inicialmente, EEUU manifestó que este despliegue tenía una finalidad “completamente defensiva” destinada a disuadir a Iraq de continuar una posible ofensiva hacia Arabia Saudita, seguida de la defensa del Reino si la disuasión fracasaba, aunque pronto comenzó a analizar las posibilidades ofensivas para restaurar el gobierno en Kuwait.

Las primeras fuerzas de EEUU llegaron a Arabia Saudita el 7 de agosto de 1990 y fueron aviones F-15 de la 1° Ala de Caza trasladados desde la base aérea Langley, que inmediatamente comenzaron a volar patrullas aéreas.

El 8 de agosto arribó la brigada de reacción rápida de la 82° División Aerotransportada, que se desplegó en Riad para proteger a la familia real y en los puertos del Golfo para preservar sus vías de aprovisionamiento abiertas. Estas fuerzas fueron la manifestación física de lo que Bush Sr. anunció el mismo día como “una línea en la arena” para preservar la soberanía saudita y la libertad económica estadounidense; aunque los soldados allí destinados consideraron su despliegue más bien como meros lomos de burro (“speed bumps”) para reducir la velocidad del avance iraquí en caso de que decidiera invadir Arabia Saudita.

Gracias al pre-posicionamiento de buques y equipos en las bases de Diego García y Guam, el 13 de agosto EEUU pudo desplegar una división de Marines con equipamiento pesado, en soporte de las fuerzas livianas desplegadas la semana anterior.

De allí en más, la movilización de fuerzas continuaría hasta alcanzar 956.000 efectivos en toda la coalición. De esa cantidad, EEUU movilizó 697.000 efectivos, llegando en su punto de mayor compromiso a tener 539.000 efectivos desplegados simultáneamente en el Golfo Pérsico, de los cuales 303.500 pertenecían al Ejército (Institute of Land Warfare, 1991).

El abastecimiento por vía marítima requirió el despliegue de fuerzas navales con la misión inmediata de asegurar el dominio marítimo para permitir el arribo a Arabia Saudita del equipamiento militar pesado necesario para disuadir a Iraq, defender Arabia Saudita y liberar Kuwait.

La Armada de los EEUU contaba con una pequeña base en Baréin desde 1971 -año en que el país declaró su independencia- que fue de utilidad para mantener la presencia americana en el Golfo y coordinar operaciones durante la “guerra de los petroleros” a finales de la Guerra entre Irán e Iraq en 1987 y 1988. Si bien allí se mantenía un pequeño contingente de buques, éste sería inmediatamente reforzado el 8 de agosto de 1990 con el despliegue de fuerzas adicionales organizadas en torno de los portaviones USS Eisenhower y USS Independence, las que serían aumentadas posteriormente con fuerzas adicionales de EEUU y varios otros países de la coalición, incluyendo a la Argentina.

Estas fuerzas navales fueron las primeras en completar acciones bélicas ya durante la operación Escudo del Desierto, incluyendo la interdicción del tráfico mercantil entrante y saliente de Iraq en cumplimiento del bloqueo dispuesto por la resolución 665 del CSNU y la escolta de convoyes para su protección ante diversas amenazas, especialmente minas de deriva⁽³⁾.

Las fuerzas de la coalición se desplegaron en una región del globo cuya responsabilidad en el diseño estratégico norteamericano correspondía al Comando Central (“CentCom”) de las fuerzas armadas de los EEUU. Esta región fue creada en 1982 a partir de parte de las regiones asignadas al Comando de Europa y al Comando del Pacífico.

Desde 1988 CentCom se encontraba al mando del General H. Norman Schwarzkopf. En 1989, ante el debilitamiento de la URSS, Schwarzkopf consideró que la principal hipótesis de conflicto en la región: un ataque soviético al Golfo Pérsico a través de los montes Zagros en Irán, ya no era razonable y por ello decidió efectuar una revisión general de contingencias para la región y enfocar los esfuerzos de planeamiento en aquella que parecía más plausible: un cambio de gobierno en Iraq que decide invadir Kuwait.

El borrador de este plan se puso a prueba en un ejercicio interno realizado en julio de 1990, donde fue necesario aclarar a los equipos qué mensajes correspondían al ejercicio y qué mensajes correspondían a la crisis real que se estaba monitoreando en ese mismo momento. Si bien el borrador del plan de contingencia nunca completó el proceso de aprobación por el Pentágono, este documento inicial proveyó los cálculos logísticos y operativos necesarios para movilizar las fuerzas, estimando que se necesitarían tres meses para asegurar la defensa de Arabia Saudita y ocho a diez meses para desplegar las fuerzas para derrotar las fuerzas iraquíes en Kuwait.

³ - En conversación del autor en julio de 2021 con el CL(R) Máximo Pérez León Barreto, quien se desempeñó como jefe de operaciones de la corbeta ARA Spiro al momento de su despliegue por la Armada Argentina durante la Guerra del Golfo, éste expresó que las misiones de los buques argentinos durante la operación Escudo del Desierto fueron de intercepción de buques mercantes aguas afuera del Golfo Pérsico, mientras que durante la operación Tormenta del Desierto se desempeñaron como escolta de convoyes dentro del Golfo Pérsico.

En la conversación ya referida del autor con el CN(R) Sergio Bazán, éste expresó que las tareas de escolta eran particularmente peligrosas por la presencia de minas de deriva semisumergidas, que eran una amenaza constante. Tareas de desminado posteriores a la guerra neutralizaron aproximadamente 3.000 minas de deriva. Otra fuente de incertidumbre era la gran cantidad de pequeños buques tipo dhow, embarcaciones de madera muy ágiles y numerosas en el Golfo Pérsico, donde se utilizan para el transporte de mercaderías. Estas embarcaciones mantienen un tráfico muy desordenado que podía esconder amenazas para los convoyes de la coalición.

Aparte del despliegue de las unidades de reacción rápida, uno de los primeros despliegues a la región fueron elementos de comando y de comunicaciones. El elemento de comando tenía la misión de definir la organización y relaciones de mando, iniciar el planeamiento combinado, asistir en la recepción de fuerzas de la coalición y monitorear su despliegue, integrar las fuerzas de terceros países en el despliegue y coordinar las intercepciones marítimas, que fueron el primer signo visible de la unidad internacional contra Iraq con la participación de 19 países.

El elemento de comunicaciones no fue tan visible, pero fue esencial para la coordinación, llegando a integrar todos los sistemas de comunicaciones de las fuerzas de la coalición, tal que en el momento más demandante de las operaciones manejó cerca de 700.000 llamados y 152.000 mensajes por día, además de administrar y monitorear 30.000 frecuencias de radio, con la significativa ayuda de efectivos de EEUU asignados a las fuerzas de distintos países para realizar tareas de enlace. A entender de CentCom estos elementos de comando y comunicaciones fueron esenciales para identificar y resolver problemas a través de todas las áreas funcionales, especialmente al permitir rápido acceso a los decisores norteamericanos y sauditas.

Posicionar las fuerzas norteamericanas en Arabia Saudita planteó un desafío logístico supremo, tanto para el transporte y distribución de material a las unidades (equipos, municiones, repuestos, combustible y lubricantes) como individuos (agua, comida, vestimenta, equipos de protección), y para la prestación de servicios requeridos para posibilitar su operación (comunicaciones, mantenimiento y reparación de equipos, campamentos, servicios sanitarios, ocio, tratamiento médico, correo y la posibilidad de continuar su entrenamiento).

Si bien una cantidad de material y servicios fueron prestados por Arabia Saudita en carácter de país anfitrión, tal como la totalidad del combustible (para lo cual tuvo que poner en operaciones refinerías que habían cesado operaciones años anteriores debido a la baja del precio del petróleo) y servicios de alimentación y campamentos (para lo que empleó las carpas utilizadas para albergar la tradicional peregrinación anual a La Meca), la gran mayoría del material y la totalidad del personal debió ser transportado al teatro de operaciones.

El grueso del equipo fue trasladado por vía marítima con tiempos de viaje de dos a tres semanas según el buque, mientras que la mayoría del personal fue transportado por vía aérea con tiempos de viaje de dos días. Ello requirió un sistema de gestión que pudiera manejar un itinerario individual para cada persona y pieza de equipo para recorrer los más de 10.000 kilómetros de distancia al Golfo Pérsico por separado y reunirse nuevamente en destino, desde donde serían desplegados a sus posiciones.

La magnitud de la tarea excedió las capacidades de las fuerzas regulares de los EEUU, por lo que se debieron activar las reservas tanto de transporte civil como militares. El 10 de agosto se activó la Ready Reserve Fleet (“RRF” o flota de reserva preparada), el 18 de agosto se activó la Civil Reserve Air Fleet (“CRAF” o flota de reserva aérea civil), y el 22 de agosto se movilizaron ciertas unidades de la Guardia Nacional. Además de ello se necesitó la contratación de buques comerciales para poder completar la movilización en tiempo oportuno.

Sólo considerando las fuerzas del Ejército de EEUU (y no las demás fuerzas) ello implicó el traslado de 295.000 efectivos y 2,3 millones de toneladas de carga en seis meses. En magnitudes, esto representaba casi dos veces el personal y material trasladado a Vietnam en el mismo período en 1965 (Institute of Land Warfare, 1991). El plan de contingencia estimaba

necesitar tres meses para asegurar la defensa de Arabia Saudita, pero el esfuerzo logístico permitió que ya a mediados de septiembre de 1990, Schwarzkopf pudiera confirmar el cumplimiento de este objetivo a su línea de mando: General Powell, Jefe del Estado Mayor Conjunto, quien se ocupó de transmitir la novedad al Secretario de Defensa Dick Cheney y al Presidente George H.W. Bush.

Y el desafío logístico no concluyó con la reunión de las tropas y sus equipos en Arabia Saudita, sino que el apoyo durante su despliegue y entrenamiento requirió otro esfuerzo mayúsculo para su abastecimiento, que requerían la distribución por día de un millón de raciones, 45 millones de litros de agua, 96 millones de litros de combustible y 12 millones de toneladas de otros insumos. Todo ello a lo largo de treinta rutas que atravesaban casi 5.000 kilómetros de desierto.

El número de tropas occidentales desplegadas en territorio de Arabia Saudita presentó una cantidad de dificultades a todos los niveles en el propio teatro. A nivel de comando, debieron ponerse de acuerdo en quién ejercería el mando general, acordándose un comando compartido donde Schwarzkopf tendría el comando de las fuerzas occidentales y el General Príncipe Khalid bin Sultan al-Saud, sobrino del Rey Fadh, tendría el comando de las fuerzas árabes, aunque con derecho de veto norteamericano.

Esto afectaba la unidad del mando y requirió ciertos compromisos. Por ejemplo, en la organización de la defensa del Reino, el mando norteamericano prefería una defensa en profundidad, cambiando espacio por tiempo, estableciendo pocas fuerzas adelantadas cuya misión era canalizar cualquier penetración hacia zonas predeterminadas donde realizar contrataques; mientras que el mando árabe quería montar una defensa en la frontera para impedir cualquier ingreso al territorio saudita, lo que llevó al despliegue adelantado de las fuerzas árabes cerca de la frontera con Kuwait y el despliegue retrasado de las fuerzas norteamericanas, cerca de las ciudades árabes.

El despliegue de las tropas norteamericanas también mostró algunas fallas en el estado de preparación previo al combate no pudieron ser corregidas a tiempo, como fue el caso de los servicios de mantenimiento del helicóptero Apache (que obligó a cesar su uso en cualquier otro teatro del mundo para concentrar insumos y repuestos en el Golfo), el adecuado despliegue de servicios médicos (aunque la menor cantidad de bajas a la esperada redujo su necesidad) y la necesidad de alojar oficiales y tropas fuera de las ciudades sauditas, tanto para evitar roces con la población local como para evitar el riesgo de ataques terroristas, particularmente contra los oficiales que se alojaban en hoteles.

A ello se sumaron multitud de cuestiones de planeamiento y operativas -tales como determinar qué unidades de qué Estados participarían en qué acciones y cómo coordinarían sus comunicaciones y esfuerzos, coordinar de tareas con contratistas civiles, inteligencia a distribuir a pequeñas unidades- generaron innumerables discusiones.

Las tropas desplegadas en defensa del Reino tomaron posiciones defensivas al sur de Kuwait, bloqueando un potencial avance iraquí imaginado en dos líneas, la primera hacia Dammam, el mayor puerto saudita en el Golfo Pérsico y centro de su industria petrolera; y la segunda hacia la ciudad militar King Khalid que una vez rebasada permitiría llegar a la capital Riad (Schwarzkopf, 1992:385).

Sin embargo, para el 21 de agosto ya era aparente que las fuerzas iraquíes no estaban preparándose para continuar la ofensiva, sino que estaban preparando posiciones para defender su ocupación de Kuwait.

Aunque no se han encontrado planes escritos para la defensa iraquí del territorio ocupado en Kuwait, esta defensa estaba organizada conforme la doctrina soviética y estructurada en tres cinturones. El primer cinturón estaba formado con unidades de infantería liviana atrincherada en posiciones preparadas y rodeadas de obstáculos, con soporte de artillería, y cuya misión era reducir la velocidad de avance y canalizar el ataque hacia ciertos puntos preparados en el interior. El segundo cinturón debía realizar contrataques para desgastar el ataque y definir su punto de mayor esfuerzo. Y el tercer cinturón, a cargo de las fuerzas móviles acorazadas de la Guardia Republicana, tenía a cargo buscar un choque frontal para destruir la fuerza enemiga y -si no lograba detener su avance o disuadirlo por la cantidad de bajas- dar tiempo a las demás unidades que no hubieran entrado en combate para retirarse con sus equipos.

En cuanto a la defensa de la Ciudad de Kuwait, las fuerzas iraquíes estaban desplegadas para rechazar un desembarco anfibio y para atrincherarse dentro de la ciudad, donde se esperaba librar una batalla casa por casa donde infligir significativas bajas y dañar la infraestructura petrolera de Kuwait antes de retirarse con el resto de las fuerzas iraquíes.

Una retirada con el equipamiento indemne, después de haber enfrentado a EEUU, hubiera convertido una derrota táctica en una victoria moral, fortaleciendo el propósito de Saddam Hussein de competir por el liderazgo del mundo árabe. Para desgracia de las fuerzas y el pueblo iraquí, este plan fue preparado en función de la experiencia recogida por las fuerzas iraquíes en su guerra con Irán, lo que finalmente resultó en otro ejemplo del clásico error de prepararse para pelear la guerra anterior en lugar de la próxima.

En paralelo con el transporte y despliegue de las fuerzas a Arabia Saudita, un equipo de la Fuerza Aérea liderado por el Coronel John Warden diseñó una campaña aérea de represalia contra Iraq basado en un concepto de bombardeo de precisión, denominada Instant Thunder (“trueno instantáneo”). Warden había desarrollado la teoría que los Estados organizaban sus esfuerzos militares en círculos concéntricos, con su liderazgo protegido en el centro, un segundo círculo compuesto por la infraestructura material que sustenta su fuerza, seguido de un tercer círculo con la infraestructura de comunicación y movimientos, un cuarto círculo compuesto por la población, y el quinto círculo compuesto por las fuerzas armadas que protegen a los demás. Este plan fue presentado a Schwarzkopf el 16 de agosto junto con una larga lista de blancos enfocados en los tres círculos interiores.

De la reunión resultó un plan ofensivo de cuatro puntos, iniciando con Instant Thunder, seguido por la supresión de las defensas aéreas sobre Kuwait (más difíciles de atacar porque eran móviles), por el desgaste de la fuerza terrestre en Kuwait, y por un ataque terrestre que estaba pendiente de planificación. El plan de ataque aéreo fue presentado al jefe del componente aéreo de CentCom, General Charles Horner, quien ayudó a refinarlo agregando un extenso listado de blancos en el anillo exterior militar, considerando los centros de gravedad iraquíes: el liderazgo y comando y control (que había que silenciar interrumpiendo las comunicaciones), las armas de destrucción masiva, los misiles balísticos y la Guardia Republicana.

Schwarzkopf insistió en dar a esta operación un nombre diferente a Escudo del Desierto, en parte para trazar una línea psicológica que dificultara que le ordenaran pasar a la ofensiva con las fuerzas y planes meramente defensivos, sugiriendo el nombre Tormenta del Desierto.

Igualmente debió establecer un equipo separado para hacer un primer intento de diseñar el ataque terrestre con las fuerzas disponibles para la defensa, llegándose a la conclusión que sólo tendría posibilidades de éxito a través de un ataque casi frontal en varios puntos de la línea defensiva iraquí, lo que aseguraba numerosas bajas propias. En estas condiciones Schwarzkopf indicó que no podría obtener los objetivos planteados con los medios disponibles para la defensa.

Un plan alternativo mostraba la posibilidad de reducir el número estimado de bajas incorporando fuerzas adicionales en línea con la doctrina Weinberger. Para finales de octubre el Presidente Bush Sr. decidió recuperar Kuwait por la fuerza, ordenando el refuerzo de CentCom con el despliegue del VII Cuerpo de Ejército proveniente del Comando Europeo, tal que asegurase tener la fuerza necesaria para el asalto a Kuwait.

El plan de la campaña terrestre que en definitiva se aprobó buscaba no sólo recuperar Kuwait sino también destruir a la Guardia Republicana, lo que se intentaría lograr mediante un ataque en tres puntos.

El XVIII Cuerpo de Ejército -de mayor movilidad, basado en la 82° y 101° divisiones aerotransportadas y 24° mecanizada, reforzadas por una división acorazada británica y otra francesa- se desplegaría al oeste, más allá de la concentración de tropas iraquíes, desde donde lanzaría un ataque envolvente, avanzando hacia el norte para rodear el grueso de las tropas iraquíes y lanzarse hacia el este para cortar la retirada de la Guardia Republicana, en lo que se llamó el “gancho de izquierda”.

En el centro, al sur de Kuwait, se desplegaría el VII Cuerpo de Ejército, que pudo ser retirado de Europa merced a la reducción de la amenaza soviética. Este cuerpo de ejército comenzó a llegar a Arabia Saudita a partir de diciembre de 1990, con la totalidad de sus cinco divisiones acorazadas -incluyendo una división británica- con las que lanzaría un ataque de ruptura para destruir el esfuerzo principal de la defensa, con el objetivo de penetrar la línea defensiva iraquí por un punto y desbordarlo hasta atacar a la Guardia Republicana.

Más al este estaría el Cuerpo de Ejército compuesto por las fuerzas panárabes bajo mando saudita, que contaba con sus propias fuerzas, reforzadas por dos divisiones egipcias y otra siria, las tropas de los demás estados del Golfo y los sobrevivientes de las fuerzas kuwaitíes, cuya misión era lanzar un ataque para aferrar las fuerzas iraquíes e impedir su apoyo al esfuerzo principal de la defensa. Penetrada la defensa por el VII Cuerpo, el siguiente objetivo de las fuerzas panárabes sería liberar la ciudad de Kuwait. Estas fuerzas árabes estaban reforzadas por la Fuerza Expedicionaria de Marines, cuyo objetivo era forzar el paso entre las unidades iraquíes y asegurar los campos petroleros.

A estos tres ejes de esfuerzo se sumaría una distracción mediante el despliegue de una flota con capacidades anfibas al este de Kuwait, tornando creíble la amenaza de desembarco y contribuyendo a fijar fuerzas terrestres iraquíes en la costa para prevenirlo.

En este contexto, el 15 de enero de 1991 venció el plazo otorgado por la resolución 678 del CSNU para que Iraq retire sus fuerzas de Kuwait.

Conclusiones del capítulo

En este capítulo se describieron los pasos tomados por EEUU y Arabia Saudita para preparar la respuesta, incluyendo el despliegue de fuerzas en territorio saudita en la operación conocida como Escudo del Desierto, los esfuerzos diplomáticos para obtener un retiro de las tropas iraquíes de Kuwait, los pasos dados ante el CSNU para obtener legitimación jurídica para la acción, las negociaciones para conformar la coalición para enfrentar a Iraq, y la campaña de prensa ante el público y Congreso estadounidense para obtener autorización para involucrarse en una guerra en el exterior.

En el capítulo anterior vimos que la Administración Bush Sr. tomó rápidamente la decisión de concurrir en defensa de Arabia Saudita, pero esta decisión no hubiera podido implementarse de la manera en que se hizo si Arabia Saudita no la acompañaba con su autorización para desplegar tropas extranjeras en el territorio del reino.

Frente a la amenaza presentada por las fuerzas iraquíes desplegadas en la frontera con Kuwait, que las fuerzas sauditas no tenían chances de detener si decidían continuar su marcha hacia el sur, Arabia Saudita tenía un menú de alternativas que incluía la posibilidad de ceder a los reclamos iraquíes de condonación de deuda y ayuda financiera, la respuesta militar defensiva sólo con recursos propios, sumar también recursos aportados por otras naciones árabes, o incluir también recursos aportados por EEUU y otras potencias occidentales, con el riesgo que ello generase severas reacciones de la población en contra del ingreso de extranjeros a la tierra sagrada del Islam poniendo en peligro la continuidad de la dinastía.

En este contexto, la inmediata autorización para desplegar tropas estadounidenses en territorio del reino dada por el Rey Fadh sin demora ante el primer requerimiento estadounidense fue juzgada por el General Schwarzkopf en sus memorias (1992:354) como “una de las más valientes decisiones que jamás presencié.”

Con esta decisión Arabia Saudita tomó el rol de ser el objetivo inmediato a defender ante la amenaza iraquí, así como el primer actor de la respuesta a Iraq al otorgar asilo al gobierno kuwaití en exilio y admitir la ayuda de EEUU para la defensa de su territorio.

Al autorizar el inmediato ingreso y despliegue de tropas extranjeras al Reino, Arabia Saudita se tornó en la pieza clave para la recuperación de Kuwait, convirtiéndose en la nación anfitriona para la concentración y despliegue de las fuerzas multinacionales a emplear en la liberación de Kuwait. Otro rol relevante asumido en forma inmediata por Arabia Saudita consistió en reemplazar la producción petrolera de Kuwait e Iraq, retirada del mercado por las sanciones económicas, de modo de contener y estabilizar su precio.

El período comprendido entre la invasión de Kuwait y las acciones ofensivas para recuperar el territorio de manos de las fuerzas ocupantes fue testigo de una intensa actividad preparatoria. Parte de los esfuerzos se desarrollaron ante el CSNU, donde las continuas gestiones de EEUU, la conformidad soviética y la aquiescencia china le permitieron obtener una serie de resoluciones que dieron sustento jurídico a las medidas tomadas contra Iraq y devolvieron a este organismo el rol de garante de la seguridad internacional atribuido por la Carta de las Naciones Unidas, devolviendo la esperanza en la actuación multilateral, lo que duraría al menos durante la siguiente década.

Otra parte de los esfuerzos se orientaron a la conformación de una coalición que dejara claro que la reacción contra Iraq era internacional, resultando en la coalición más numerosa desde la IIGM y en la que participó Argentina.

Arabia Saudita tomó un rol preponderante en gestionar la participación de los países árabes, divididos en su apoyo a Iraq o Kuwait, administrando la participación de sus aliados y tomando medidas para aislar a aquellos decantados por el apoyo a Iraq.

Este rol de gestor de los apoyos árabes llevó a que Arabia Saudita comandara las operaciones defensivas y ofensivas del componente de las fuerzas panárabes de la coalición, a la que aportó sus propias fuerzas y un significativo financiamiento, que se sumó al de Kuwait (beneficiario directo de los esfuerzos por retomar su territorio), Japón y Alemania (dos de los principales consumidores del petróleo del Golfo Pérsico).

Sanciones y recompensas no estuvieron ausentes de los esfuerzos diplomáticos, con significativos aportes o condonaciones de deuda para aquellos países que respaldaron a la coalición y severas consecuencias financieras para quienes se opusieron.

En particular, Israel e Irán merecieron especiales esfuerzos para asegurar su neutralidad. En el primer caso porque cualquier reacción que tuviera -incluso en respuesta a las reiteradas provocaciones de Iraq- podría deshacer la coalición, atento la animosidad árabe en relación a la cuestión palestina. Y en el caso de Irán porque su apoyo a Iraq hubiera permitido realizar ataques al flanco y retaguardia naval de la coalición, creando serios costos e impedimentos al despliegue de fuerzas, lo que justificó una distensión temporaria de las relaciones de EEUU y Arabia Saudita con Irán.

La férrea insistencia de EEUU en el retiro iraquí de Kuwait sin concesiones permite preguntarse si hubo un esfuerzo serio de llegar a una paz negociada, ya que una retirada incondicional hubiera puesto en riesgo la estabilidad interna del gobierno iraquí. Los hechos posteriores parecen mostrar intransigencia, aunque el comentario atribuido a la embajadora Glaspie en cuanto a que “obviamente no pensé, y nadie más pensó, que los iraquíes iban a tomar todo Kuwait” (Sciolino, 1990) (el subrayado es del autor) dan lugar a preguntarse si no hubiera sido aceptable para EEUU una solución diplomática a partir de una retirada parcial, limitándose Iraq a ocupar únicamente una porción de Kuwait.

Los frentes internos de Arabia Saudita y EEUU también requirieron significativa atención. Arabia Saudita era uno de los países más cerrados del globo, celosa de la pureza de su identidad cultural y religiosa, que se veía amenazada por la presencia de tropas extranjeras, lo que requirió continuas gestiones para evitar fricciones que pudieran desestabilizar la monarquía saudita.

En el frente de EEUU resultó esencial desplegar una campaña de prensa -cuyo financiamiento corrió por cuenta de Kuwait pero que no pudo haber sido realizada sin el consentimiento de la Administración Bush- para lograr el apoyo de la opinión pública y la autorización del Congreso, lo que fue logrado merced a diversos mecanismos que incluyeron testimonios falaces. Ello confirmó dicho atribuido a un discurso pronunciado por el Senador Hiram Johnson en 1918 (Keyes, 2006:228) en cuanto a que “la primera víctima de una guerra es la verdad”, que no es más que una variante del famoso dicho de Otto von Bismarck respecto a que “la gente nunca miente tanto como después de una cacería, durante una guerra o antes de una elección”.

En paralelo a las gestiones diplomáticas, EEUU implementó la operación Escudo del Desierto llevando adelante una proeza logística para desplegar más de medio millón de efectivos, con sus equipos y suministros, al otro lado del mundo en un tiempo récord, manteniendo la organización necesaria para mantener su efectividad de combate y coordinar sus acciones con las demás fuerzas desplegadas en el teatro.

Capítulo 4: Implementando la respuesta

(Enero y Febrero 1991)

El plan de la coalición estaba diseñado para obtener una victoria rápida y con daños mínimos para sus fuerzas, basado en el concepto de la batalla aeroterrestre aprovechando la fuerza aérea para realizar ataques en profundidad y aplicando una fuerza abrumadora sobre objetivos claramente definidos.

El grueso de las operaciones ofensivas estuvo a cargo de tropas norteamericanas y británicas, aprovechando el mismo idioma y similar entrenamiento para fortalecer la coordinación de sus acciones, minimizando demoras y errores.

El plan ofensivo tomó en cuenta la necesidad política de dar una significativa participación a las fuerzas árabes, como requisito para mantener la imagen de un esfuerzo internacional, necesario para conservar unida la coalición. A estas fuerzas árabes se asignó el objetivo de liberar la Ciudad de Kuwait, desplegando una fuerza considerable de Marines a un objetivo cercano: ocupar los campos petrolíferos, del cual podían moverse rápidamente para asistir a las fuerzas árabes en caso de necesidad.

Otro elemento que justificó que EEUU tomara a su cargo la mayoría de las operaciones de combate fue su inmensa ventaja tecnológica, desarrollada a partir del rearme iniciado en los '80s por iniciativa de la Administración del presidente Reagan.

Si bien en esta guerra no existió asimetría en el sentido clásico de la palabra, que enfoca en cantidad de efectivos y equipos, sí existió una marcada asimetría a favor de EEUU en la calidad de los equipos, tecnologías de información, y los métodos, organización y entrenamiento de las tropas que la convirtió en el paradigma de la guerra convencional moderna posterior a la Guerra Fría.

Ello no quiere decir que Iraq careciera de ventajas. Por el contrario, Iraq tenía una significativa cantidad de tropas entrenadas y fogueadas, cercanía a sus bases y cortas líneas de abastecimiento, tolerancia de su sociedad a las bajas, y tiempo para establecer posiciones defensivas. Pero esto no fue suficiente frente a la ventaja organizacional y tecnológica norteamericana, que desplegó dos décadas de avances técnicos desarrollados mayormente para enfrentar a las fuerzas del bloque soviético.

Otra preocupación relevante durante la respuesta militar fue el control del flujo de información pública, del que podía depender el apoyo de la opinión pública norteamericana o de la comunidad internacional a la continuidad de las operaciones.

Mantener cerrado el flujo de información no se consideraba factible, tanto por restricciones políticas (se acusaba a Iraq de atentar contra la libertad de prensa, por lo que no podía emplearse la misma herramienta) como estratégicas (se abandonaría el campo informativo a que otros actores reportaran la campaña fuera del control estadounidense). Permitir la presencia de la prensa sin limitaciones había probado ser peligroso, sea por influenciar la opinión pública interna o internacional en contra de los propios objetivos (por ejemplo: cuando mostró cuerpos o abusos americanos en Vietnam) o violar seguridad operacional al proveer inteligencia al

enemigo (por ejemplo: cuando informaron que las bombas argentinas no explotaban en los buques británicos durante la Guerra de Malvinas).

Si bien CentCom considera que hubo una cantidad de violaciones a la seguridad operativa, mayormente al informar la ubicación de las unidades, preparación y capacidades, en retrospectiva puede verse que el problema de mantener bajo control los 1.600 periodistas desplegados en el teatro de operaciones se atendió mediante un plan para el control de la prensa basado en tres puntos.

El primero era que todo reportero necesitaba visa para ingresar a Arabia Saudita, la cual era consistentemente denegada y sólo podía obtenerse a través de la intervención de la oficina de prensa de las fuerzas armadas de EEUU, con la certeza que sería revocada en caso de que el reportero o la cadena incumpliera ciertas reglas.

El segundo punto era que los reporteros debían ser asignados a una unidad y escoltados en forma permanente para su protección y evitar contacto con la población local según solicitud saudita, lo que también servía para limitar su libre circulación y contacto.

Y el tercer punto consistió en compartir imágenes espectaculares obtenidas directamente por las fuerzas militares e imposibles de conseguir de otras fuentes, tal como las grabaciones de las cámaras de los bombarderos, lo que desplazaba la atención del público de otros reportes.

Todo esto permitió el reporte desde el frente en tiempo real, permitiendo dirigir la atención en forma selectiva a los éxitos (por ejemplo: la habilidad para realizar bombardeos de precisión) y desviarla de temas que hubieran podido resultar problemáticos (por ejemplo: los daños colaterales a la población civil) generando en la opinión pública una sensación intermedia entre la información y el entretenimiento, que llevó a que esta guerra fuera apodada video game war (guerra de video juego).

La campaña aérea

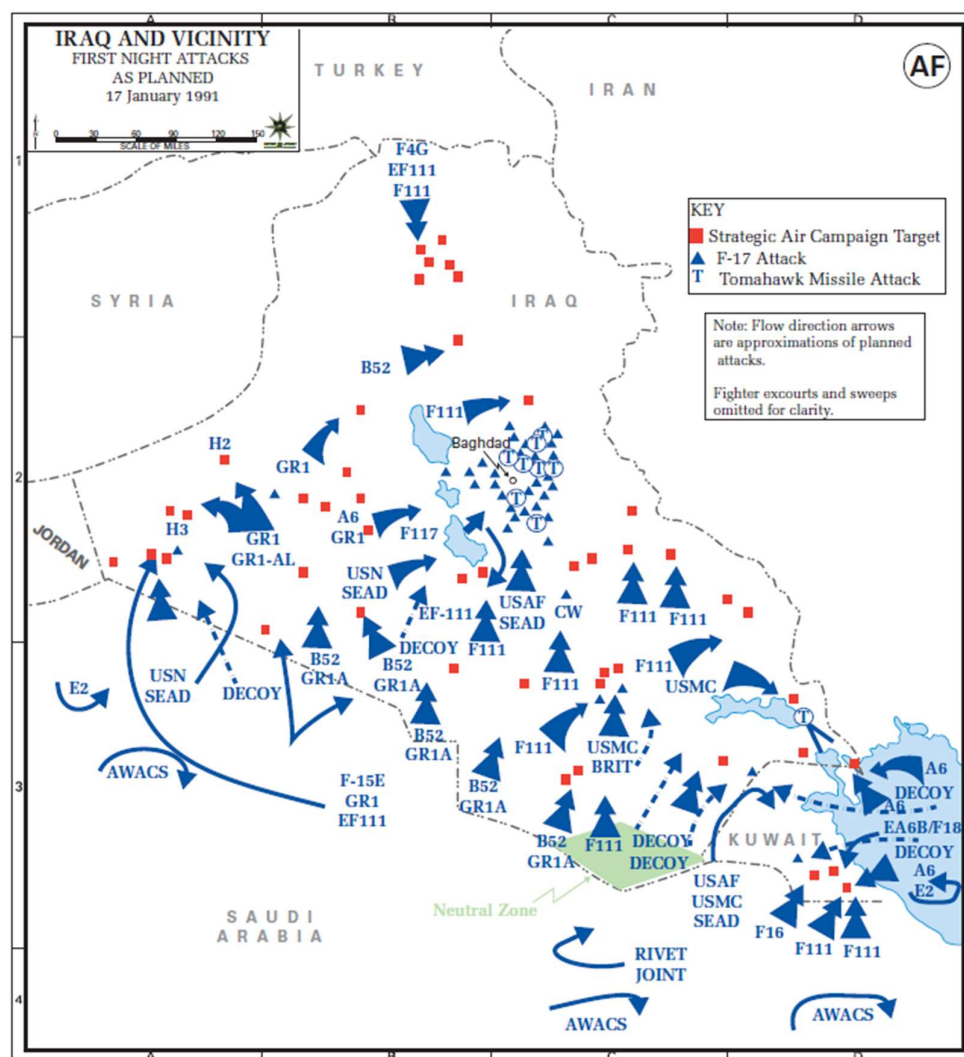
La campaña aérea comenzó el 17 de enero de 1991 con ataques masivos a tres grupos de objetivos en Iraq y Kuwait mediante aviones convencionales, bombarderos furtivos, helicópteros artillados, misiles Tomahawk y artillería naval, partiendo mayormente de bases en Arabia Saudita y seis grupos de portaviones desplegados en el Golfo Pérsico y Mar Rojo, así como aviones B-52 que habían partido el día anterior de suelo norteamericano.

El primer grupo de objetivos fue de naturaleza estratégica e incluyó la infraestructura del sistema de mando y comunicaciones iraquíes. El segundo enfocó en el sistema de defensa aérea iraquí: radares, aviones, bases, sistema de mando y artillería antiaérea. El tercero apuntó a las fuerza iraquíes desplegadas en Kuwait. Otros objetivos que se agregaron en pasos posteriores incluyeron centros de producción de armas y zonas de lanzamiento de misiles Scud, pero también objetivos que afectaban significativamente a la población civil, como instalaciones de generación de energía eléctrica, refinerías y centros de distribución de combustible, puertos, puentes y vías de ferrocarril.

Todo ello se incluyó en un plan maestro de ataque (Master Attack Plan o MAP) que se administraba mediante asignaciones de tareas diarias (Air Tasking Order o ATO) en las que participaron cerca de 2.800 aviones que acumularon más de 112.000 misiones.

La administración del tráfico aéreo, aproximadamente equivalente a todo el tráfico aéreo de los EEUU e involucrando aeronaves de cuatro fuerzas diferentes de los EEUU más las fuerzas aéreas de otros ocho países, fue realizada por un sistema único integrado y se realizó sin colisiones aéreas y con pocos retrasos, empleando técnicas como restricciones al espacio aéreo, mediciones de tiempo y distancia, separación por altitudes, y corredores de ingreso y egreso.

Al concluir la primera semana se habían reducido sustancialmente las comunicaciones entre el mando y las fuerzas iraquíes desplegadas en Kuwait, y obtenido la superioridad aérea ante la aviación iraquí bien que no ante su artillería antiaérea de baja cota, que seguía siendo peligrosa. En esa primera semana la coalición destruyó 39 aeronaves iraquíes contra 17 pérdidas, todas salvo una a manos de la artillería antiaérea. Al final de la campaña, Iraq había perdido 110 aeronaves contra 75 de la coalición.



Mapa 6. Plan para la primera noche de ataques en la operación Tormenta del Desierto. Fuente: United States Air Force Academy (<https://www.westpoint.edu/academics/academic-departments/history/first-gulf-war>)

El 17 de enero Iraq comenzó con el lanzamiento de misiles Scud contra Arabia Saudita e Israel, en ambos casos con objetivos más políticos y de propaganda, que con la posibilidad de producir daños significativos al esfuerzo militar.

Los ataques a Israel buscaban promover una reacción, especialmente por el miedo que los misiles estuvieran armados con ojivas químicas. La intervención de Israel conllevaba la posibilidad que los países árabes salieran de la coalición y Arabia Saudita se viera obligada a negar el uso de su territorio a las tropas occidentales, por lo que EEUU reaccionó con presiones diplomáticas a Israel para que no interviniera. A ello sumó el 19 de enero el envío de misiles Patriot para la intercepción de Scuds y la inserción de fuerzas especiales en Iraq para intentar localizar los equipos móviles de lanzamiento y destruirlos. Esto bastó para que Israel se abstuviera de intervenir y permitiera que EEUU y los demás estados árabes acallaran a Iraq. En total Iraq lanzó 88 misiles Scud durante la guerra. El 25 de febrero un Scud impactó en las barracas del Ejército de EEUU en Damman, donde causó 28 muertes y más de 100 heridos, siendo el ataque más grave durante la guerra.

El 23 de enero comenzó un derrame de petróleo de la terminal de la Isla Failaka en el Golfo Pérsico, que fue el mayor registrado en la historia hasta ese momento con 8 millones de barriles. La coalición acusó a Iraq de provocarlo intencionalmente (con el supuesto objetivo de prevenir un desembarco anfibio), mientras que Iraq acusó a la coalición de causarlo con sus ataques. El 25 de enero hubo un nuevo bombardeo de la coalición sobre oleoductos que alimentaban la terminal, lo que tuvo por efecto reducir el derrame, pero no terminarlo. Investigaciones posteriores a la guerra indican que los ataques de la coalición en objetivos costeros contribuyeron en parte a dicho derrame.

Para finales de enero Iraq comenzó a buscar la manera de limitar sus pérdidas de material militar. El 26 de enero Iraq envió el grueso de sus restantes aviones a Irán para evitar su destrucción, logrando salvar 137 aeronaves que permanecieron allí hasta el final de la guerra.

El 29 de enero intentó una maniobra similar con la marina, enviando 20 buques a Irán, los que fueron interceptados cerca de la isla Bubiyan por las fuerzas navales de la coalición, que hundieron 19 unidades.

El mismo día, Iraq lanzó un ataque con una división acorazada y dos mecanizadas para tomar y ocupar el pueblo de Khafji en Arabia Saudita, el cual había sido previamente evacuado por encontrarse al alcance de la artillería iraquí. Dos divisiones fueron rechazadas pero la tercera ocupó el pueblo, lo que fue una victoria de propaganda para el régimen de Bagdad que pudo mostrar que podía vencer a las fuerzas de EEUU.

Se ha supuesto que el objetivo de este ataque era tentar un ataque masivo a las líneas defensivas iraquíes antes que pudieran ser desgastadas por ataques aéreos adicionales. Sin embargo, ello no ocurrió, y un contrataque de fuerzas sauditas, qataríes y Marines permitió destruir las fuerzas iraquíes y recuperar el pueblo dos días después, proveyendo una victoria propagandística para Arabia Saudita al mostrar que podía defender su territorio.

En las semanas siguientes, las operaciones se concentraron en desgastar las tropas iraquíes desplegadas en Kuwait mediante ataques aéreos y operaciones psicológicas. Para los ataques aéreos se dividió el territorio en cuadrículas, lanzando ataques en cada una de ellas para eliminar fuerzas terrestres, con preferencia por atacar tanques.

Las tripulaciones iraquíes, que durante la guerra con Irán veían el tanque como el lugar más seguro del campo de batalla, comenzaron a alejarse de sus vehículos -e incluso a abandonarlos- por ser el lugar más peligroso donde estar en caso de ataque. Las operaciones psicológicas involucraron la diseminación de mensajes mediante panfletos, transmisiones radiales y por altavoces, para desmoralizar a los enemigos y motivarlos a rendirse ante los primeros combates.

Aprovechando la cobertura de estas operaciones, la coalición desplegó sus tropas terrestres a los puntos iniciales conforme al plan aprobado para la campaña terrestre y situó depósitos avanzados de munición y combustible en el desierto para la ofensiva cuyo inicio estaba previsto para el 24 de febrero.

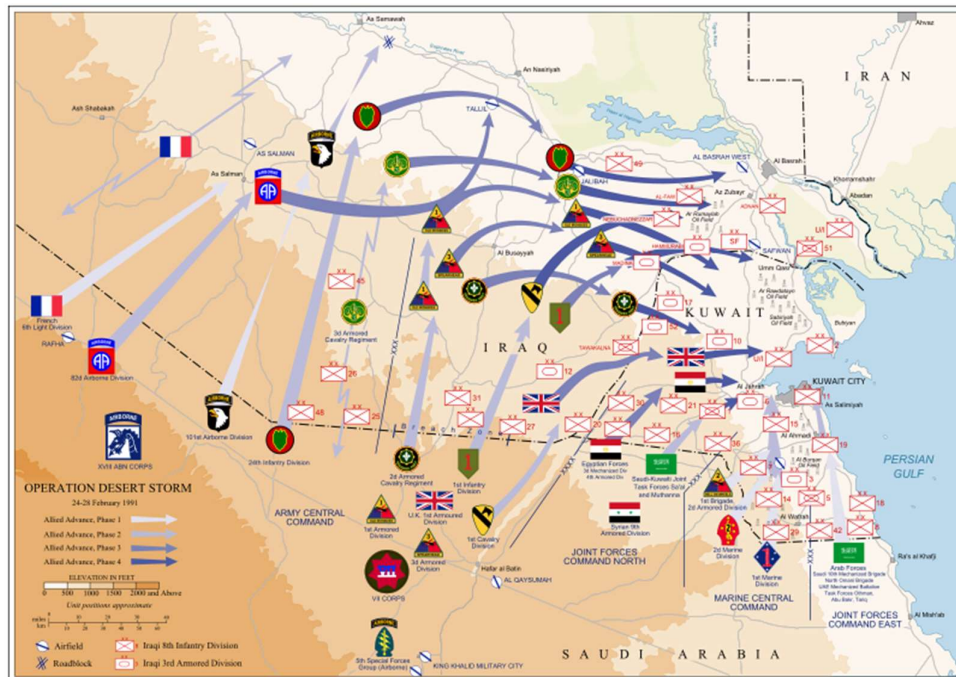
En paralelo a la campaña aérea la URSS intentó una solución negociada a la guerra. El 22 de febrero, Iraq aceptó el plan soviético para una retirada de Kuwait en un plazo de seis semanas, lo que causó una discusión dentro del mando de la coalición, con “palomos” que querían dar el plazo y “halcones” que querían adelantar el ataque antes que el CSNU pudiera disponer un alto el fuego para negociar. La coalición respondió a la propuesta soviética dando 24 horas para cumplir con la retirada.

Al día siguiente, el 23 de febrero, las fuerzas iraquíes comenzaron a incendiar pozos y trincheras inundadas de petróleo en Kuwait, aparentemente con la intención de crear una cortina de humo que enmascarase movimientos de tropas iraquíes en Kuwait a la vez que denegara un área significativa para operaciones aéreas de la coalición con la intención de afectar sus planes, que se creía que incluían un desembarco anfibio al cual el humo de los incendios podría haber privado de apoyo y vigilancia aérea.

La campaña terrestre

En los días previos a lanzar la campaña terrestre hubo varias acciones de menor intensidad, dirigidas primordialmente a denegar observación y confundir al enemigo sobre el lugar donde se aplicaría el esfuerzo.

La campaña terrestre, con el nombre oficial de Desert Sabre (“Sable del Desierto”) fue lanzada el 24 de febrero de 1991 siguiendo el plan tres puntos de esfuerzo: (i) una fuerza rápida constituida por el XVIII Cuerpo de Ejército -compuesta principalmente por fuerzas aerotransportadas- con la misión de ingresar a Iraq por el oeste para lanzar un ataque envolvente y cortar la retirada de las tropas iraquíes de Kuwait o atacarlas por el flanco mientras se replegaran; (ii) una fuerza pesada constituida por el VII Cuerpo de Ejército -compuesta principalmente por fuerzas acorazadas retiradas del teatro europeo ante la baja de la amenaza soviética- con la misión de realizar un ataque de ruptura por el centro; y (iii) una fuerza compuesta por las fuerzas árabes apoyada por un cuerpo expedicionario de Marines con la misión de aferrar las tropas iraquíes desplegadas en el este para que no pudieran concurrir en ayuda de las tropas del centro, y posteriormente avanzar hasta liberar Kuwait City.



Mapa 7. Campaña terrestre de la operación Tormenta del Desierto. Fuente: United States Military Academy (<https://www.westpoint.edu/academics/academic-departments/history/first-gulf-war>)

El movimiento se inició en la madrugada del 24 de febrero por las tropas del XVIII Cuerpo que penetraron en territorio iraquí por el oeste, avanzando a un ritmo muy superior al previsto. El mismo día se inició la presión de las fuerzas árabes y de Marines por el este sobre el primer cinturón defensivo iraquí, que cedió con mayor facilidad que la prevista.

Esta circunstancia llevó a que la ofensiva del VII Cuerpo por el centro, programada para iniciar el día siguiente, fuera adelantada para el mismo día 24. El asalto se inició con bulldozers blindados y palas frontales adosadas a tanques, que avanzaron sobre las bermas de arena empujándola sobre las trincheras iraquíes para abrir un camino al resto del avance. Una vez sobrepasado el primer cinturón defensivo iraquí, las fuerzas del VII Cuerpo pausaron su avance para reagruparse.

El 25 de febrero por la mañana estas fuerzas aún no habían reanudado su avance y el cuerpo de ejército panárabe que debía acompañarlo no había comenzado a moverse por excesivo apego al plan. Ello generó un cruce entre el comandante del VII Cuerpo, General Franks y Schwarzkopf, porque el primero quería mantener sus fuerzas agrupadas para mejorar la seguridad de sus tropas en el momento de enfrentar la Guardia Republicana mientras que el segundo lo urgía a aprovechar la oportunidad generada por la poca resistencia iraquí y avanzar más rápido.

Durante este día los combates fueron más serios al toparse con el segundo cinturón defensivo iraquí, aunque el número de bajas de la coalición se mantuvo mucho más bajo de lo esperado. En general se veía que las fuerzas iraquíes habían sido tan desgastadas por los ataques aéreos que efectuaban algunos disparos y se rendían rápidamente, desbordando los cálculos de la coalición respecto a los recursos necesarios para el procesamiento y traslado de prisioneros.

Sólo las mejores unidades combatían y se retiraban, prendiendo fuego a las instalaciones petrolíferas, las que eran minadas para evitar la acción de equipos que pudieran apagarlas rápidamente. Esa noche, Iraq dio la orden de retirada a través de Radio Bagdad, lo que provocó el retiro masivo de tropas con sus equipos por la autopista que une la Ciudad de Kuwait con Basora, en el sur de Iraq.

Al día siguiente, 26 de febrero, las fuerzas iraquíes en retirada por la autopista sufrieron múltiples ataques aéreos, en línea con el objetivo norteamericano de destruir la capacidad militar iraquí. Esto causó tal nivel de destrucción que el camino pasó a ser conocido como la Autopista de la Muerte. Más tarde, voces críticas dirían que EEUU cometió crímenes de guerra al atacar fuerzas en retirada, mientras que EEUU negó esta acusación alegando que las fuerzas llevaban sus armas y podrían haber vuelto al combate en cualquier momento.

En su avance tanto el XVIII como el VII Cuerpo mantuvieron diversas batallas de tanques. La mayor batalla de ese día tuvo lugar en 73 Easting -un punto en el desierto de Iraq ubicado 73 kilómetros al Este del punto de inicio de la maniobra- cuando un regimiento acorazado de reconocimiento del VII Cuerpo hizo contacto con la división Tawalkana de la Guardia Republicana, que tenía por misión cubrir la retirada de las divisiones Hammurabi y Medina de la misma Guardia. En el enfrentamiento que se prolongó hasta el día siguiente, las fuerzas de la coalición destruyeron más de trescientos vehículos blindados iraquíes.

El 27 de febrero tuvieron lugar las acciones principales de la fase terrestre, las batallas de Medina Ridge y de Objetivo Norfolk. En la primera de ellas, fuerzas acorazadas del VII Cuerpo destruyeron más de trescientos blindados iraquíes de la división Medina al sur de Basora; mientras que en la segunda fuerzas blindadas norteamericanas y británicas destruyeron o capturaron más de mil vehículos blindados, en la que ha sido la mayor batalla de tanques en que ha intervenido el Ejército de EEUU. Ese mismo día los Marines llegaron a las afueras de la Ciudad de Kuwait donde debieron desalojar fuerzas iraquíes que defendían el aeropuerto internacional, involucrándose en la que fue también la mayor batalla de tanques para el Cuerpo de Marines de EEUU.

Más tarde en ese mismo día 27 de febrero, las fuerzas pan árabes ingresaron en la Ciudad de Kuwait, lo que fue tomado por los periodistas que las acompañaban como señal de victoria y razón para sustraerse de las rigurosas medidas de control impuestas.

En la subsecuente búsqueda de noticias dieron con la Autopista que conducía a Basora, desde donde reportaron la asombrosa destrucción de equipos iraquíes. Las imágenes de la destrucción material junto con entrevistas a pilotos de la coalición crearon la idea de excesos rayanos en lo criminal, lo que llevó al Presidente Bush Sr. a ordenar el alto el fuego a partir de las 8:00 de la mañana del 28 de febrero.

Con esto se produciría el cese de la ofensiva cien horas después del inicio del asalto terrestre, lo que llevó a apodar a esta campaña como “la Guerra de las 100 horas”. Schwarzkopf objetó que el alto el fuego era prematuro, ya que impediría cortar la retirada a las unidades supervivientes de la Guardia Republicana, pero las autoridades políticas consideraron que proseguir las hostilidades ya no era necesario y sólo causaría muertes innecesarias.

A pesar de la orden de alto el fuego, el 2 de marzo hubo un nuevo enfrentamiento cerca del campo de Rumaila entre unidades blindadas de EEUU y algunos batallones de la división Hammurabi que no habían logrado cruzar el río Éufrates y pasar al norte de Basora. Las tropas

iraquíes dispararon contra un escuadrón de reconocimiento de EEUU, lo que llevó a una masiva respuesta que destruyó las fuerzas iraquíes.

Ese mismo día el CSNU tomó nota del cese de las hostilidades mediante la resolución 686 (con voto en contra de Cuba y abstenciones de China, India y Yemen) estableciendo una serie de exigencias para Iraq.

El 3 de marzo se celebraron conversaciones entre las fuerzas de la coalición representadas por Schwarzkopf y Khalid ben Sultán, y las fuerzas iraquíes representadas por dos jefes de cuerpos de ejército iraquíes en Safwan, pueblo iraquí a pocos kilómetros al norte de Kuwait. Allí se acordaron las condiciones para mantener el alto el fuego: una línea de demarcación, liberación de prisioneros de guerra, identificación de desaparecidos y devolución de cadáveres, localización de campos de minas y depósitos de munición no convencional. También se autorizó a Iraq a volar helicópteros fuera de la línea de demarcación para facilitar las tareas de reconstrucción.

El 7 de marzo, EEUU comenzó a retirar sus tropas para devolverlas a sus bases en tiempos de paz. El 3 de abril de 1991 el CSNU emitió la resolución 687 indicando una larga lista de condiciones para acordar el cese de las hostilidades, que fueron aceptadas por Iraq el 6 de abril, dándose por finalizada la contienda el 11 de abril de 1991.

Al finalizar la Guerra del Golfo, la coalición había sufrido 292 muertos (147 por acción enemiga), 1243 heridos (467 en acción) y 41 prisioneros. Las bajas iraquíes no son conocidas con precisión, aunque se estiman en 50.000 muertos, 75.000 heridos y 80.000 prisioneros.

Conclusiones del capítulo

Este capítulo presentó las acciones militares desarrolladas por la coalición integrada por fuerzas occidentales y panárabes para la liberación de Kuwait en el marco de la operación denominada Tormenta del Desierto, que son las que mayor atención recibieron de los medios de comunicación masiva y el público general.

Esta operación se convirtió en el ejemplo paradigmático de lo que -desde el punto de vista del pensamiento militar- son las guerras de cuarta generación en su variante de guerras de alta tecnología, con el empleo de una variedad de instrumentos que fueron desarrollados especialmente para obtener superioridad tecnológica frente a la principal hipótesis de conflicto convencional de la Guerra Fría, cual era un enfrentamiento en Europa entre el bloque occidental y un bloque soviético numéricamente superior (Barras, 2010).

Su implementación fue posible gracias a un enorme trabajo de planeamiento y coordinación que tomó varios meses a partir de un plan previo de CentCom que no había sido concluido ni aprobado.

Ello requirió el trabajo conjunto de los cuadros de comando de EEUU, Arabia Saudita y demás miembros de la coalición, que pudo lograrse en gran parte gracias al conocimiento de la cultura del Medio Oriente que tenía el General Schwarzkopf por haber vivido junto a su padre en Teherán durante la IIGM.

El desarrollo del plan para esta operación es un ejemplo vivo del concepto resumido por el Presidente Eisenhower en un discurso pronunciado en 1957 cuando, al referirse a su

experiencia como comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa durante la IIGM, expresó que “los planes son inútiles, pero el planeamiento es todo”.

Esta frase en apariencia contradictoria reconoce que no es buena idea seguir un plan al pie de la letra cuando el entorno cambia continuamente, mientras que al mismo tiempo resalta que la existencia de un plan original otorga la oportunidad de adaptarlo con relativa rapidez a las nuevas circunstancias, permitiendo seleccionar un curso de acción aceptable que no hubiera sido posible desarrollar en ausencia de ese plan previo (García Contreras, Ceberio y Kreinovich, 2020).

Capítulo 5: Las consecuencias (A partir de Marzo 1991)

Consecuencias globales

La Guerra del Golfo fue la primera guerra posterior a la Guerra Fría. En opinión del autor no corresponde considerarla como un conflicto dentro de la Guerra Fría atento la falta de participación directa o indirecta de la URSS, rival característico de esa etapa.

Esta guerra ocurrió al final de un proceso de cambio geopolítico donde el debilitamiento de la URSS ya mostraba el paso de un modelo de bipolaridad conflictiva entre los bloques occidental y soviético, a un modelo de unipolaridad imperial encabezado por EEUU; ello en un entorno de renovada disputa por el control del abastecimiento y precio del petróleo y de tensiones en el mundo musulmán por el enfrentamiento entre sunnitas y chiitas. En ese marco, la Guerra del Golfo confirmó la hegemonía de EEUU como poder militar central del mundo.

Esta fue claramente una guerra donde se puso en juego el control del petróleo, uno de los factores de crisis geopolítica a largo plazo por tratarse de un recurso esencial para el bienestar de cualquier economía industrializada, las cuales pueden ser seriamente afectadas si alguna nación en particular maneja su abastecimiento o precio.

En 1990, el Golfo Pérsico abastecía dos tercios de las necesidades de Japón, un tercio de las necesidades europeas, y un diez por ciento de las necesidades de EEUU, que daba preferencia a otras fuentes más cercanas como México y Venezuela, además de la explotación de sus propias reservas. Pero tales reservas propias de EEUU se estimaba que sólo durarían dos décadas más, por lo que se preveía que el abastecimiento del Golfo Pérsico se volvería esencial en breve para EEUU (Schwarzkopf, 2006:324).

Sin esperar tanto tiempo, la privación de acceso a esas reservas o el aumento arbitrario de su precio podría generar severas crisis en las economías del bloque occidental en el cortísimo plazo, como ocurrió en la década de los '70s.

Por lo tanto, cualquier intento de un país por adquirir una posición dominante en el Golfo Pérsico no podía ser aceptada por EEUU sin debilitar su posición hegemónica, tal como lo había reconocido públicamente mediante la Doctrina Carter en 1980 y la creación del Cent-Com en 1986 con la misión esencial de proteger el Golfo Pérsico.

Si bien esta defensa estaba originalmente pensada contra el bloque soviético, era muy difícil que EEUU se quedara sin reaccionar ante el desafío de otro actor internacional, incluso uno que ya estuviera asentado en el Golfo Pérsico como era el caso de Iraq.

Y la reacción de EEUU no podía limitarse únicamente a disuadir un ataque a Arabia Saudita, ya que ello hubiera requerido un amplio despliegue permanente en la región que podría ser imposible de mantener desde el punto de vista financiero y político.

Eso habría llevado a insistir en la restitución del gobierno de Kuwait y en la reducción de la capacidad militar de Iraq, país al que no podía permitirle adquirir más recursos financieros, un ejército más poderoso, una dirigencia más envalentonada, o mayores avances en sus

programas de armas de destrucción masiva, porque entonces tendría que hacer el esfuerzo de detenerlo más adelante en condiciones menos ventajosas. Entendemos que esta fue la razón esencial para la intervención de EEUU en la Guerra del Golfo, cuya victoria aseguró a EEUU y la economía occidental mantener el acceso al petróleo de esa región.

En cuanto al precio del petróleo, el inicio de la guerra generó una abrupta suba que fue rápidamente contenida y compensada por la rápida victoria de la coalición. El triunfo de la coalición generó la estabilización del precio del petróleo a sus valores anteriores a la contienda, evitando daños significativos a la economía mundial.

La hegemonía militar de EEUU no fue confirmada sólo por su victoria en la Guerra del Golfo, sino por la manera abrumadora en que lo hizo. En apenas 45 días de combate: del 17 de enero al 2 de marzo (esta cuenta incluye el combate ocurrido después del cese del fuego), EEUU demostró la eficacia demoledora de las nuevas tecnologías militares para la prevención de bajas propias, la precisión de ataques y la velocidad de avance. Con este conflicto, EEUU inauguró un nuevo paradigma de la guerra moderna de alta tecnología, que además le permitió superar su síndrome de Vietnam.

La búsqueda de legitimación internacional en el CSNU y el cumplimiento de sus resoluciones, al menos en lo que respecta a cesar la ofensiva antes de deponer a Saddam Hussein contribuyó a la conformación del Nuevo Orden Mundial posterior a la Guerra Fría, concepto algo impreciso sobre las nuevas reglas a aplicar en las relaciones internacionales que en retrospectiva puede decirse que se fundaban en (i) la resolución pacífica de diferencias entre países en el ámbito de la ONU, respaldado esto con la fuerza de EEUU, (ii) la garantía de mercados abiertos para insumos estratégicos como el petróleo, y (iii) la inacceptabilidad de la proliferación de armas de destrucción masiva (Bartolomé 2006:82). Esta circunstancia revivió el rol de las Naciones Unidas como garante de la seguridad internacional.

Consecuencias regionales

La invasión de Iraq a Kuwait terminó con el mito que los pueblos árabes podían resolver las diferencias entre ellos sin recurrir a la violencia.

La posterior defensa de Arabia Saudita y alineamiento de los países árabes entre aquellos que apoyaron a Iraq y aquellos que apoyaron a Arabia Saudita, Kuwait y los demás estados árabes del Golfo Pérsico produjo la división de los pueblos árabes.

La circunstancia que la OLP apoyara a Iraq generó que los países árabes alineados con la coalición redujeran su simpatía por la lucha del pueblo palestino contra Israel. Así como Arabia Saudita expulsó 800.000 yemeníes durante la Guerra del Golfo porque su país apoyaba a Iraq, Kuwait hizo lo propio con 400.000 palestinos, la mitad de los cuales abandonaron el país durante la ocupación iraquí y el resto fue expulsado cuando el Emir al-Sabat fue repuesto en el gobierno kuwaití. La pérdida de financiamiento por la derrota de Iraq y la pérdida de simpatías del resto de los países árabes del Golfo privaron a la OLP del apoyo necesario para continuar su conflicto con Israel, obligándola a acordar la paz en 1993, por lo que puede decirse que una de las consecuencias no previstas de la Guerra del Golfo fue que contribuyó a la solución del problema palestino.

El cese formal de las hostilidades entre Iraq y la coalición no trajo la paz a la región. Inmediatamente de concluidas las operaciones se produjeron en Iraq levantamientos del pueblo

kurdo en el norte del país y de los musulmanes chiitas en el sur, alentados por EEUU para promover un cambio de régimen en Bagdad. Estas rebeliones fueron aplastadas por Saddam Hussein empleando tropas frescas que no habían participado en la Guerra del Golfo. La represión de los levantamientos ocurrió ante la impasividad de las fuerzas norteamericanas desplegadas en el sur, cuya ayuda esperaban los rebeldes. Esto llevó a críticas a la Administración Bush Sr. de “haber dejado el trabajo a medias” atento que la derrota de las rebeliones devastó a la oposición política interna y consolidó el poder de Saddam Hussein en su país a pesar del desastroso resultado de su aventura en Kuwait.

Tomando noticia de la violenta represión de los alzamientos, el 5 de abril de 1991 el CSNU adoptó la resolución 688 donde condenó la represión iraquí e instó a Iraq a respetar los derechos humanos. Esta resolución fue invocada por EEUU, el Reino Unido y Francia para establecer zonas de vuelo restringido en Iraq al norte del paralelo 36N y al sur del paralelo 33N, lo que se complementó con la operación Provide Comfort destinada a entregar ayuda humanitaria a los refugiados kurdos, lo que a nivel mundial inauguró la era de las intervenciones humanitarias fundadas en el derecho a la injerencia en caso de crisis humanitarias (Bartolomé 2006:274).

Iraq sufrió daños en su población y economía que parecen haber sido efectuados más allá de la autorización del CSNU, causando daños y sufrimientos desproporcionados a un pueblo que no fue consultado por la dirigencia que decidió lanzar una aventura militar. Infraestructura civil como sistemas de comunicación física (rutas, puentes, ferrocarriles) y de información (teléfonos, radio y televisión) pueden ser objetivos militares legítimos para afectar movimientos de tropas y pertrechos así como capacidades de comando y control. Pero la destrucción de la mayoría de las plantas de generación eléctrica, refinerías de petróleo, plantas petroquímicas, plantas de purificación de agua y fábricas de diversos bienes de consumo civil, parecen haber sido planeadas más como castigo al pueblo iraquí o como ejemplo para disuadir a cualquier futuro retador de la hegemonía norteamericana, que como medio para contribuir a su derrota en una guerra de corta duración. Algunas voces sostienen que la destrucción de esta infraestructura, junto con las sanciones mantenidas después de la guerra, contribuyeron a causar significativas muertes civiles en los años posteriores.

Kuwait vio restablecida su soberanía con la expulsión de las tropas iraquíes y el restablecimiento de su gobierno en cabeza del Emir al-Sabat, lo que no implicó el regreso de la democracia suspendida en 1986.

El país sufrió significativos daños ambientales. Los derrames de petróleo efectuados por las tropas iraquíes como arma para prevenir desembarco o como obstáculos para el avance de la infantería afectaron seriamente la vida marina y volvieron inhabitable extensas regiones en el sur del país, donde llegó a formarse una capa sólida de arena y alquitrán que no permite sostener vida alguna. En su retirada, las tropas iraquíes incendiaron cerca de 700 pozos petroleros en Kuwait, los que rodearon de minas y trampas explosivas para demorar su contención, los que recién pudieron terminar de apagarse en noviembre de 1991 a un costo de USD 1.500 millones. Estimaciones previas a los incendios sostenían que estos podían causar un invierno nuclear moderado que afectara a todo el planeta, aunque posteriormente se verificó que sus efectos se limitaron mayormente al Golfo Pérsico.

El extensivo uso de municiones de uranio empobrecido por tropas norteamericanas contra blindados iraquíes dejó más de 300 toneladas de ese material esparcido en Kuwait y el sur de Iraq, con el potencial de causar daño a la salud humana y animal por largos períodos.

Algunas voces sostienen que la manipulación y uso de esas municiones fueron un factor que contribuyó al Síndrome de la Guerra del Golfo, un conjunto de síntomas encontrados en soldados norteamericanos que retornaron del conflicto que incluían cansancio crónico, fibromialgia, problemas intestinales y defectos de nacimiento en sus hijos. No existe consenso sobre las causas de esa enfermedad, a la que también pueden haber contribuido las vacunas contra ántrax y la exposición a químicos.

Arabia Saudita reafirmó su rol de aliado de EEUU, preservó su riqueza petrolera, y mantuvo un rol de liderazgo dentro del mundo árabe, aunque más débil por haberse alineado en forma tan cercana a EEUU y por el resurgimiento de Egipto como alternativa para los regímenes republicanos. También mantuvo su rol de liderazgo dentro del mundo musulmán atento preservar su carácter de custodio de las mezquitas sagradas, aunque ello le valió una severa crítica de los integristas islámicos por haber permitido el ingreso de tropas extranjeras al territorio sagrado del Islam.

La represión de las protestas internas dio un estímulo al integrismo islámico sunnita wahabí, que daría nacimiento a las acciones de la organización al-Qaeda y la triste fama de su líder Osama bin Laden por las acciones terroristas ejecutadas durante la década siguiente, las que volverían a cambiar el entorno de seguridad internacional a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Las consecuencias de esta guerra también se extendieron a otros países del Medio Oriente. En este sentido, Egipto recuperó su rol de liderazgo regional a la par de Arabia Saudita, especialmente por su participación en la Guerra del Golfo con una considerable fuerza de dos divisiones blindadas, lo que demostró su compromiso en la defensa de los pueblos árabes.

Siria salió fortalecida políticamente, tanto por haber participado en la Guerra del Golfo con una división blindada, como por haber tomado las medidas para pacificar el Líbano que llevaron al tratado de hermandad entre Siria y el Líbano en ese mismo año de 1991.

Irán también se benefició de la guerra tanto en el plano militar por el debilitamiento de su tradicional enemigo que dejaba de ser una amenaza, como en el plano político religioso al aprovechar el ingreso de tropas extranjeras en Arabia Saudita para atacar su legitimidad como custodio del territorio sagrado del Islam.

Por su parte, Israel también se benefició de la guerra en cuanto su colaboración con EEUU al no responder a los ataques iraquíes con misiles Scud, llevó que las anteriores posturas distantes de la Administración Bush Sr. con Israel se convirtieran en un apoyo para solucionar el problema palestino, lo que finalmente llevó al reconocimiento de Israel por la OLP en 1993, al tratado de paz con Jordania en 1994 y al tratado de paz con Palestina en 1995 ya bajo el gobierno del Presidente Clinton.

Conclusiones del capítulo

Este capítulo describió las consecuencias inmediatas de la Guerra del Golfo, tanto a nivel mundial como regional.

Retomando la segmentación expuesta en el primero de los capítulos, en el ámbito político internacional puede verse que esta guerra confirmó la hegemonía de EEUU como poder

militar central del mundo, permitiéndole superar el llamado síndrome de Vietnam. Por su parte, la manera en que se condujo esta guerra, conformando una coalición y legitimando su accionar mediante resoluciones del CSNU, revivió el rol de las ONU como garante de la seguridad internacional a ser defendida mediante la acción multilateral.

En el plano económico internacional, el resultado de la Guerra del Golfo aseguró a las economías occidentales mantener el acceso al petróleo producido por la región del Golfo Pérsico, y una estabilidad de precios que evitó daños significativos a la economía mundial.

Respecto al mundo árabe, la Guerra del Golfo terminó con el mito que los pueblos árabes podían resolver las diferencias entre ellos sin recurrir a la violencia, y contribuyó a la solución del problema palestino, atento que la OLP quedó debilitada por haberse alineado con Iraq. Ello proveyó el contexto que dio lugar a los tratados de paz de Israel con Jordania en 1994 y Palestina en 1995. Esta guerra también modificó otras relaciones en Medio Oriente, al permitir que Egipto recuperase un rol de liderazgo regional, que Siria pacificara el Líbano por unos años, y que Irán incrementara su libertad de acción ante el significativo debilitamiento de la amenaza iraquí.

En cuanto al mundo musulmán, el despliegue de tropas extranjeras en territorio saudita estimuló la acción del integrismo islámico sunnita wahabí, dando lugar a las acciones de la organización al-Qaeda y la triste fama de su líder Osama bin Laden por los ataques terroristas ejecutadas durante la década siguiente y que volverían a cambiar el entorno de seguridad internacional a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Capítulo 6: Perspectivas

(Geopolítica, política internacional y pensamiento militar)

Si bien en capítulos anteriores se han analizado algunos elementos propios de la geopolítica, la política internacional y el pensamiento militar, a riesgo de reiterar algunos conceptos en este capítulo se pretende examinar en más detalle la Guerra del Golfo desde las perspectivas propias de cada una de estas disciplinas, de modo de integrar sus conceptos con la investigación histórica efectuada.

Visión desde la Geopolítica

El escenario geopolítico internacional en los meses previos a que Iraq invadiera Kuwait muestra un mundo en proceso de cambio después de más de cuatro décadas de Guerra Fría. A comienzos del año 1990, EEUU se perfilaba como el ganador de esa contienda por razones económicas antes que militares, sin que el mundo tuviera en ese momento claridad sobre si el traspie de la URSS era transitorio o definitivo.

En ese contexto, el mundo mostraba signos de pasar de un sistema bipolar conflictivo a un sistema unipolar imperial (Metz, 1994:85-97) donde EEUU se presentaba como el único superpoder mundial. Sin embargo, si bien su poder militar medido en cantidad de efectivos en los cuatro servicios podía estar aproximadamente a la par del ejército iraquí, lo cierto es que sus ventajas tecnológicas estaban lejos de ser comprendidas por sus eventuales oponentes y su reputación continuaba afectada por su fracaso en Vietnam, lo que generaba dudas en cuanto a la efectividad de su eventual intervención.

A nivel regional, Arabia Saudita se presentaba como un poder regional, cuyo rol se sustentaba más en su liderazgo de la economía petrolera (como el mayor productor de petróleo y líder de la OPEP), del mundo árabe (ante la expulsión de Egipto después de firmar la paz con Israel) y del mundo musulmán (por ser el guardián de las mezquitas sagradas), que en su poder militar, el cual había resultado superado por Iraq merced la movilización de fuerzas requerida durante su guerra con Irán y el armamento soviético recibido hacia el final de esa contienda.

Los amplios recursos militares, tanto humanos como materiales, que habían quedado a disposición de Iraq al finalizar su guerra con Irán, sumado a la necesidad de encontrar una solución a la grave situación económica y financiera en que se encontraba, más la gran recompensa que podría obtener si capturaba y retenía los recursos petroleros de los países vecinos del Golfo Pérsico, colocaba a Iraq en situación de ser considerado un potencial perturbador de la paz en la región. Esta circunstancia fue identificada por CentCom antes de la invasión a Kuwait, momento en el que se encontraba desarrollando un plan para esa contingencia.

En ese contexto, Iraq encontró un objetivo sumamente tentador en Kuwait, país que tenía un rol de pivote estratégico al actuar como estado tapón de la proyección iraquí hacia el Golfo Pérsico, más aún cuando Iraq tenía un reclamo histórico sobre dicho territorio.

En este sentido, desde el punto de vista histórico vale recordar que Kuwait fue un distrito administrativo integrado a la provincia de Basora dentro del territorio del Imperio Otomano hasta que se convirtió en un protectorado británico en 1899, momento a partir del cual Kuwait se convirtió en un punto de penetración comercial británica en el mundo árabe.

En 1922, el Protocolo de Uqair promovido por el comisionado británico encargado del Mandato de Mesopotamia estableció los límites entre Iraq, Kuwait y el Reino de Nejd, una de las posesiones de la familia de ibn-Saud que posteriormente fue incorporado dentro de Arabia Saudita. Este protocolo mantuvo a Kuwait independiente de la provincia de Basora, efectivamente convirtiéndose en un tapón que restringía severamente el acceso de Basora a las aguas del Golfo Pérsico.

Esta situación se mantuvo al momento de la independencia del Reino de Iraq en 1932, a pesar de su reclamo sobre dicho territorio. La cuestión generó una crisis en 1961 cuando Kuwait declaró su independencia dando fin al protectorado británico, lo que fue inmediatamente disputado por Iraq. La subsecuente crisis presenció la movilización de fuerzas militares por parte de Iraq, el Reino Unido y otros países árabes, que concluyó sin la apertura de hostilidades.

Así, la posición geográfica de Kuwait dificultando severamente el acceso de Iraq al mar a través de las aguas del Golfo Pérsico se convirtió en una cuestión contenciosa que sólo esperaba las circunstancias adecuadas para tornarse en un conflicto abierto.

En 1990 confluyeron las circunstancias que darían lugar a dicho conflicto, con la combinación de dos factores de crisis a largo plazo usualmente analizados por la geopolítica.

Por un lado, la gran diferencia en la evolución de la situación económica de los actores, con Iraq atravesando una grave situación económica y financiera, mientras Kuwait -uno de sus acreedores- gozaba de una relativa bonanza económica generada por la producción de petróleo en exceso a las cuotas acordadas en la OPEP, situación que Iraq no se encontraba en condiciones de emular debido a la destrucción de su infraestructura durante la guerra con Irán.

Por otro lado, la competencia por el acceso a recursos estratégicos, que en el presente caso incluían no sólo las reservas de petróleo de Kuwait, sino también la infraestructura para su producción y transporte, así como las disponibilidades financieras inmediatas que pudiera tener en su tesoro.

Si bien la Guerra del Golfo ha sido considerada una típica guerra por recursos naturales –en particular considerando la excusa presentada por Iraq respecto a que Kuwait extraía petróleo iraquí mediante perforaciones laterales en el compartido yacimiento Rumaila– no creemos que la competencia por el acceso a los recursos petroleros por sí sola haya sido el factor determinante de en la decisión iraquí de invadir Kuwait. Esto en razón que existen sobrados ejemplos a nivel internacional respecto a la posibilidad de competir por recursos sin llegar a una guerra, o incluso cooperar en su explotación.

Así, como ejemplo de competencia puede señalarse el caso del yacimiento Sassan entre Abu Dabi e Irán, donde el primero aumentó su producción a expensas del segundo (King & Spalding, 2012). Y como ejemplo de cooperación pueden señalarse los acuerdos de unitización de los yacimientos del Mar del Norte entre el Reino Unido y Noruega, proceso que consiste en consolidar la explotación de diferentes propiedades de un mismo yacimiento de petróleo o gas para mejorar la recuperación y acordar la distribución del recurso entre los varios propietarios.

Por el contrario, consideramos que la causa determinante de la decisión iraquí de iniciar este conflicto bélico no fue tanto la competencia por los recursos sino su propia situación

económica, que generó en la mente de su líder la sensación que debía darle una solución urgente a través del mejor medio que tenía disponible -la acción militar- o arriesgar un golpe de Estado que podría costarle la vida.

Siendo la historia un producto de la interacción de los factores estables y variables del espacio geopolítico, vale la pena detenerse aquí a considerar estos factores y su influencia en este conflicto.

En el plano de los factores estables se destacan la ya señalada posición de Kuwait restringiendo el acceso iraquí al mar, así como la estructura física del territorio donde se libró el conflicto. En este sentido, el territorio en cuestión consiste en desierto seco de arena que se extiende desde el río Eufrates hacia el sureste, abarcando el Este de la península arábiga, sin mayores referencias topográficas que faciliten su navegación mediante el empleo de mapas y otras técnicas tradicionales.

Esta razón puede haber influido en la confianza iraquí respecto a la imposibilidad que la Coalición pudiera organizar un ataque coordinado en gran escala desde el oeste y llevó a la relativa desprotección de ese flanco. La ventaja tecnológica provista por el entonces recientemente desarrollado sistema de posicionamiento global o GPS permitió a EEUU diseñar y ejecutar su plan del “gancho de izquierda” donde concentró su esfuerzo principal en la ofensiva terrestre.



Mapa 8. Mapa satelital de la región del Golfo Pérsico donde puede observarse la topografía de desierto de arena que se extiende desde Basora hacia el sureste, bordeando el Golfo Pérsico. Las zonas costeras de color verde corresponden zonas de agua de poca profundidad. Fuente: captura de pantalla de Google Maps.

En cuanto a los factores variables, se observa cómo la geografía física de la región (desierto) afectó la distribución poblacional, que se asentó principalmente en ciudades portuarias, sean fluviales como en el caso de Iraq, o marítimas como en el caso de Kuwait y el este de Arabia Saudita.

Así, el núcleo vital de Kuwait se concentró en torno a una única ciudad costera –lo que facilitó la conquista del país por Iraq–, con una zona intermedia o hinterland cubriendo una franja que corre de noroeste a sureste siguiendo los campos petroleros, a lo que se suman extensas zonas de frontera desiertas y sin delimitación física más que en los caminos terrestres específicamente contruidos para comunicar los diversos países.

Por su parte, Iraq presenta su núcleo vital a lo largo de los ríos Éufrates, Tigris y su confluente Shat-el-Arab, con un extenso hinterland que sigue la franja de campos petroleros que se extiende de norte a sur, a lo que se suman extensas zonas de frontera desiertas al sur y oeste del río Éufrates.

En el caso de Arabia Saudita, ella presenta su núcleo vital en los valles de la región oeste de la península arábiga, con un extenso hinterland que sigue la misma franja de campos petroleros que se extiende de noroeste a sureste siguiendo la costa del Golfo Pérsico, a lo que se suman extensas zonas de frontera desiertas al norte del país

Esta conformación del terreno dio lugar a que su población se encontrara mayoritariamente fuera del territorio donde se libró el conflicto, el cual -salvo por la ciudad de Kuwait y pequeños asentamientos costeros- desarrolló su fase terrestre casi exclusivamente en zonas desérticas donde no existía población civil que proteger de las consecuencias de los combates.

Otro factor variable que merece ser destacado es la estructura política de los tres países de la región en cuyo territorio se desarrolló el conflicto: Iraq, Kuwait y Arabia Saudita. En todos ellos la organización política se presenta dominada por los dictados de un líder fuerte, apoyado por una elite y tolerado por un pueblo cuya cultura parece aceptar como natural que el liderazgo sea ejercido por un individuo con poder casi absoluto.

Así, a pesar la organización republicana de Iraq y monárquica de Kuwait y Arabia Saudita, en los tres países se nota que las decisiones relevantes eran tomadas exclusivamente por el hombre fuerte del régimen: Saddam Hussein en Iraq, que tenía plenamente encolumnado el poder legislativo a sus órdenes; el Sheik Jaber al-Sabah en Kuwait, que había disuelto el poder legislativo independiente; y el Rey Fadh en Arabia Saudita, que siempre contó con la suma del poder público. Todo ello otorgaba velocidad a la toma de decisiones, pero con riesgo de afectar su calidad, como comprobó Saddam Hussein al fallar en la evaluación de la potencial respuesta estadounidense a la invasión de Kuwait.

Por último, cabe referirnos al factor variable más visible en este conflicto: el recurso constituido por las reservas de petróleo del Golfo Pérsico, elemento que corresponde apreciar aquí desde la perspectiva geopolítica, y cuya importancia estratégica proviene de la circunstancia que su posesión otorga mayor influencia o poder en el ámbito internacional atento que su disponibilidad o precio tienen una fuerte capacidad de afectar las economías de los países consumidores, entre los que se cuentan las economías líderes del mundo.

En este sentido cabe notar que la relevancia estratégica del petróleo del Golfo Pérsico, enorme en su momento, ha declinado en los años posteriores a la Guerra del Golfo debido a los avances tecnológicos y la preocupación internacional por el impacto climático de su utilización.

En el plano económico también cambiaron las condiciones necesarias para que hubiera una nueva guerra caliente por el petróleo. El desarrollo de la perforación horizontal y las técnicas de fractura hidráulica masificadas a finales de los '90s llevó al desarrollo de los yacimientos de petróleo y gas no convencionales pasibles de ser explotados mediante fracking.

Este acceso a los yacimientos no convencionales alteró la distribución de las reservas mundiales petróleo y gas, tanto por su magnitud como por su ubicación en zonas mucho menos conflictivas del mundo, al punto que permitió un incremento de producción tal que en 2016 colocó a EEUU como tercer productor mundial de petróleo, sólo detrás de Arabia Saudita y Rusia. Esta circunstancia generó un contrapeso a las eventuales maniobras de países del Medio Oriente para manipular los precios del petróleo al alza, ya que a mayor precio generaban más incentivo para que los países occidentales exploten sus propias reservas en lugar de embarcarse en una nueva operación militar para proteger fuentes en el Golfo Pérsico.

A ello se sumó la preocupación por el calentamiento global, con las consiguientes medidas para reducir el consumo de energía, para reemplazar el uso del petróleo por fuentes limpias como la solar y eólica, y –años más tarde, merced los avances en la tecnología de baterías de litio– para reemplazar los vehículos equipados con motores de combustión interna por vehículos con motores eléctricos.

El despegue económico de las empresas basadas en tecnologías de la información a partir de la primera década del siglo XXI, que desplazaron a las compañías petroleras en el ranking de las empresas más valiosas del mundo, redujo aún más la preocupación por asegurar el abastecimiento petrolero en el Golfo Pérsico, cuya importancia persiste por ser el productor de más bajo costo, antes que por la magnitud de sus reservas.

Visión desde la Política Internacional Contemporánea

A principios del año 1990, el escenario político internacional se encontraba atravesando un período de cambio producto de la finalización de más de cuatro décadas de Guerra Fría, donde EEUU se perfilaba como el ganador. Ya desde mediados de los '80s la URSS había limitado cada vez más su intervención en los países de Europa del Este, lo que llevó a una serie de protestas que se tomaron estado público con la masiva huelga del Sindicato Solidaridad en Polonia el 21 de abril de 1988. Estas protestas se multiplicaron en diversos países, llevando a la caída de los gobiernos comunistas y convocatoria a elecciones en múltiples países, tanto europeos como asiáticos.

Ya antes del 2 de agosto de 1990 –día en que Iraq invadió Kuwait– se habían celebrado elecciones en veintidós países de la esfera soviética, incluyendo a la propia Rusia el 4 de marzo de 1990. Así desde el 4 de junio de 1989 se habían celebrado elecciones en países de Europa del Este (Polonia, Alemania del Este, Hungría, Eslovenia, Croacia, Rumania, Checoslovaquia, Bulgaria), así como en repúblicas que integraban la propia URSS en Europa (Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Lituania, Letonia, Estonia) y Asia (Armenia, Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguistán, Tayikistán, Kazakstán, Mongolia). Para la misma fecha ya estaban convocadas elecciones en otros siete países de la esfera soviética (Azerbaijón, Georgia, Macedonia, Bosnia y Herzegovina, Serbia, Montenegro y Abania).

Tal vez el evento más reconocido de ese momento ocurrió el 9 de noviembre de 1989 con la caída del Muro de Berlín. Mientras que el evento tal vez más incomprendido en ese momento fueron las protestas de la Plaza Tiananmen en China, ocurridas desde el 15 de abril hasta el 4 de junio de 1989, que no llevaron a un cambio de régimen político ni de gobierno, pero sí provocaron cambios de política interna respecto a la apertura económica de ese país y a la migración interna del campo a las ciudades, semillas de la potencia económica en que ese país se convirtió treinta años después.

La finalización de la Guerra Fría trajo incertidumbre sobre las características del sistema internacional que reemplazaría aquél aplicado durante los años de enfrentamiento Este-Oeste. En esos momentos surgieron dos posturas que debatieron sobre la visión de futuro posterior a la Guerra Fría.

La postura liberal, adoptaba una visión optimista del futuro y confiaba en la reducción de la conflictividad internacional. Ello se fundaba en los progresivos avances verificados desde el fin de la IIGM: (i) la transformación de Alemania y Japón en democracias estables, que basan su poder en la economía y no la fuerza militar, (ii) la progresiva integración política y económica europea, (iii) el desmantelamiento de los imperios coloniales europeos, (iv) la consolidación de la ONU, (v) la ausencia de grandes guerras mundiales, (vi) el avance en el control de armas, y (vii) la expansión de las formas de gobierno democráticas. Grandes exponentes de esta postura fueron Francis Fukuyama y Samuel Huntington, lo que adelantaron en diversas notas y después expandieron en sus libros publicados en 1992 y 1996 respectivamente.

La postura realista, adoptaba una visión más pesimista del futuro al sostener que continuaría la conflictividad internacional. En respaldo de ello refutaba los argumentos liberales indicando que: (i) la transformación de Alemania y Japón les fue impuesta por la fuerza al perder la IIGM, (ii) la integración europea fue una reacción a la amenaza soviética, (iii) la ausencia de grandes guerras se vio reemplazada por innumerables conflictos armados de menor dimensión con similar cantidad de víctimas que una guerra mundial; y (iv) que los debates ideológicos continúan vigentes, a lo que se suman nuevas tensiones étnicas, religiosas y económicas, todo lo cual asegura la continuidad de los conflictos. Todo esto preanunciaba conflictos en distintas partes del globo y buscaba justificar la intervención de EEUU como garante de la paz mundial, en una suerte de policía global, criterios estos que fueron recopilados en las obras de Richard Haass (1997) y Colin S. Gray (2010).

Estas circunstancias generaron distintas visiones respecto a las reglas aplicables a las relaciones internacionales a futuro, cuestión que la Guerra del Golfo obligó a definir, dando razón a los realistas y a la creación de un nuevo sistema de orden internacional que fue llamado el Nuevo Orden Mundial.

La referencia al Nuevo Orden Mundial comenzó a construirse como respuesta a la necesidad de definir las nuevas reglas aplicables a las relaciones internacionales al finalizar la Guerra Fría. Las primeras referencias a este concepto surgieron durante 1988, principalmente en un discurso de Gorbachov ante la ONU en diciembre de ese año. En la conferencia de Malta de diciembre de 1989 donde se afirmó el final de la Guerra Fría, Gorbachov volvió a emplear el término para referirse a una era de pluralismo, tolerancia y cooperación, sosteniendo que "... Para que un nuevo tipo de progreso se vuelva una realidad en todo el mundo, todos debemos cambiar. Tolerancia es el alfa y el omega de un nuevo orden mundial...".

El concepto obtuvo popularidad mundial con su utilización por el presidente Bush Sr. en un discurso pronunciado el 11 de septiembre de 1990 ante las dos cámaras del congreso de los Estados Unidos, donde dijo: "...La crisis del Golfo Pérsico, tan grave como es, también ofrece una rara oportunidad de movernos hacia un período histórico de cooperación. Proveniente de estos tiempos turbulentos, nuestro quinto objetivo -un nuevo orden mundial- puede emerger: una nueva era, más libre de la amenaza del terror, más firme en la prosecución de la justicia, y más segura en la búsqueda de la paz. Una era en la cual las naciones del mundo, en el Este y el Oeste, Norte y Sur, puedan prosperar y vivir en armonía..."

Utilizado como un slogan bajo el cual construir una coalición para intervenir militarmente contra Iraq, esta referencia a un Nuevo Orden Mundial fue posteriormente entendida como una alusión a tres pautas a aplicar a las relaciones internacionales: (i) el empleo de la ONU para resolver disputas internacionales, proscribiendo la agresión armada y la violación de los límites internacionales; (ii) el mantenimiento de mercados abiertos, en el sentido de impedir que un Estado adquiriera control de una porción relevante de bienes estratégicos al punto de poder dañar a otros Estados retirando tales bienes del comercio mundial; y (iii) el rechazo a la proliferación de armas de destrucción masiva, sean atómicas, biológicas o químicas.

La intervención contra Iraq en la primera guerra del golfo se justificó en los tres elementos: (i) la ONU autorizó el uso de la fuerza para restablecer las fronteras preexistentes al conflicto, considerando a Iraq como el agresor contra Kuwait, (ii) con la ocupación de Kuwait, Iraq pasaba de tener control de menos del 10% a aprox. 20% de las reservas mundiales de petróleo, y a amenazar las reservas árabes, cuya captura le hubiera permitido controlar cerca del 50% de las reservas mundiales, y (iii) Iraq había desarrollado armas químicas y estaba intentando desarrollar armas atómicas.

La manera en que se condujo esta guerra, conformando una coalición y legitimando su accionar mediante resoluciones del CSNU, revivió el rol de las ONU como garante de la seguridad internacional a ser defendida mediante la acción multilateral. Este rol incluso se expandió ante la feroz represión del gobierno iraquí contra las sublevaciones internas ocurridas en los días siguientes al final de la contienda, lo que provocó el abandono del principio de no injerencia en los asuntos internos de países soberanos, e inauguró la era de las intervenciones humanitarias fundadas en el derecho a la injerencia en caso de crisis humanitarias bajo los auspicios de la ONU.

Ello no impidió que voces críticas se pronunciaran sobre la definición del Nuevo Orden Mundial de una manera más cínica. Así, Noam Chomsky (1994), enfocando en la activa participación de Estados Unidos para conformar la alianza y obtener la autorización del CSNU, sostuvo que el Nuevo Orden Mundial consistía en que el Nuevo Mundo (América) da las órdenes, lo que no estaba muy lejos de la visión de los realistas, bien que los realistas propugnaban esta solución mientras que Chomsky la denostaba.

Esta primacía de la actuación multilateral canalizada a través de la ONU se mantendría durante la siguiente década, a pesar que la sucesión de Gorbachov por Yelstin en 1991 y la victoria electoral de Clinton en 1992 llevó al rápido desuso del slogan Nuevo Orden Mundial, que se vio reemplazado por conceptos tales como el Mundo Unipolar o la Era de la Globalización.

Visión desde el Pensamiento Militar Contemporáneo

La Guerra del Golfo confirmó el advenimiento de una tercera revolución en los asuntos militares durante el siglo XX. La primera revolución ocurrió en la IGM con la introducción de las armas químicas, las aeronaves y los vehículos con motor de combustión interna. La segunda revolución tuvo lugar a finales de la IIGM con la aparición de las armas atómicas, radar, misiles, motores a reacción y computadoras. La Guerra del Golfo presentó una tercera revolución basada en el empleo intensivo de tecnologías digitales, sistemas de guía y sensores que otorgó una superioridad de información tal que probó ser semejante a combatir contra un enemigo ciego (Bartolomé, 2006:165).

Algunas de estas tecnologías habían sido empleadas con anterioridad y su desempeño era conocido, tal como los aviones E3-Sentry (un radar aerotransportado de largo alcance que permite dar alarma temprana de la presencia y movimientos de unidades aéreas y navales, así como cumplir funciones de comando y control en escenarios de combate) y el sistema de guerra electrónica a bordo de los aviones EF-111 Raven.

Otros sistemas de armas habían tenido un empleo limitado, en magnitud o condiciones que no permitieron una adecuada evaluación de su desempeño, tales como el helicóptero de ataque AH-64 Apache (utilizado por primera vez en Panamá en 1989) y nuevas versiones de las bombas guiadas por láser, los telémetros laser y los visores nocturnos, anteriormente de despliegue exclusivo por vehículos y fuerzas especiales, pero ahora ampliamente distribuidos entre las tropas regulares.

Algunos sistemas ya tenían varios años de entrada en servicio, pero nunca habían sido empleados en combate, como fue el caso del tanque M1 Abrams con su blindaje compuesto Chobham y un sistema de estabilización que permitía disparar en movimiento, el vehículo de infantería Bradley, el avión A-10 Thunderbolt II -apodado Warthog- diseñado para destrucción de tanques y apoyo cercano, y las municiones de uranio empobrecido.

Sistemas más avanzados incorporaban recientes tecnologías digitales, sólo conocidas a nivel conceptual por otros países, tales como los sistemas de navegación GPS, el misil crucero Tomahawk, el bombardero F-117 Nighthawk invisible al radar, los vehículos aéreos tripulados en forma remota como el RQ-2 Pionnier, el avión E8 Joint STARS (un radar aerotransportado de largo alcance optimizado para la detección de vehículos terrestres); el Sistema de Información Inter Vehicular ("IVIS" por su acrónimo en inglés) que permitía crear una red entre los vehículos de combate para identificar amigos y asignar objetivos enemigos, y el sistema de misiles antimisiles Patriot.

Los sistemas no fueron perfectos. Por ejemplo, la mitad de las bajas de la coalición en combate -aunque muy pocas- fueron a causa del fuego amigo, lo que expuso la necesidad de mejorar los sistemas de identificación en un entorno que cambia rápidamente. Pero estos sistemas crearon una inusitada ventaja a favor de los EEUU.

Estas diferencias tecnológicas fueron aún más abrumadoras por cuanto algunas tecnologías similares estaban disponibles en el arsenal del bloque soviético, como los visores nocturnos y los telémetros laser para los vehículos blindados, pero no fueron incorporados al inventario iraquí por cuestiones de costo, prefiriendo el número sobre la calidad.

Pero la Guerra del Golfo no sólo fue un campo de prueba para nuevos sistemas de armas de alta tecnología originalmente diseñados para una hipótesis de guerra terrestre acorazada en Europa contra tropas del Pacto de Varsovia, sino que confirmó la transición a las guerras de cuarta generación (Lind y otros, 1989; Hammes, 1994) o cuarta época (Bunker, 1994) en su variante de guerras de alta tecnología, con el empleo de una variedad de instrumentos desarrollados especialmente para obtener superioridad tecnológica que eliminara la superioridad numérica enemiga. Lo realmente impactante fue la capacidad de las fuerzas norteamericanas para administrar la magnitud, complejidad, distancia y velocidad del esfuerzo logístico necesario para desplegar sus fuerzas, así como para coordinar las posteriores operaciones, producto de un riguroso entrenamiento.

Un elemento específico de las guerras de la cuarta generación son las operaciones psicológicas (Lind y otros, 1989:24), la cual estuvo presente en toda su intensidad tanto en el frente de combate como en el frente doméstico norteamericano. Las operaciones psicológicas aplicadas a las tropas iraquíes —reforzadas por el incesante desgaste físico generado por los ataques aéreos— provocaron su rendición en masa apenas iniciados los combates. La campaña informativa implementada en el frente doméstico de EEUU para convencer a la opinión pública logró obtener la autorización del Congreso para la intervención militar en rol ofensivo contra Iraq.

Un elemento al que tal vez no se ha prestado tanta atención ha sido el uso del impacto ambiental como arma, a pesar que no sería la primera ni última vez en ser utilizado. Así, los derrames de petróleo efectuados por las fuerzas iraquíes a finales de enero de 1991 buscaron impedir un desembarco de la coalición en las costas kuwaitíes. Si bien el despliegue de tropas de desembarco era una distracción para inmovilizar tropas iraquíes en la costa, cabe preguntarse si hubiera podido frustrar dicha operación o dañarla, y en su caso, en qué grado.

El incendio de los pozos petroleros kuwaitíes por las tropas iraquíes en retirada se inscribe en un largo uso del mecanismo de tierra arrasada para denegar recursos al enemigo, a lo que puede sumarse proporcionarle un castigo cuando se implementa en territorio enemigo. Pero estas acciones también tenían la potencialidad de generar serios impactos climáticos en áreas más allá del lugar inmediato donde se verificaban los incendios. Si bien el temido efecto equivalente a un ‘invierno nuclear’ no se produjo, lo cierto es que el incendio fue ordenado y ejecutado con conocimiento que los daños podrían haber sido mucho mayores a los finalmente ocurridos.

Y el uso de los impactos al medio ambiente no terminó con la conclusión de las hostilidades. En los meses siguientes al final de la Guerra del Golfo, durante los levantamientos rebeldes en Iraq, el gobierno iraquí desvió el río Éufrates para secar un humedal en el sur de Iraq que era utilizado como base por los rebeldes chiitas, tornando en desierto un área equivalente a la provincia de Tucumán.

La tecnología no previno la comisión de abusos que ciertas voces consideraron crímenes de guerra. Más allá de los abusos a prisioneros de guerra iraquíes por tropas kuwaitíes, el mayor abuso de parte de EEUU puede haberse verificado cuando las tropas iraquíes anunciaron y se encontraban ejecutando su retirada de Kuwait, al ser atacadas ferozmente en la llamada Autopista de la Muerte. EEUU justificó estos ataques a las tropas en retirada en que el objetivo era el material y no las tropas iraquíes, ya que si se retiraban con dicho material en cualquier momento podían volver a la batalla. Otra justificación fue que la autorización para emplear “todos los medios necesarios” contenida en la resolución 678 del CSNU se extendía no sólo a forzar

la salida de las tropas iraquíes de Kuwait sino también a crear las condiciones para el mantenimiento de la paz en la región, lo que requería reducir la capacidad militar iraquí.

En definitiva, la Guerra del Golfo confirmó la llegada de una nueva revolución de los asuntos militares, con la aparición de un instrumento militar convencional profesional e hiper tecnológico, que afirmó la supremacía militar estadounidense y confirmó su carácter de única superpotencia posterior a la Guerra Fría. Esta circunstancia cambiaría la modalidad de la guerra. Al decir de Samuel P. Huntington (1996:395):

“Nuestra decisiva victoria en el Golfo Pérsico, sin embargo, torna improbable que tengamos que repetir esa victoria. Los grandes agresores regionales en el futuro es probable que posean armas nucleares. Esta realidad fue reflejada en la respuesta del ministro de defensa de la India quien, cuando se le preguntó qué lección había aprendido de la Guerra del Golfo, dijo: ‘No pelear con Estados Unidos a menos que tengas armas nucleares’...”.

Por ello, posteriores desafíos a la hegemonía norteamericana no provinieron de Estados sino de organizaciones terroristas o de conflictos de baja intensidad. La oleada terrorista de al-Qaeda durante los ‘90s desembocó en los ataques del 11 de septiembre de 2001, lo que llevó a lanzar la Guerra contra el Terror, provocando un nuevo cambio en el paradigma de la seguridad internacional, mutando de un foco en la multilateralidad hacia la unilateralidad.

Conclusiones del capítulo

Este capítulo presentó el análisis de la Guerra del Golfo desde la perspectiva de cada una de las materias de la Especialización. Todos los análisis parten desde un escenario de cambio a partir de la finalización de la Guerra Fría, donde EEUU se presentaba como el ganador, lo que implicaba pasar de un sistema bipolar a un sistema unipolar donde las reglas de conducta internacionales aún no estaban claras.

Desde el punto de vista geopolítico pudo verse que la presencia de Kuwait como estado tapón que restringía el acceso iraquí al Golfo Pérsico generaba una cuestión contenciosa que solo esperaba las circunstancias para convertirse en un conflicto abierto, agravado ello por las razones históricas que Iraq esgrimía para reclamar dicho territorio. Este conflicto latente se desencadenó cuando se combinó la grave situación económica de Iraq al finalizar su guerra con Irán, que creaba el riesgo de un golpe de Estado contra el líder iraquí, su disponibilidad de recursos militares sobredimensionados para las necesidades de posguerra, y la promesa de recompensa en acceso a recursos económicos que le traería la incorporación del territorio kuwaití.

El análisis de los factores estables y variables del espacio geopolítico mostró su influencia en el conflicto, siendo destacable que en años posteriores a la Guerra del Golfo se modificó la importancia de los recursos petroleros del Golfo Pérsico merced al desarrollo de la tecnología para explotar yacimientos no convencionales que permitió acceder a reservas ubicadas en territorios menos conflictivos, así como la preocupación mundial por reducir el consumo de hidrocarburos como mecanismo para limitar el cambio climático.

En el ámbito político internacional puede verse que la coincidencia temporal de la Guerra del Golfo con la caída de los gobiernos comunistas y la manera en que se condujo esta guerra, a través de una coalición que legitimó su accionar mediante resoluciones del CSNU, dio lugar un Nuevo Orden Mundial fundado en el rol de la ONU como garante de la seguridad

internacional a ser defendida mediante la acción multilateral, en el mantenimiento de mercados abiertos para recursos estratégicos y en el rechazo a la proliferación de armas de destrucción masiva.

En el plano militar, la Guerra del Golfo confirmó la llegada de una nueva revolución de los asuntos militares basada en el uso intensivo de tecnología electrónica, que confirmó el carácter de EEUU como única superpotencia sobreviviente a la Guerra Fría, permitiéndole superar su síndrome de Vietnam. La supremacía militar estadounidense cambió la dinámica de los conflictos armados posteriores, al disuadir potenciales desafíos por medios militares convencionales, generando que posteriores desafíos a la hegemonía norteamericana no provinieran de Estados sino de organizaciones terroristas.

Conclusiones

Los roles de Arabia Saudita.

De lo expuesto puede identificarse que Arabia Saudita cumplió múltiples roles que fueron mutando en el tiempo de acuerdo a la evolución de las circunstancias, y que aquí listaremos en función al análisis expuesto en las páginas precedentes.

Roles de Arabia Saudita antes de la Guerra del Golfo

Durante la mayor parte de los años '70s, y considerando los diferentes ámbitos de análisis empleados en la preparación de este trabajo, puede identificarse que:

- (a) En el ámbito político internacional, Arabia Saudita tuvo el rol de aliada y guardián de los intereses de EEUU en la región del Golfo Pérsico junto con Irán, ello en el marco de la doctrina de los dos pilares enunciada por el presidente Nixon en 1969, salvo por los pocos meses en que privilegió su rol como miembro de los países árabes participando del embargo petrolero de 1973.
- (b) En el ámbito económico internacional, Arabia Saudita mantuvo su rol de líder informal de la OPEP y mayor exportador mundial de petróleo a lo largo de toda la década, circunstancia que la colocó en una situación de privilegio frente a los EEUU, potencia que a pesar de ser un gran productor de crudo necesitaba de las importaciones por ser también el mayor consumidor de este producto, absorbiendo un tercio del petróleo producido en el mundo. Esta situación otorgó a Arabia Saudita un rol preponderante en el embargo petrolero decidido por los países árabes en el ámbito de la OPEP en 1973 contra Estados Unidos y otros países occidentales en represalia por su apoyo a Israel durante la guerra de Yom Kipur.
- (c) En el ámbito árabe, Arabia mantuvo su rol de contendiente frente a Egipto por el liderazgo del mundo árabe, competencia en la que triunfó cuando Egipto firmó los acuerdos de Camp David con Israel en 1978, seguidos de un tratado de paz en 1979, lo que le valió la suspensión de su membresía en la Liga Árabe ese mismo año.
- (d) En el ámbito musulmán, Arabia mantuvo su rol de guardián de los lugares sagrados del Islam al controlar dos de las tres mezquitas sagradas para esta religión, ubicadas en las ciudades de La Meca y Medina. Esta circunstancia tomó mayor importancia cuando Jordania perdió la custodia de la tercera mezquita sagrada ubicada en Jerusalén, en el momento que Israel tomó control de la ciudad en la Guerra de los Seis Días en 1967.

La década de los '70s concluyó con significativos cambios en todos los ámbitos, generados -entre otros eventos- por la invasión de Afganistán por la URSS en 1979, la revolución iraní en el mismo año 1979, y el inicio de la guerra entre Iraq e Irán en 1980. Estos cambios modificaron los roles de Arabia Saudita, de modo que durante la mayor parte de los años '80s:

- (a) En el ámbito político internacional, Arabia Saudita se convirtió en el aliado más relevante de EEUU en el Golfo Pérsico, nación que -sospechando que la invasión soviética a Afganistán era un preludio para avanzar sobre Irán- anunció en 1980 que utilizaría la fuerza militar para defender sus intereses en el Golfo frente a cualquier fuerza externa, posición

denominada como la “Doctrina Carter”, seguido en 1986 de la constitución del Comando Central con la responsabilidad principal de defender el acceso al Golfo Pérsico.

- (b) En el ámbito petrolero, superada la segunda crisis del petróleo que casi triplicó su precio entre 1978 y 1981 debido a la revolución iraní y siguiente inicio de la guerra de Iraq e Irán, los precios del petróleo cayeron significativamente durante el resto de la década. Si bien a partir de 1982 la OPEP implementó el sistema de cuotas para sostener el precio, en 1986 Arabia Saudita retomó su producción plena, generando una significativa baja de precios, restando relevancia a la OPEP y aportando a la crisis económica que contribuyó significativamente a la caída del régimen soviético en la URSS.
- (c) En el ámbito árabe, Arabia Saudita incrementó su liderazgo de los pueblos árabes ante la suspensión de Egipto de la Liga Árabe que se prolongó hasta 1989 y la distracción de Iraq en su guerra con Irán (país musulmán, pero de etnia persa y no árabe), bien que el menor desafío en este ámbito lo relegó a una posición secundaria.
- (d) En el ámbito musulmán, Arabia Saudita tomó un rol activo en la defensa y expansión de la rama sunnita del Islam frente a diversas acciones promovidas y apoyadas por Irán en apoyo de la rama chiita, lo que incluyó convertirse en el principal financista de Iraq en su guerra con Irán.

Roles de Arabia Saudita durante la Guerra del Golfo

La guerra entre Iraq e Irán concluyó en 1988 en un virtual empate, dejando a Iraq con significativas necesidades de reconstrucción de su infraestructura, en recesión económica y situación de alto desempleo, con un significativo endeudamiento con sus vecinos países árabes y en posesión de las fuerzas armadas más grandes de la región. En este contexto, el presidente iraquí Saddam Hussein decidió invadir y anexionar el vecino país de Kuwait, creando la amenaza de continuar su avance sobre Arabia Saudita y los demás países del Golfo Pérsico. A partir de estas circunstancias los roles de Arabia Saudita durante la Guerra del Golfo fueron:

- (a) En el plano político internacional, Arabia Saudita compartió con EEUU el rol de ser el actor principal en la respuesta contra Iraq. Arabia Saudita fue quien reconoció inmediatamente la amenaza iraquí y eligió la vía de confrontación sin dar tiempo a que Iraq pudiera implementar medidas para bloquear o demorar el apoyo de EEUU, solicitando su ayuda dentro del cuarto día de producida la invasión de Kuwait. Al elegir la vía de la confrontación en lugar de negociar la paz con Iraq entregando Kuwait, Arabia Saudita consideró que no había solución negociada que pudiera garantizarle su seguridad y arriesgó la estabilidad interna de su país en una guerra cuyo resultado -al momento de tomar la decisión- lucía cuanto menos incierto sino posiblemente negativo.

En el plano militar, el rol de Arabia Saudita fue mutando. Inicialmente, su rol consistió en ser el objetivo inmediato a defender contra una posible continuación del avance iraquí, para lo cual autorizó el inmediato ingreso y despliegue de tropas de EEUU, incluso a riesgo de no saber si después podría lograr su retiro.

Seguido ello tomó un activo rol diplomático para convocar aliados y apoyar a EEUU en la conformación de la coalición internacional que enfrentaría a Iraq, enfocándose especialmente en reunir el apoyo del mayor número de países árabes y tratar de neutralizar cualquier apoyo que pudiera buscar Iraq.

Más avanzado el conflicto, Arabia Saudita tomó un rol de miembro pleno de la coalición como nación anfitriona en cuyo territorio se produciría la concentración y despliegue de las fuerzas multinacionales a emplear primero para su defensa y posteriormente para liberar a Kuwait. En ejercicio de este rol aportó tropas, tomó el comando de las fuerzas árabes desplegadas en su territorio, coordinó su accionar con las tropas occidentales comandadas por EEUU, participó en el planeamiento conjunto de las operaciones, y financió el esfuerzo de la coalición con dinero, combustible y servicios a las tropas.

- (b) En el ámbito petrolero, Arabia Saudita tomó un rol activo para aumentar la oferta internacional de petróleo y equilibrar los mercados ante la reducción de producción y oferta internacional generada por el bloqueo resuelto por el CSNU contra Iraq y Kuwait mientras durase la ocupación. Ello lo hizo mediante la reactivación de pozos petroleros y refinerías cuya operación se había suspendido durante el período de bajos precios de petróleo en la década de los '80s. Este aumento de la producción permitió mitigar el aumento de precios del petróleo, que sólo se incrementó un 25% respecto a los precios del año anterior, el cual aún representaba una baja respecto a los precios de una década atrás y sólo se mantuvo por poco tiempo. El aumento de la producción también sirvió para cubrir las necesidades de combustible de la coalición durante todo su despliegue, el cual fue aportado por Arabia Saudita como pago en especie dentro del monto de USD 15.000 millones que se comprometió a financiar.
- (c) El mundo árabe se dividió en su apoyo entre Arabia Saudita e Iraq, lo que obligó a Arabia Saudita a tomar un rol diplomático activo para obtener el mayor apoyo posible de los pueblos árabes a la coalición. En este rol, Arabia Saudita otorgó asilo y protección al gobierno kuwaití en el exilio, permitiéndole operar desde su territorio; ejerció el liderazgo de los Estados árabes del Golfo Pérsico; compartió el liderazgo con Egipto del resto de los Estados árabes que aceptaban la intervención militar para liberar Kuwait; y enfrentó a países simpatizantes con Iraq, especialmente a Yemen -su vecino del sur- deportando 800.000 yemeníes de Arabia Saudita. Este rol de líder árabe también le exigió la efectiva participación en operaciones militares ofensivas para asegurar que ellas fueran vistas como un esfuerzo pan árabe -y no imperialista occidental- contra Iraq.
- (d) En el ámbito musulmán, Arabia Saudita cumplió un rol de equilibrista para mantener el despliegue de las tropas extranjeras para la defensa de su territorio y la paz interior alterada por las protestas de facciones tradicionalistas que pretendían que el conflicto se arreglase únicamente entre países árabes sin ingreso de tropas occidentales al Reino, a las que veían como amenazas para su pureza religiosa y cultural. Si bien durante la Guerra del Golfo el enfrentamiento con el gobierno teocrático musulmán chiita de Irán bajó en intensidad, Arabia Saudita igualmente se vio requerida de implementar diversas acciones para prevenir protestas y atentados de grupos extremistas sunnitas, que acusaban al rey y al régimen de apostasía. Estas acciones incluyeron fuertes controles sobre la población árabe, mientras al mismo tiempo aplicaba presión sobre las fuerzas occidentales para intentar limitar su contacto con el pueblo árabe, imponiéndole medidas destinadas a prevenir incidentes, tales como prohibir el consumo de alcohol, la presencia pública de mujeres sin velo, o la celebración de misas abiertas al público.

Concluida la Guerra del Golfo, los roles de Arabia Saudita volvieron a mutar. En el ámbito político internacional, Arabia Saudita reafirmó su rol de aliado de EEUU. En el ámbito económico preservó su riqueza petrolera. Ante el mundo árabe mantuvo su rol de liderazgo,

aunque éste fue debilitado por la propia división de los pueblos árabes, por haber permitido el despliegue de tropas extranjeras en su territorio y por el retorno de Egipto a un rol de liderazgo compartido. Y en el ámbito musulmán, si bien mantuvo su rol de custodio de las mezquitas sagradas del Islam, las acciones del Reino permitiendo el despliegue de tropas extranjeras en su territorio incentivaron el crecimiento y acción de integristas islámicos sunnitas, una de cuyas organizaciones: Al-Qaeda, liderada por Osama bin Laden, organizaría los atentados del 11 de septiembre de 2001 en EEUU que modificaron nuevamente el panorama de la paz y seguridad internacional una década después de terminada la Guerra del Golfo.

Reflexiones finales

Al momento de justificar la investigación que resultó en el presente trabajo se planteó la expectativa de identificar algunas lecciones que pudieran surgir de este conflicto y que puedan ser aplicables a futuros casos similares. Por supuesto que la primera limitación para su aplicación será el grado de similitud del futuro marco fáctico, ya que ningún conflicto es exactamente igual a otro y por ende las lecciones generadas por una situación no necesariamente son aplicables a otra.

A pesar de que las diferencias fácticas entre casos concretos generan dificultades para identificar lecciones aplicables a una generalidad de casos, creemos que la Guerra del Golfo ilustra varios principios generales del manejo de conflictos -sean bélicos o no- que se exponen a continuación, utilizando en ciertas situaciones una comparación con los ciertos hechos de la Guerra de Malvinas a modo de validar su aplicación a otro caso concreto.

1. No acorralar a un oponente que tiene poco que perder y mucho que ganar. La guerra entre Irán e Iraq concluyó el 20 de agosto de 1988, momento para el cual Iraq ya se encontraba padeciendo una severa crisis económica. A pesar de la ayuda solicitada a sus vecinos árabes, en los casi dos años siguientes hasta la invasión de Kuwait el 2 de agosto de 1990 sus pedidos no fueron atendidos. Esto generó frustraciones en el pueblo y fuerzas armadas iraquíes e inquietud en su gobierno, que se veía cada vez más acorralado por el riesgo de un golpe de estado que podía costar la vida al líder depuesto y sus seguidores cercanos. Al tanto de la situación, Arabia Saudita y Kuwait mantenían una producción petrolera que reducía los ingresos de Iraq y demoraban las conversaciones que podían llevar a una solución negociada, permitiendo que la situación iraquí continuara deteriorándose, colocándolo en una situación donde no hacer nada tenía alto riesgo de golpe de estado y lanzar la invasión prometía una cuantiosa recompensa.
2. Un líder debe contestar un desafío inequívoco o arriesgarse a perder su liderazgo. En una etapa de cambio mundial como fue la finalización de la Guerra Fría, EEUU se sentía obligado a reafirmar su liderazgo como requisito para mantenerlo. La invasión de Kuwait fue vista como una amenaza de Iraq al acceso a recursos petroleros respecto a los cuales EEUU ya había advertido diez años atrás que estaba dispuesto a utilizar la fuerza militar para protegerlos (la Doctrina Carter). El desafío de Iraq a esa advertencia implicaba un cuestionamiento a la hegemonía mundial de EEUU, y por tanto llamaba a una reacción de la misma naturaleza: una respuesta militar. Esta respuesta se consideraba necesaria para disuadir a otros potenciales agresores.

Salvando las diferencias fácticas, conceptualmente la situación de EEUU fue similar a aquella en la que se encontró el Reino Unido en 1982 cuando Argentina retomó las Islas Malvinas, sintiéndose obligado a responder al desafío argentino o perder su influencia militar en

el mundo. Esta similitud se vio acrecentada por la circunstancia que en ambos casos la decisión sobre la naturaleza de la respuesta recayó en la misma Primer Ministro británica, Margaret Thatcher.

3. La elección del momento para plantear el conflicto debe hacerse en base a evaluar las capacidades y no las intenciones del adversario. A pesar de que no se han encontrado registros del proceso decisorio seguido por el gobierno iraquí, el contenido de las conversaciones reportadas entre Saddam Hussein y la embajadora April Glaspie parece señalar que Iraq tomó la decisión de invadir Kuwait en base al análisis de las capacidades iraquíes y las posibles intenciones de EEUU.

La decisión iraquí no parece haber tomado en cuenta la reducción de fuerzas anunciada por EEUU debido al final de la Guerra Fría pero que aún no había sido implementada. En caso de que Iraq hubiera esperado a la reducción de fuerzas estadounidenses -aunque se desconoce si el gobierno iraquí consideraba esto posible en vista del riesgo de golpe de estado- EEUU hubiera estado en una posición más precaria a la hora de decidirse por una solución militar. Por el contrario, al inicio del conflicto EEUU se encontró con sobradas capacidades que pronto perdería, lo que puede haber hecho mucho más fácil la decisión de confrontar, incluso si su intención hubiera inicialmente sido no intervenir en conflictos entre naciones árabes. Ello muestra la falta de confiabilidad de las evaluaciones basadas en intenciones que pueden cambiar en un instante.

Manteniendo el comparativo con la Guerra de Malvinas, Iraq cometió un error similar al argentino, que también concentró su evaluación en intenciones en lugar de capacidades, sin esperar a la implementación de la reducción de fuerzas anunciada por el Reino Unido en 1981 y que hubiera incluido la venta del portaaviones Invencible a Australia y el retiro de la fuerza anfibia de desembarco, dejando al Reino Unido en una posición mucho más precaria para responder. A ello se suma que Argentina aún no había terminado de construir sus capacidades antibuque por estar pendiente la entrega de nueve de los catorce misiles Exocet adquiridos a Francia.

4. Manejar con cuidado el grado de apoyo del pueblo, ya que puede crear un frente interno que impida la negociación o retirada. A efectos de movilizar al pueblo iraquí para una nueva guerra, Saddam Hussein resucitó la reivindicación sobre Kuwait como una causa nacional desde 1989. Esta retórica generó apoyo interno a lo que posteriormente sería la invasión y anexión iraquí de Kuwait. El problema que generó este apoyo interno fue que, una vez despertadas las pasiones del pueblo, hizo muy difícil sino imposible la retirada sin obtener alguna concesión a cambio, ya que ello podría haber hecho tambalear al régimen. Ante la negativa de EEUU de hacer concesiones, la elección del gobierno iraquí era retirarse incrementando el riesgo de un golpe de estado interno o enfrentar las acciones militares, en las cuales hasta una retirada ordenada frente a EEUU podía ser presentada como una victoria moral ante el imperialismo occidental.

Una dinámica similar pudo verse en el caso de la Guerra de Malvinas, donde la situación de inestabilidad interna que llevó a una multitudinaria manifestación en contra del gobierno de turno en Plaza de Mayo el 30 de marzo de 1982 se vio reemplazada por otra multitudinaria manifestación a favor del mismo gobierno en la misma plaza tres días después al hacerse pública la noticia de la recuperación de las islas. A partir de ese momento el gobierno quedó rehén de dicha ocupación, atento que cualquier acuerdo que contemplara el retiro

pacífico de las tropas argentinas hubiera generado tumultos internos y posiblemente el reemplazo del gobierno.

5. Las coaliciones suman medios, pero limitan la libertad de acción. EEUU y Arabia Saudita trabajaron arduamente para construir una coalición internacional con la cual enfrentar a Iraq. Esta coalición permitió sumar medios para cumplir los objetivos de la coalición. La acción multilateral permitió compartir los costos de las operaciones, pero al mismo tiempo impuso restricciones a los objetivos de algunos de sus miembros. Así, la coalición tenía el objetivo de liberar Kuwait, pero sus miembros no estaban dispuestos a extender ese objetivo a deponer el gobierno de Iraq. Por tanto, una tentativa de EEUU de continuar operaciones hasta ocupar Bagdad y deponer a Saddam Hussein hubiera provocado la disolución de la coalición y el retiro del apoyo a su accionar.

Estas restricciones del accionar multilateral provocarían que EEUU dejara de lado ese enfoque diez años más tarde cuando sufrió los atentados de Al Qaeda en su suelo continental, optando en ese caso por la acción unilateral, con mayor libertad de acción, aunque más costosa individualmente al no contar con numerosos aliados que contribuyan a la operación.

Estas lecciones extraídas de la guerra del Golfo, algunas de ellas confirmadas por comparación con situaciones similares ocurridas en relación a la Guerra de Malvinas, validan los principios enunciados, los que pueden servir de guía en futuras situaciones de conflicto.

Referencias

- Al-Jazeera (2009). *Arafat's costly Gulf War choice*. Doha, Qatar: Autor. Recuperado de <https://www.aljazeera.com/program/plo-history-of-a-revolution/2009/8/22/arafats-costly-gulf-war-choice>
- Anderson, J. (1981). *El costo de Camp David*. Buenos Aires, Argentina: Diario Clarín, 15 de junio de 1981. Citado por Marini, 1985:460.
- Barras, G. (2010). El Renacimiento de la Estrategia Estadounidense y el fin de la Gran Guerra Fría. *Military Review*, Septiembre Octubre 2010, 72-82. Fort Leavenworth, Kansas: Army University Press.
- Bartolomé, M. (2006), *La seguridad internacional post 11-S*, Buenos Aires, Argentina: Instituto de Publicaciones Navales.
- Blimes, L. (2017), *The Credit Card Wars: Post 9/11 War Funding Policy in Historical Perspective*. Providence, Rhode Island: Brown University, Costs Of War Project
- BP (2020), Statistical Review of World Energy. Londres: Autor. Recuperado de <http://www.bp.com/statisticalreview>
- Brands, H. (2004). George Bush and the Gulf War of 1991. *Presidential Studies Quarterly*, vol.34, no.1, 113-131. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/27552567>
- Bunker, R.J. (1994), The Transition to Fourth Epoch War, *Marine Corps Gazette*, September 1994, 20-32, Quantico, Virginia: Marine Corps Association and Foundation.
- Cooper, T. y Sadik, A. (2016), *Conflictos Asiáticos: La invasión iraquí de Kuwait, 1990*. Recuperado <http://fdra.blogspot.com/2016/12/conflictos-asiaticos-la-invasion-iraqui.html>
- Chomsky, N. (1994), *World Orders Old and New*, New York, New York: Columbia University Press.
- Diez de Velasco, F. (2005). *El Islam en el marco político Europeo. La inmigración: una realidad, un reto*. La Laguna, Tenerife, España.
- Fukuyama, F. (1992), *The End of History and the Last Man*, New York, New York, United States: Free Press
- García Contreras A.F., Ceberio M., Kreinovich V. (2020). Plans Are Worthless but Planning Is Everything: A Theoretical Explanation of Eisenhower's Observation. In: Ceberio M., Kreinovich V. (editores). *Decision Making under Constraints. Studies in Systems, Decision and Control*, vol 276. Ginebra, Suiza: Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-030-40814-5_11
- Gibson, B. (2010). *Covert Relationship, American Foreign Policy, intelligence, and the Iran-Iraq War, 1980-1988*. Santa Barbara, California: ABC-CLIO.
- Gray, C.S. (2010), *The Sheriff: America's Defense of the New World Order*, Lexington, Kentucky, United States: University Press of Kentucky.
- Gutiérrez Estrada, C. y Silvela Díaz Criado, E. (2006). *Conflictos Internacionales Contemporáneos: El Conflicto de Iraq I*. Madrid, España: Ministerio de Defensa.
- Haass, R. (1997), *The Reluctant Sheriff: The United States after the Cold War*, New York, New York, United States: Council of Foreign Relations Press.
- Harvard Law School (2020). *Negotiation Basics*. Cambridge, Massachusetts: Program on Negotiation Global.
- Hammes, T.X. (1994). The Evolution of War: The Fourth Generation, *Marine Corps Gazette*, September 1994. Quantico, Virginia: Marine Corps Association and Foundation
- Hourani, A. (2003). *Historia de los Árabes*. Barcelona, España: Ediciones B.

- Huchthausen, P. (2004). *America's Splendid Little Wars: A Short History of U.S. Engagements from the Fall of Saigon to Baghdad*. New York, New York: Penguin.
- Huntington, S. (1996). New Contingencies, Old Roles. En Hays, P.; Vallance, B. Van Tassell, A. (comp.). *American Defense Policy 7th Edition*. Baltimore, United States: John Hopkins University Press.
- Huntington, S. (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York: Simon & Schuster.
- Institute of Land Warfare (1991). *Operations Desert Shield and Desert Storm. The Logistics Perspective*. Arlington, Virginia: Association of the United States Army.
- Kagan, D. (1995), *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*. Traducción al español (2003). Barcelona, España: Fondo de Cultura Económica.
- Keyes, R. (2006), *Who said what, where and when*. New York, New York: Macmillan Publishers.
- King & Spalding (2012), *Strategies for development of cross-border petroleum reservoirs*. Recuperado de <https://www.lexology.com/library/detail.aspx?g=f3594fbf-4eb6-4864-8ab1-17ef8d8d315a>
- Klare, M. (2003). Arms Transfers to Iran and Iraq during the Iran-Iraq War of 1980-1988 and the Origins of the Gulf War. En Bacevich, A. e Inbar, E. (comp.). *The Gulf War of 1991 Reconsidered*. London, Reino Unido: Frank Cass Publishers.
- Lind, W.S., Nightengale, K., Schmitt, J.F., Sutton, J.W., Wilson, G.I. (1989). The Changing Face of War: Into the Fourth Generation. *Marine Corps Gazette, October 1989*, 22-26, Quantico, Virginia: Marine Corps Association and Foundation.
- Lynch, C. (2006). Security Council Seat Tied to Aid. *The Washington Post*, 1 de noviembre de 2006. Washington, D.C. Recuperado de <https://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/10/31/AR2006103101217.html>
- MacArthur, J. (1992). *Second Front: Censorship and Propaganda in the Gulf War*. Berkeley, California: University of California Press.
- Metz, S. (1994). The Army and the Future of the International System. *Parameters, Summer 1994*. Carlisle, Pennsylvania: U.S. Army War College.
- Ottens, N. (2015). *Blaming Sykes Picot: A Dangerous Deception*. Atlantic Sentinel, 6 de Junio de 2015. Recuperado de <https://atlanticsentinel.com/2015/06/blaming-sykes-picot-a-dangerous-deception/>
- Pilger, J. (2002). *How the Bushes bribe the world, from Russia to Iran*. Londres, Reino Unido: New Statesman, 23 de septiembre de 2002. Recuperado de <https://www.newstatesman.com/node/192550>
- Sciolino, E. (1990). Confrontation in the Gulf; Deskbound in the U.S., the Envoy to Iraq is Called Scapegoat for a Failed Policy. New York, New York: New York Times, 12 de septiembre de 1990.
- Schwarzkopf, H.N. (1992). *It doesn't take a hero*. New York, New York: Bantam Books.
- Stauber, J.; Rampton, S. (1995). *Toxic sludge is good for you! Lies, Damn Lies and the Public Relations Industry*. Madison, Winconsin.
- Telhami, S. (1993). Arab Public Opinion and the Gulf War. *Political Science Quarterly, Vol.108 (3)*, 437-452. New York, New York.
- United States Central Command (1991), *Operation Desert Shield / Desert Storm. Executive Summary*. Tampa, Florida: Autor.
- Woodward, B. (2002). *The Commanders*. New York, New York: Simon & Schuster. Amazon Kindle edition.

Bibliografía adicional

- Agmon, M. (1993). *Post-Cold War U.S. Security Strategies for the Persian Gulf*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Al-Rasheed, M. (1996). God, the King and the Nation: Political Rhetoric in Saudi Arabia in the 1990s. *The Middle East Journal*, Vol. 50 (3), 359-371, Washington, DC: Middle East Institute.
- Amiri, R. y Soltani, F. (2011). Iraqi Invasion of Kuwait as Turning Point in Iran-Saudi Relationship. *Journal of Politics and Law*, Vol. 4 (1), 188-194, Beaver Creek, Ontario: Canadian Center of Science and Education.
- Aversa, S.L. (2018). La Armada Argentina en el Golfo. *Fuerzas Navales*. Recuperado el 24 de octubre de 2019 de <https://www.fuerzasnavales.com/magazine/mekosgolfo.html>
- Aznar Jordán, D. (2005), La legítima defensa preventiva en el Derecho Internacional contemporáneo como respuesta al terrorismo internacional. *Ejército de Tierra Español*, Año LXVI, No. 772, p.12-23, Madrid: Ministerio de Defensa.
- BBC News (2015), *¿Cómo llegó el petróleo a dominar el mundo?* Londres, Reino Unido. Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/04/150331_iwonder_historia_petroleo_finde_dv.
- Carrillo Noble, G. (2012). Schwarzkopf y la Madre de Todas las Batallas. En Sillone, J.O. (comp.) *La Táctica en las Batallas de la Historia*, tomo III. Buenos Aires, Argentina: Editorial Universitaria del Ejército.
- Charles River Editors (2018). *The Gulf War: The History and Legacy of Operation Desert Shield and Operation Desert Storm*. Boston, Massachusetts: Autor. Kindle Edition.
- Dissinger, K. (2008), *GPS Goes to War - The Global Positioning System in Operation Desert Storm*, Carlisle, Pennsylvania: Army Heritage Museum.
- Furtig, H. (2006), *Iran's Rivalry with Saudi Arabia between the Gulf Wars*, Princeton, New Jersey: Ithaca Press.
- Hart, P.T. (1998). *Saudi Arabia and the United States: Birth of a Security Partnership*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.
- Horner, C. (1992). La Campaña Aérea. *Military Review*, enero febrero 1993. Reimpreso en noviembre diciembre 2003. Fort Leavenworth, Kansas: Army University Press.
- Human Rights Watch (1992). *World Report: Iraq and Occupied Kuwait*. Recuperado de <https://www.refworld.org/docid/467fca591e.html>.
- Hunter, R.E. (2010). *Building Security in the Persian Gulf*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Ismael, T.Y. e Ismael, J.S. (1994), *The Gulf War and the New World Order: International Relations of the Middle East*, Miami, Florida: University Press of Florida.
- Kechichian, J.A. (1993). *Political Dynamics and Security in the Arabian Peninsula Through the 1990s*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Keenan, G.F. (1947). Las fuentes del comportamiento soviético. *Foreign Affairs*, Julio 1947, New York, New York: Council on Foreign Affairs.
- Klein, D. (2003). *Mechanisms of Western Domination: A Short History of Iraq and Kuwait*. California State University, Northridge.
- Lippman, T.W. (2004). *Inside the Mirage: America's Fragile Partnership with Saudi Arabia*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Lowry, R. (2008). *The Gulf War Chronicles: A Military History of the First War with Iraq*. Bloomington, Indiana: iUniverse.

- Margaret Thatcher Foundation – George Bush (Sr) Library, *Large scale document archive*. Recuperado de <https://www.margaretthatcher.org/archive/us-bush>
- Marini, J. F. (1985). *El conocimiento geopolítico*. Buenos Aires, Argentina: Círculo Militar.
- Martini, J.; Wasser, B.; Kaye, D.D.; Egel, D.; Ogletree, C. (2016). *The Outlook for Arab Gulf Cooperation*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Maslow, A. (1966). *The Psychology of Science: a Reconnaissance*. Madison, Wisconsin: University of Wisconsin y HarperCollins.
- Miller, R. (2018). *The Bush legacy in the Gulf*. Doha, Qatar: Al-Jazeera. 4 de diciembre de 2018. Recuperado de <https://www.aljazeera.com/opinions/2018/12/4/the-bush-legacy-in-the-gulf>
- Nardulli, B.; Agmon, M.; Karasik, T.W.; Kechichian, J.A.; Morris, M.A.; Schahgaldian, N.B.; Arghavan, L. (1994). *Future Gulf Dynamics and U.S. Security*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Naval History and Heritage Command (2015). *US Navy in Desert Shield / Desert Storm*. Recuperado de <https://www.history.navy.mil/research/library/online-reading-room/title-list-alphabetically/u/us-navy-in-desert-shield-desert-storm/desert-storm-overview-the-role-of-the-navy.html>
- Osborn, K. (2016). *Stealth, GPS, 'Smart Bombs' and More: How Desert Storm Changed Warfare Forever*. Washington, D.C.: The National Interest.
- Rabasa, A.M.; Benard, C.; Chalk, P.; Fair, C.C.; Karasik, T.; Lal, R.; Lesser, I.; Thaler, D. (2004). *The Muslim World after 9/11*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Saudi Aramco (2011), *Energy to the World: The story of Saudi Aramco*. Riad, Saudi Arabia. Recuperado de <https://www.saudiaramco.com/media/publications/books/energytotheworldvol2english.pdf>.
- Schahgaldian, N.B. (1993). *Iran and the Postwar Security in the Persian Gulf*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Shlapak, D.; Davies, P. (1991). *Possible Postwar Force Requirements for the Persian Gulf: How Little is Enough?* Santa Mónica, California: Rand Corporation.
- Siraj, W. (2018). *Analysts recall Saudi Arabia's sacrifices for Kuwait*. Riad, Saudi Arabia: Arab News, 1 de agosto de 2018.
- Yeosock, J. (1992). Las operaciones en el Teatro del Golfo. *Military Review*, Enero Febrero 1992. Reimpreso en noviembre diciembre 2003. Fort Leavenworth, Kansas: Army University Press.
- Yergin, D. (1992). *La Historia del Petróleo*. Barcelona, España: Plaza & Janes.
